

THE SENTINELS™

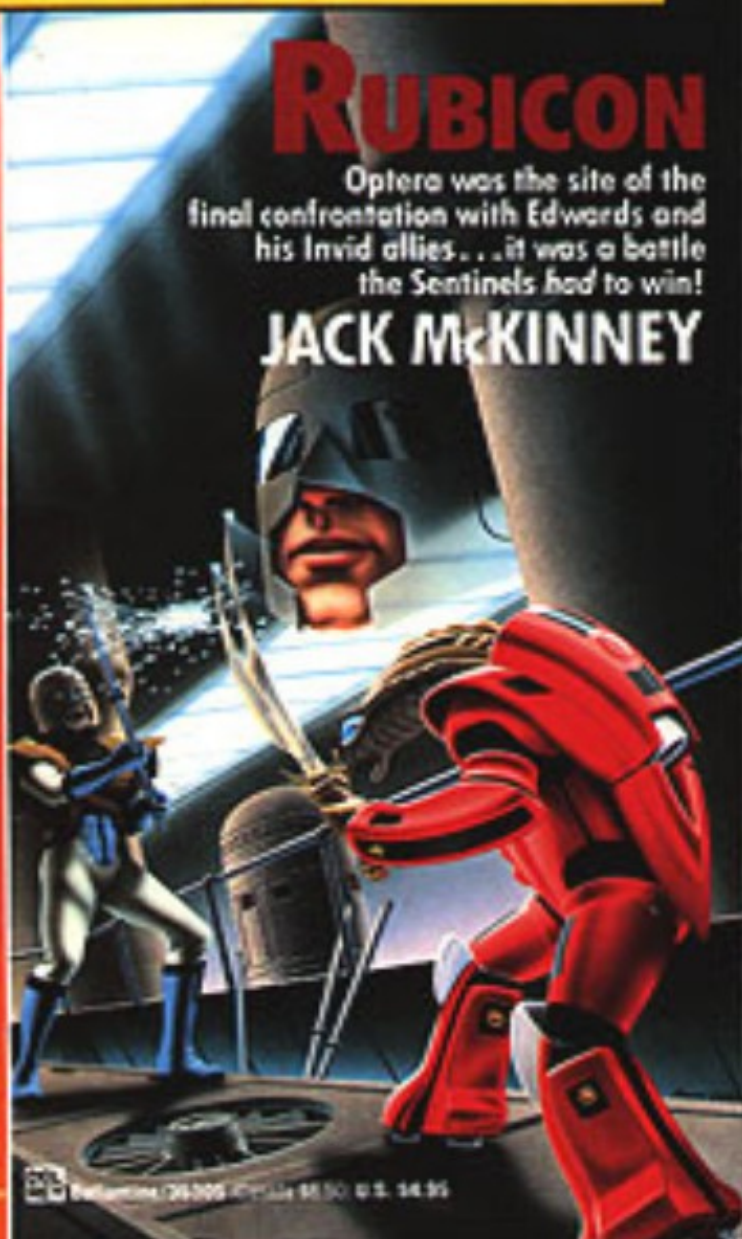
#5

ROBOTIC

RUBICON

Optera was the site of the final confrontation with Edwards and his Invid allies... it was a battle the Sentinels had to win!

JACK MCKINNEY



Estimated \$26.000 (U.S.) \$35.00 (U.S.) \$4.95

Optera era el sitio del último enfrentamiento contra Edwards y sus aliados Invid... era una batalla que los Centinelas tenían que ganar.

UN MUNDO APARTE...

¡Optera! Lugar del nacimiento de las Flores de la Vida y sus agentes de retribución, los Invid... el nexo para una serie de eventos que había dado nueva forma a la galaxia... y ahora, el punto focal de la larga campaña de los Centinelas para liberar al Cuadrante de la tiranía del Regente.

Edwards va camino a Optera, desde Tirol con su prisionera Lynn-Minmei y un puñado de Inorgánicos Invid bajo su control. También se dirigen allí los Zentraedi de Breetai –acercándose al mismo mundo que el Imperativo les obligó a dejar estéril hace ya generaciones– y las fuerzas renegadas de Tesla, irreconocible tras la mutación producto de los frutos de la Flor.

Los Centinelas no están lejos. De todas formas, deben encargarse de Peryton primero, un planeta desolado y maldecido por el destino y el mismo tiempo. Pero lo que les espera a Rick, Lisa y a los demás Centinelas humanos allí es un mero anticipo de lo que vendrá: el hecho de que han viajado a través de la galaxia...

¡PARA LUCHAR UNOS CONTRA OTROS!

ROBOTECH

Los Centinelas

Rubicón

Jack McKinney

Versión 1.0

20.09.13



Título original: *Rubicon*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicación del original: 1988



Libro 17 en el orden de publicación, y 12 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Luis N. Migliore (Córdoba, Argentina)

Revisión: sin revisar

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

¡No hable conmigo de la Ciencia! La única obra de consulta que consulto es la Enciclopedia de la Ignorancia. Todo lo que la Ciencia ha hecho es forzarnos a estrechar nuestras definiciones, categorizar nuestro pensamiento. Nos ofrece falsa seguridad a expensas de la espontaneidad. La detesto. Yo creo mi mundo y cambio sus reglas y pautas como yo tengo a bien. ¡Soy el único dios que esta dimensión ha conocido alguna vez; el único que conocerá alguna vez!

T. R. Edwards, como se cita en Cuando el Mal Tuvo Su Día, de Constance Wildman: Una Biografía de T. R. Edwards

“Al menos no la estaré robando esta vez,” Jonathan Wolff dijo a Lang cuando el crucero retroajustado clase SDF-7 asomó la nariz en la vista. El veneno en su voz era palpable, pero el científico o mal entendió o rehusó reconocerlo.

“Ingeniería y navegación espacial ya han sido informadas sobre nuestras modificaciones a los motores Reflex y generadores de transposición espacial. Mejoramientos, debería decir,” Lang añadió, volviéndose para enfrentar a Wolff.

Wolff trató de leer los ojos transformados del hombre, pero el mirar fijo dentro de ellos sólo le hizo pensar en agujeros negros, singularidades insondables. Él dejó a su mirada demorarse en la nave estelar en cambio, su boleto a casa, sea lo que sea que ello significase.

“Nos hemos alejado de la confianza en la turba de Ur-Flor hacia

un diálogo más convencional entre el mineral monopole y la Protocultura misma. Su nave tiene algo de la SDF-3 en ella, Coronel.”

Wolff sonrió con presunción. “Entonces quizá encontrará la manera de volver a la Tierra por su propia cuenta, Lang. Un paseo.”

El científico enderezó su cabeza hacia un lado, ofreciendo una mirada evaluadora. “No sería la cosa más extraña, comandante.”

Del Mayor Carpenter, cuya nave había dejado el espacio de Fantoma hace más de seis meses, no se tenían noticias. Los Robotécnicos de Lang atribuían esto a mal funcionamientos en los radios transmisor-receptores de espacio profundo de la nave –una boda de sistemas electrónicos Tiresianos y Karbarrianos– pero en privado Lang había confesado tener dudas sobre la naturaleza misma de los motores de la nave. No así con esta nave, Wolff había sido asegurado. Esta era la nave sobre la que las personas de R&D estaban orgullosas. Ésta era la que le daría a Wolff la ventaja; lo animaría por el espacio-tiempo en un pestañear de ojos, sobrepasando en camino a la Tierra a las fortalezas de los Maestros Robotech.

Wolff continuó observando la nave desde la burbuja de observación de la SDF-3 sin considerar mucho las afirmaciones repetidas de Lang, o lo que podía o no hallarse al final de la misión. Para él la nave, esta versión elegante y substancialmente de menor escala de la Super Fortaleza Dimensional, era simplemente una salida. Habían existido destellos de fe renovada estas pasadas pocas semanas, momentos en los que él se vio como renacido –en Haydon IV, por ejemplo, o al ver la mirada en la cara de T. R. Edwards cuando su traición fue revelada al consejo– pero todo eso había sido vaciado de él en el puente del Valivarre. Las palabras de Minmei aún resonaban en sus oídos como una maldición; el matrimonio de ella con Edwards, esa mórbida y siniestra ceremonia, volviéndose a repetir en sueños y en cada pensamiento de vigilia. He encontrado la felicidad finalmente, ella había chillado desde ese lúgubre altar. ¡Regresa con la familia de la cual desertaste... compénsalos!

Como si fuera posible.

Él se había convencido de que no era Minmei quien lo estaba enviando lejos –ninguna Minmei de carne y hueso al menos. Él

había tenido éxito en privarla de personalidad, despojándola del poder para infligir tal pesar. Ella era un símbolo del mundo ido mal y los pasos falsos de Jonathan Wolff por él; un símbolo del giro de la esperanza hacia el mal. Un símbolo de amor transformado, de promesa rota. Un mundo una vez transformado por su voz, y ahora esa voz rabiaba contra lo que ella había redimido.

“Los bancos de datos de la nave contienen un registro completo de la misión,” Lang estaba diciendo, “junto con material actualizado que cubre los eventos recientes en Tirol.”

Wolff abandonó sus oscuras meditaciones y registró Sorpresa.

“Longchamps y Stinson, los otros que apoyaron a Edwards, no ceden. Pero hemos ganado la batalla, como ella marcha.”

“Edwards está a medio camino de Optera, y ellos aún no están convencidos,” Wolff bulló. “Ellos están cubriendo sus apuestas. Ellos calculan que él regresará aquí con lo que haya quedado de la flota Invid.”

“Posiblemente,” Lang estuvo dispuesto a conceder. “Pero yo pienso que ello tiene más que ver con la Tierra que con Tirol. No podemos estar seguros pero existe cierta oportunidad de que el aparato de la Cruz del Sur haya ganado el dominio. Eso colocaría a Edwards en una posición firme allí, a pesar de lo que haya acontecido aquí.”

Lang estaba restando importancia a las cosas considerablemente, Wolff se dio cuenta. Cierta oportunidad significaba algo seguro, sin importaba de qué modo Lang escogiera decirlo. Un conocimiento de los Formadores-Protocultura le había dejado ese talento cuando ello drenó el color de avellana de sus ojos.

“El Mariscal de Campo Leonard. Zand, Moran...”

Lang inclinó la cabeza. “Exactamente. Longchamps les quiere hacer saber donde las líneas fueron abatidas.”

Wolff murmuró una maldición. “Así que podríamos terminar de lidiar con Edwards de una vez por todas de nuevo. En la Tierra esta vez.”

“Que es por lo que yo quiero que usted entregue personalmente un reporte especial al Mayor Rolf Emerson.”

Las delgadas cejas de Wolff se arquearon. “¿Emerson?”

“Él es el único miembro del Estado Mayor en el que podemos

confiar. No sabemos cuál será el próximo movimiento de Edwards. Tal vez él intentará convencer al Regente de moverse contra la Tierra. Está claro ahora que ambos han estado en confabulación por algún tiempo –al menos tan distante como el asesinato del simulagente Invid. Si la nave de Carpenter logró regresar sin peligro el cuento de nuestra escisión ya ha sido relatado. Pero quién sabe cuán fuerte Leonard se ha vuelto entre tanto, cómo podría responder a los reportes de indecisión entre los miembros del Consejo...”

“La Tierra podría dar la bienvenida a Edwards con los brazos abiertos.”

“Edwards y el Regente. Él podría conquistar el planeta sin disparar un rayo.”

Wolff echó una mirada a la nave, luego emitió una risa corta mientras giraba hacia Lang. “La maldita sartén al fuego...”

“No si podemos mantener a Edwards aquí,” Lang le dijo. “Los Zentraedi se han ofrecido voluntariamente para encabezar una invasión.”

Wolff se espantó. “¿Contra Optera?”

“Las fuerzas de Breetai son nuestra única esperanza. Hunter y los Sentinels acaban de dejar Spheris, y su destino es Peryton, no Optera.”

“¡Es una locura! Muéstrole a Hunter las transvids de la boda de Minmei si usted quiere encender un fuego bajo él. Él dirá al diablo con Peryton.”

Lang hizo un gesto de calma con sus manos. “Creo que usted está equivocado, Coronel. Pero estamos tratando precisamente eso en todo caso. El Tokugawa bajo el comando del General Grant será lanzado hacia Haydon IV poco después de su partida. Allí él se reunirá con una fuerza Karbarriana y procederá a Peryton.”

Wolff sintió una onda de anticipación recorrerlo. ¿Qué oportunidad podría tener su única nave solitaria contra una fuerza enemiga combinada en el espacio de la Tierra? Pero para tener una oportunidad para detener a Edwards de salir del Cuadrante, para ir a las armas con él en Optera, poner un fin personal a su reino maligno–

“Así que usted entiende precisamente cuán crítica es su misión,”

Lang dijo, como si leyendo su mente. “Es imperativo que la Fuerza de Defensa en la Tierra esté enteramente informada de la situación –aún si el resultado es más partidatismo. Confío en que me sigue, Coronel.”

Wolff respondió con un argumento a medio formar sobre los méritos de su permanencia en Tirol e inclinó la cabeza, con los labios firmes y casi hechizado en la mirada de Lang.

La nave estelar era enteramente visible ahora, destellando a la luz de la estrella primaria de Fantoma, una flecha en el viento invisible.

“Hay algo más, Wolff,” Lang dijo después de un momento. “Su nave tiene la capacidad para un viaje de ida y vuelta.”

“En el caso de que cambie de opinión.”

Lang cruzó sus brazos. “Si fallase al lograr contactarnos, queremos que regrese. Debemos ser informados de la situación.”

“Esa es una cosa tremenda para pedir, Lang. Especialmente cuando nadie estaba esperando que la misión Expedicionaria terminase en un boleto de ida.”

Lang pareció considerarlo, luego dijo: “No es una solicitud, Coronel. Es una orden.”

Lang asistió al informe final del Wolff Pack y transbordó de vuelta a Tirol mientras la nave estelar estaba siendo alistada para el lanzamiento. Después de una salida larga del sistema Fantoma, la nave iniciaría el primero de más de una docena de saltos transposicionales que finalmente la harían desembarcar en el espacio Terrestre, al otro de la galaxia. Wolff debía comunicarse con la SDF-3 después de cada operación de destransposición, y la fortaleza podría monitorear por medio de eso el progreso de la nave. Los equipos Robotech no habían tomado tales precauciones con la nave del Mayor Carpenter, la que debía haber completado el mismo viaje en dos saltos, desmaterializándose una vez unos setenta y cinco años luz lejos de Tirol antes de remanifestarse en el espacio Terrestre. Pero los sondeos de la allí abandonada pero aún

funcional fortaleza Robotech no habían transmitido ninguna indicación de la aparición o pasaje de la nave. Para todos los intentos y propósitos Carpenter estaba perdido en el espacio.

Tiresia, como secuela de la partida violenta de Edwards, rememoró la ciudad como Lang la había visto por primera vez poco después de la conquista Invid. Mucho de lo que la Robotecnología había reconstruido había sido dañado por los despertados Inorgánicas, y vastas áreas cerca del piramidal Royal Hall donde la lucha había sido más densa estaban arrasadas. Y con todo Lang no podía sino pensar que Tiresia nunca había parecido estar tan en paz consigo misma. Ciertamente el populacho nativo lo sentía, y – mientras su limosina lo llevaba rápidamente por las calles craterizadas de la ciudad– Lang creía que podía detectar el mismo sentimiento de liberación en la cara de las cuadrillas de limpieza. Aquellos Hellcats y Scrim que Edwards había dejado atrás habían sido destruidos; naves de escaramuza y Terror Weapons derribadas. Pero más importante aún, el cerebro Invid ya no estaba –esa malignidad adormecida que Longchamps y el resto habían dejado a Edwards conservar para sí.

El último cara a cara de Lang con Edwards aún era fuerte en sus pensamientos, más fuerte aún en sus manos, las que se enrollaron ahora por el recuerdo mismo. Él tuvo que preguntarse por qué no había matado a Edwards entonces; sólo estaban ellos dos en el laboratorio y ¿quién habría sido el más sabio? Al mismo tiempo él se dijo que esa humillación sería una mayor indignidad que la muerte; pero a decir verdad fue el Formador –quien lo persuadió de aflojar su asimiento del cuello del hombre. Una señal predominante enviada a sus manos que tenía la intención de salvar a Edwards para algún otro destino. Ningún bien o mal estaba anexo a ello; simplemente un tipo de conciencia desolada de lo apropiado. Sabía Dios que Lang solo no le había dado ninguna forma. Ni hacerle revelar ningún vestigio de humanidad. Él y Edwards estaban ambos más allá de eso ahora. Como todos ellos lo estaban –una misión de hombres y mujeres más allá de lo Humano en cualquier significado primario del término. Ellos estaban descarriados, re-formados, y transfigurados por las guerras que desparramaban a través de la galaxia, por el contacto con una docena de formas de vida del

mismo número de sistemas estelares, y por los apremios de la Protocultura misma, la mala semilla de la Flor.

“¿Cómo reaccionó?” Exedore preguntó cuando Lang entró al laboratorio.

El Zentraedi estaba de pie con porte sereno al lado de una de las numerosas consolas de la habitación, una tarjeta de datos Tiresiana en una mano. Lang narró su conversación con Jonathan Wolff. “Tuve el presentimiento de que él montaría su propio motín tan pronto como retorne al espacio de Tirol.”

“¿Pero comprende él cuán crítico es que nos enteremos de la evaluación del gobierno de la Tierra?”

Lang inclinó la cabeza vagamente. “En este momento estoy más interesado en los generadores de transposición. Podríamos estar enviando a Wolff a su muerte. Si sólo hubiese tiempo para experimentar con estos motores a monopole—”

“No hay tiempo, doctor,” Exedore lo interrumpió. “Los Maestros Robotech han estado viajando a velocidades superluminales por trece años estándar de la Tierra. El mismo Cabell pensó que el viaje desde Tirol hasta la Tierra requeriría como mínimo quince. Ese nos deja dos años en el mejor de los casos. Dos años para alistar una flota para nuestro regreso. Dos años para armar esas naves con suficiente poder de fuego para derrotar las fortalezas de los Maestros.” Exedore sacudió su cabeza. “No, doctor, no hay tiempo. Wolff debe partir como se planeó.”

Lang agitó una mano. “Ya sé todo esto. Estoy pidiendo garantías donde no existen.”

“Aquí, o en cualquier parte.”

Lang se paseó nerviosamente por un momento, las manos trabadas detrás de su espalda. “Existe la posibilidad de que hayamos descuidado algo. Algún modo para conjurar la Protocultura que necesitamos.” Él cruzó el laboratorio hacia una ventana en una sección de la sala separada por un tabique y presionó las puntas de sus dedos contra los permaplas, observando a las criaturas velludas mantenidas en cautiverio allí.

“Cabell nos ha dicho todo lo que sabe,” Exedore dijo, uniéndosele a Lang en la ventana.

Las criaturas ostentaban un parecido a los perros moptop

terrestres, excepto por sus cuernos terminados en protuberancias y los ojos sobrenaturales. Eran los agentes polinizantes de las Flores – Lang entendía este tanto– nativos de Optera, la cual había sido despojada de su presencia cuando las Flores fueron robadas. Ellas subsistían de una mezcla harinosa que Cabell sostenía estaba compuesta de tallos y hojas trituradas de las Flores mismas.

“Supongamos que los ponemos en contacto con las Flores que Zor plantó, en Karbarra digamos, o Garuda, no importa.”

Exedore pensó por un momento y dijo, “Tal vez podríamos tener éxito en cultivar una cosecha viable. Pero sólo tendríamos Flores, doctor, no la matriz en la cual contenerlas. Y me temo que Zor se llevó ese conocimiento con él a su tumba.”

Los Pollinators, que estaban frecuentemente apilados juntos en una esquina de la pequeña cámara, estaban de pie ahora, observando a los dos científicos con una mezcla de curiosidad y expectación.

“Tal vez no,” Lang meditó.

“¿Lang?” Exedore dijo, del modo en que él otrora llamaba al comandante Breetai.

Lang giró y colocó sus manos en los hombros del Zentraedi, aún deformado bajo el corte confinante de la chaqueta de la REF. “Si podemos creer en nuestros reportes de Janice...”

Exedore levantó una ceja. “El clon de Zor.”

“Rem,” Lang dijo. “Debemos aprender lo que él sabe.”

“¡Adelante, interroguen al clon de Zor si es una explicación lo que ustedes buscan!” Burak apuntó un dedo acusador en forma de garra hacia Rem. “¡Fue su siembra de nuestro mundo la que condujo a los Invid a nuestro medio! ¡Háganlo hablar!”

El contingente Perytoniano se reunió detrás de su autoelegido salvador, levantando puños y cuernos frontales ahusados, una agrupación de demonios en mantos negros.

La nave de los Sentinels, el Ark Ángel, se estaba acercando a velocidades superluminales a los límites exteriores del sistema

Spherisiano. Blaze estaba detrás de ellos, lejos en la dirección de la Tierra, un frío, blanco y distante disco. Beroth se estaba reestructurando a sí misma sin la asistencia de los Sentinels, una ciudad refulgente en las obras bajo la guía de Tiffa y la élite cristalina del planeta.

Rem sintió el odio de Burak claramente a través de la bodega de la nave, y miró a Jack Baker, quien aún se estaba recuperando de un encuentro con los cuernos Perytonianos. Se pensaba que Burak estaba bajo el hechizo de Tesla al momento, al igual que Jack y Gnea; pero el puño cerrado de Jack le dijo a Rem que todo no había sido olvidado aún.

No obstante, Rem deseó tener algo que ofrecer a Burak. Al ser un clon de Zor, era posible que Rem pudiera evocar ciertos datos con respecto a Peryton desde sus neuronas, al igual que los científicos del Regente habían usado la atmósfera Garudiana para incitar recuerdos de Optera, de la Optera antes de la caída. Esos recuerdos, sin embargo, eran apenas sueños medio recordados ahora, partes aisladas de los pensamientos y acciones de algún otro, y Rem se consideraba un mero conducto para sus salidas. Ello sopesaba en él como un peso inmovible –el mismísimo hecho de que él había sido clonado, instilado como un guerrero Zentraedi con un pasado falso, mentido por el hombre que había sido padre así como mentor, creador. Él y Cabell no habían tenido ocasión de discutir el asunto de su nacimiento en el laboratorio; el anciano había tenido éxito en evitarlo a él después de la batalla en Haydon IV, y Rem pensaba que la decisión de Cabell de permanecer allí era más personal de lo que alguien en el Ark Ángel estaba consciente. Sólo Janice parecía entender esto; y fue ella quien vino en su defensa ahora –este no verdaderamente humano, quien había revelado su verdadero rostro a los Sentinels en las profundidades del interior de Haydon IV.

“¡Él no sabe nada!” ella dijo a Burak, señalando con su dedo. “Usted confunde a Zor con su descendencia.”

“Entonces deje que hable por sí mismo, Wyrddling,” Burak replicó, usando el término Praxiano. Janice estaba en su disfraz de humana con cabello de color lavanda, pero era a la persona artificial a la que la mayoría de los Sentinels escogía para ver.

“Le hemos dicho todo lo que podemos.”

“¡Suficiente!” Rick dijo, en voz lo suficientemente alta para atravesar una erupción de discusiones y argumentos separados, Perytonianos y Praxianas lanzándose insultos unos a otros, Karbarrianos ursinoides murmurando para sus adentros. “Esto no ayuda en nada, Burak. Entendemos que Peryton ha estado en un estado de contienda armada perenne. Pero usted debe darnos más información sobre esta supuesta maldición si espera que intercedamos.”

“¿‘Supuesta’ maldición?” Burak remedó, repitiéndolo para su grupo, el cual chilló cierta risa enfadada en respuesta. “No hay nada de supuesto sobre ello, humano. Ustedes verán por sí mismos si alguna vez llegamos a Peryton.”

“Llegaremos a Peryton,” Rick dijo bruscamente. “Y eso es lo último quiero oír de eso. Tiene nuestra palabra de que haremos todo lo que podamos para liberar a Peryton –ustedes han tenido nuestra palabra desde el comienzo.”

“Su palabra,” Burak dijo despectivamente, los cuernos hacia abajo, los ojos rojos mirando con odio a Rick. “Las palabras no significan nada. Nosotros hemos tratado las palabras. Y hemos tratado las armas. En vano.” Él barrió su brazo alrededor de la habitación. “Todos ustedes saben esto. Las palabras son inútiles. Las armas son inútiles. ¿Piensan ustedes que yo no me percaté de lo que sucede aquí? ¿Piensan que yo no me percaté de sus planes secretos para moverse en contra de Optera y dejar a Peryton valerse por sí mismo? Ahora que Spheris ha sido liberada, ustedes no ven necesidad para demorarse, para involucrarse en el dilema insignificante de mi mundo. Es justamente como Tesla advirtió.”

Teal se abrió camino hacia el borde del círculo mientras los argumentos recomenzaban. “Si ése fuera el caso, nosotros no estaríamos aquí,” ella dijo a Burak, señalando a su compañero Spherisiano, Baldan. “Nos habríamos quedado en nuestro propio mundo.”

Burak sólo bufó una risa. “Un infante y un guerrero recién nacido. Cuán confortante.”

Rick caminó a zancadas hacia el centro ondeando sus brazos e indicando a todos hacer silencio. “Peryton es nuestra prioridad.

Todo el que disienta es mejor que de un paso adelante ahora y presente un caso, de otra manera queda asentado, de una vez por todas.”

Cuando nadie se movió para contradecirlo, él giró hacia los Perytonianos, mostrándoles una mirada determinada. “Estoy tan escaso de paciencia como esta nave lo está de Protocultura, Burak. Tesla no está en los alrededores para alimentarte con ninguna mentira más, así que tendrás que comenzar a tratar con nosotros. No parece querer creer que él está en camino a Optera, pero no hay nada que nosotros podamos hacer sobre eso. Lo que yo quiero saber es qué es lo que necesitas de nosotros. Tesla te ha convencido de que es tu destino salvar tu mundo, y quizás ése es exactamente el caso. Pero necesitarás respaldo y todo lo que decimos es que tendrás nuestra total cooperación.”

“Entonces apriete al clon de Zor a más no poder,” Burak dijo amenazadoramente. “¡O, por Haydon, lo podemos hacer por ustedes!”

En sus habitaciones una hora más tarde, Rick se colocó delante de una cámara de seguridad para conseguir una buena imagen de sí mismo en el monitor. Él había estado tan delgado como una cinta desde Haydon IV y sospechaba que los científicos Haydonitas debían haber alterado su fisiología cuando ellos estaban limpiando Garuda de su sistema, porque él no había sido capaz de recuperar su peso anterior. Subieron su metabolismo o algo por el estilo. Él se colocó de perfil hacia la cámara y pasó un índice a lo largo de su laringe, la que parecía estar, bueno, empujando hacia fuera recientemente. ¿Podrían haberle sacado su tiroides? No, eso no podría haberse hecho. Él pensó en Veidt mientras miraba con fijeza su imagen en la pantalla, flexionando los músculos en sus brazos y piernas, agradecido que Haydon IV le había dejado al menos con ellos.

Había otras cosas sobre las que preguntarse también: si Vince Grant, Wolff, y Breetai habían tenido éxito en limpiar a los

Sentinels de los cargos; cómo le estaba yendo a Max y a Miriya con su nueva hija; si se había tenido noticias de la nave bajo el comando del Mayor Carpenter; y qué rayos iba a hacer el Ark Ángel cuando llegase a Peryton.

A pesar de la postura valiente que él había mostrado en la bodega, él no podía negar que las observaciones de Burak no eran excesivas. Era verdad que los Sentinels habían dado su palabra a los Perytonianos, y era cierto que ellos se apegarían a ella; pero al mismo tiempo había una cierta inquietud rebelde plagando ambos, la tripulación y el mando –una compulsión febril para seguir adelante hacia Optera y poner fin a la guerra. Ellos habían tenido al Regente en fuga desde Haydon IV, y el viaje hacia Peryton –en tanto es una empresa honorable– sólo le permitiría reagrupar sus fuerzas y fortificar su fortaleza hogar. Rick sólo podía esperar que las naves transportes de Tesla estuviesen en persecución del líder Invid. De acuerdo a todos los reportes, él había estrangulado en realidad al simulagente del Regente a bordo de la SDF-3, y había habido ese discurso persuasivo antes del giro total sobre Spheris. ¿Pero quién sabía lo que Tesla había planeado para pasado mañana? Él ya no era el mismo ser que ellos habían encontrado en Tirol hace casi tres años.

Rick no tenía manera de saber que el Dr. Emil Lang abrigaba pensamientos similares sobre cambio y transformación al otro lado de los mares y nebulosas del grupo local. Él sólo sabía que la victoria ya no era una garantía de orden; de hecho, parecía haber una cantidad medible de desorden asistiendo la campaña de liberación de los Sentinels. Una dispersión entrópica; una dispersión y reducción que se hacía más pronunciada con cada mundo libertado. La mitad de su comando retornó a Tirol; las Praxianas desarraigadas; Cabell, Max, y Miriya en Haydon IV; Janice Em y Tesla reconfigurados; Burak enloquecido... Y en verdad su propia imagen parecía probar esto: su cabello largo casi hasta los hombros, las piezas desiguales del uniforme y el armamento

Rick giró para mirar a Lisa, ocupada en una terminal la que propiamente no tenía lugar en su dormitorio. Ella estaba equipada con botas hasta la rodilla, sobrecalzas, y una pollera de cuero que la Praxiana Zibyl le había dado en Haydon IV. Su chaqueta de

almirante era vestida sobre un chaleco Garudiano con flequillos, y un tipo de tecno-vincha mantenía su largo cabello atrás en la espalda. Había rifles de aire Karbarrianos en un rincón de la habitación, pistolas de asalto Badger cerca de la cama, cargadores de cartuchos y bandoleras, alabardas y arpeos. Y no era sólo esta habitación sino el Ark Ángel entero el que lucía así; no sólo Rick y Lisa Hunter sino la tripulación entera. ¡Si ellos no eran realmente los piratas que el Consejo Plenipotenciario había considerado, ciertamente cumplían los requisitos!

“¿Qué es?” Lisa preguntó sobre su hombro, atrapando la mirada fija de Rick sobre ella.

Rick sonrió y sacudió su cabeza. “Nada. Supongo que sólo estaba fantaseando.”

Lisa estrechó sus ojos. “¿Sobre qué?”

“Quizá sobre la primera vez que nos conocimos,” él dijo, acercándose a ella, tomando su mano levantada y besándola. “Tú estabas vestida de civil. Kim, Vanessa, y Sammie.”

Lisa rió y se inclinó hacia atrás para vislumbrar su reflejo en la pantalla del monitor. “Y tú y Roy todos unos petimetres, dos brillantes pilotos con intenciones de seducir. ¡El Sr. Lencería!”

“Macross,” Rick dijo, suspirando.

Ella apretó la mano de él. “Hemos recorrido un largo camino amor.”

“Sí, mírame,” él dijo, señalándose con un ademán y riendo.

Ella se estiró hacia arriba para enderezar el cuello de la chaqueta de él. “Pienso que luces magnífico. Estuve orgullosa de ti hoy, Rick, del modo en que manejaste a Burak.”

“Aunque sabías que lo estaba fingiendo.”

“Tú no lo estabas fingiendo,” ella contestó. “Estamos comprometidos con Peryton –obligación o no. Nada cambiará eso. Burak debe entender.”

“Ni siquiera una oportunidad para poner un final rápido a la guerra.”

Lisa apretó sus labios. “Ni siquiera eso.”

Rick apartó la mirada de ella.

“Déjame oírte decirlo, Rick,” ella dijo, repentinamente preocupada.

“Ni siquiera eso,” él dijo.

En otra parte de la nave Burak estaba reunido en privado con Garak y Pye, los dos científicos Invid que habían estado con los Sentinels desde la liberación de Garuda. El Perytoniano tenía a los dos sujetos contra el mamparo de sus habitaciones/celda, sus manos en sus gargantas. Detrás de él, en la puerta, estaban de pie dos de sus diabólicos secuaces, quienes habían dispuesto hábilmente de los guardias Karbarrianos de las habitaciones.

“¿Necesito preguntar de nuevo?” Burak dijo en lengua franca, sus cuernos equilibrados para una finta.

“¡No sabemos nada!” Pye jadeó, suplicando por su vida.

“Ustedes tuvieron al clon en Garuda. Sus escáneres escudriñaron el interior de su mente. ¿Qué revelaron? ¿Cómo se prescindirá de Peryton? ¡Hablen, o muera por mis manos!” Burak mantuvo sus ojos ofidios en su mirada, induciendo a que salga la verdad a la superficie. Los dos habían estado presentes cuando Tesla había accionado por primera vez su magia; ellos habían visto por sí mismos la transformación mágica, el enlace que el Invid había establecido con Burak aquel día en esta mismísima bodega. “¡Hablen!” él les ordenó, tratando de convocar un rayo psíquico similar desde sus adentros.

Precisamente entonces la puerta hacia la bodega se abrió deslizándose y Janice Em ingresó de costado, su Badger levantada en un asimiento vigoroso.

“¡Deténganse!” Burak ordenó a sus compañeros.

Los dos retrocedieron.

“Libéralos,” Janice dijo, gesticulando hacia los Invid.

Burak sonrió falsamente y abrió sus poderosas manos; los científicos se escurrieron de su agarro y cayeron jadeando al suelo.

“Ellos no pueden decirte nada, Burak.”

“Nunca lo sabes hasta que preguntas, criatura suplantada. Y el clon de Zor no estaba disponible.”

Janice se movió hacia un rincón de la bodega y trajo la pistola

hacia su hombro, apuntándola hacia el techo. “Yo puedo decirte lo que necesitas saber sobre Peryton.”

Burak intercambió miradas con sus secuaces y relajó su postura un poco. “Háblame con tu cara verdadera, entonces. Desenmáscárate.”

Janice cumplió. Sin esfuerzo visible, su piel perdió color, volviéndose transparente y revelando los vasos sanguíneos y musculatura humana de su cara. Sus ojos emitían una luz misteriosa, y lo que allí quedaba de su expresión se volvió inanimado, sin brillo, e inhumano.

“Tú harías de Tesla una novia hermosa.”

Janice ignoró el comentario y dijo, “La Conciencia abrió mis ojos a ciertas cosas que atañen a la maldición de Peryton, ciertas cosas que debes comprender. Zor creía que estaría ayudando a tu mundo sembrándolo con las Flores de la Vida. Si buscas alguien para culpar, debes ir más atrás –a Haydon.”

Burak hizo un sonido de descontento. “¿Haydon? Entonces podría culpar también al Gran Formador, a la Gran Geoda...”

“Todo significará lo mismo,” Janice le dijo. “Cuando los Invid vinieron ellos cerraron la única oportunidad de Peryton para salvarse; pero aún hay tiempo para rescatar a tu mundo del borde del abismo.”

“¿Pero cómo?” Burak preguntó, deseoso ahora, cautivado.

“La colmena es la clave.”

Burak dio un ansioso paso hacia delante. “La colmena... Pero dime, criatura suplantada, ¿me estoy engañando a mí mismo, soy el elegido?”

La luz de los ojos de Janice decreció, luego se volvió brillante de nuevo. “Eres el elegido.”

Burak echó hacia atrás su cabeza y gruñó. “Y Tesla,” él dijo despectivamente después de un momento. “¿Juega un papel en todo esto, o sus palabras estaban vacías?”

“Tesla tiene un papel,” Janice dijo, “uno de suma importancia.”

Capítulo 2

“No puedes impedir y prepararte simultáneamente para la guerra.”

Albert Einstein

¿Es esto lo que guardan para los reyes y los padres? el Regente se preguntó mientras recorría a pasos regulares el piso de la Colmena Hogar. ¿Desgobierno en los niveles inferiores y la rebelión de un hijo?

Era inconcebible: ¡Óptera bajo asalto –de nuevo! No quedaba mucho para devastar; los guerreros gigantes de los Maestros Robotech se ocuparon de eso. Sin embargo el planeta era aún el hogar de los Invid, y ya sea generosamente floreado o tan estéril como alguna luna vagabunda siempre lo seguiría siendo. Sólo que esta vez no eran Zentraedi –sino Invid contra Invid, con el renegado Tesla al timón del asalto.

El Regente giró rápidamente hacia sus guardias personales, una formidable docena en armadura corporal completa en posición de alerta en la base del cerebro de la colmena alojado en una cámara en forma de burbuja. En el piso delante de ellos en posturas de genuflexión estaban tres científicos Invid descalzos con chaquetas ceñidas y pantalones blancos indicativos de un aprendiz de artes marciales.

“Ustedes han derrochado nuestras reservas más preciosas,” el Regente dijo a los tres.

Él se estaba refiriendo a los Niños Especiales recientemente transmutados de la colmena, que estaban sufriendo fuertes pérdidas por obra de las tropas e Inorgánicos que Tesla había reunido en Spheris. El Regente había estado esperando mucho más de las cosas

con forma de huevos que la Regis había dejado atrás en Optera, pero los científicos de él lo habían desilusionado –una equivocación que ningún ser podía cometer dos veces.

“¡Éstos debían ser nuestros grandes guerreros,” el Regente continuó desvariando, “y en vez de ello ustedes los alimentan a Tesla como si fueran no más que las sobras del fruto desechado!”

“Lo intentamos, Su Majestad,” uno de los tres lloriqueó, arriesgando una mirada a su juez y monarca de seis metros de altura. “Pero no nos atrevimos a hacer demandas de los Posos de Génesis. Le ruego que recuerde–”

“¡Silencio, holgazán!” Con un movimiento descendente de desprecio de su mano de cuatro dedos, el Regente mandó llamar a un teniente hacia delante.

“Mi señor,” el soldado dijo, sagazmente contestó bruscamente.

“Llévenlos a los Posos,” el Regente bramó, su capucha de cobra inflada, bañada con un color violento. “Involuciónenlos y vean que sean enviados al frente.”

Mientras los científicos eran sacados arrastrados gritando de la cámara, el Regente volvió su atención a la esfera de comunicación, imágenes en vivo de la batalla centellaban desde dentro de sus confines. Oleadas de Inorgánicos, Hellcats, Scrim, y Odeon entrechocados en los distritos distantes, laderas de cerros y valles estériles que otrora habían provisto nutrimento espiritual para un mundo y una raza introvertida. En tanto arriba, a través de cielos tan pálidos como un muerto, una batalla rabiaba hacia el mismísimo borde del espacio, nave contra nave, Invid contra Invid, trabados en una guerra de mentes semejantes. Y en algún lugar sobre la locura estaba el heraldo de la muerte –un Niño Especial de la propia elaboración de su ex esposa, transfigurado por los Frutos de media docena de mundos en algo más allá de todo cálculo.

“¿Ya está establecido el enlace?” el Regente demandó de un técnico agachado sobre los controles de una esfera de instrumental. Los gritos de los científicos aún podían oírse, un rugido hueco en los pasillos que conducían a los Posos de Génesis.

“No completamente–”

“¡Ocúpese de ello!”

Conferida una opción, el Regente habría optado por un largo

remojo en la tina, un poco de chapoteo en los fluidos nutritivos Perytonianos de su baño. Había habido muy poco de ello recientemente, excepto por la ocasión cuando Edwards lo había interrumpido con una transmisión algo aterrada desde Tirol. ¿Dónde estaba el humano tuerto ahora? él se preguntaba. Él había obsequiado a Edwards con una salida de sus dificultades con la esperanza de forjar una alianza, pero desde entonces no había habido ninguna noticia del general. Tampoco ninguna noticia de su perdida reina, la Regis, en cuanto a eso. Se marchó siguiendo uno de los sensores nebulosa de ella, el Regente supuso, persiguiendo la matriz de Protocultura que Zor había animado fuera del Cuadrante.

El Regente cerró sus ojos negros líquidos ante el pensamiento, sólo para encontrarse perseguido por recuerdos crueles de las cosas semejantes a Zor que lo habían hecho salir corriendo de Haydon IV; su breve pero dolorosa estadía en ese mundo diabólico. Los escaneos psíquicos del clon vueltos a reproducir, la vista de Tesla completamente transformado en su nueva forma...

El Regente oyó al técnico anunciar que un enlace de comunicaciones había sido establecido entre la Colmena Hogar y la nave insignia transporte de tropas de Tesla. Con los ojos abiertos ahora, él fue puesto cara a cara con el insurgente mientras éste aparecía en la esfera de comunicaciones, y la imagen era aún más horrible de lo que él había recordado. Tesla estaba enorme y pelado, de cinco dedos y casi... ¡Humano! Horrorizado, el Regente se retiró de la esfera, produciendo una risa entrecortada divertida en su oponente. ¿Era esta forma algún truco de los Frutos, o era Tesla conscientemente buscando el camino mutado que la Regis había seguido? Él se negó a meditar que había algo predestinado aquí, un camino no tomado.

“Pero eso es exactamente lo que usted debe meditar,” Tesla dijo, discerniendo sus pensamientos. “Usted es el involucionado, un callejón sin salida para nuestra raza, y es mi responsabilidad primaria quitarlo de la autoridad.”

“Tú, tú ya no eres uno de nosotros, Tesla,” el Regente logró decir, sus antenas nasales crispándose convulsivamente. “Ve y únete con mi incrédula esposa en su búsqueda metafísica si te complace. Sólo déjame con mi misión aquí.”

Tesla disfrutó una risa, obviamente encantado con su nueva boca crecida. “Eres patético. La sombra que nuestra raza forma a través del Cuadrante. Y debido a eso no puedo permitirte vivir.”

Las palabras de Tesla enviaron una llamarada por el corazón del Regente, fundiendo cualesquiera miedos se hubiesen reunido allí y acerándolo. El ansia de sangre corrió por él como una inyección narcótica de las Flores más finas, una locura que producía sus propias transformaciones aterradoras. Hasta Tesla podía sentirlo allí donde él estaba sentado refugiado en su nave, mientras el Regente ventilaba su furia en la esfera comando.

“¡Ven y captúrame, entonces!” él gritó, asustando con su aspecto. “¡Ponte tu armadura de batalla y arreglemos esta cosa entre nosotros. Me comprometo a ocuparme de que llegues vivo para enfrentar los Posos, a ver como toda la materia fina de tu nueva personalidad es drenada de tu ser, sacada hasta la última gota por los mismos poderes que yo he santificado en este lugar. ¡Ven a mí, Tesla! Te espero como un amante apasionado. ¡Ven y deslízate dentro del abrazo de la muerte!”

Con eso, el Regente cortó el enlace y embistió violentamente sus puños contra la esfera de apariencia geodésica, derrumbándola con golpe de martillo tras golpe. Exhausto entonces, él se derrumbó cruzado de piernas en el suelo, su manto cerúleo cayendo sobre él como una carpa, y levanto la vista fijándola en el órgano ciego, ahora agitado, en la cámara burbuja.

Necesitamos un milagro, él se dijo.

“Entrando al sistema Tzuptum, General Edwards,” un técnico Ghost Rider reportó desde su estación de servicio en el puente. “Optera en pantalla.”

Edwards se inclinó hacia delante en la silla de comando para mirar fijamente el lado oscuro del disco, su única luna oblata. Había una excitación acoplada al momento que atravesó todas sus preocupaciones. Hace tres años el planeta no había significado nada para él; pero en el tiempo desde entonces, aquel había alcanzado a

Tirol mismo en importancia. El mundo que había dado al Cuadrante las Flores de la Vida, la Protocultura por extensión; el punto focal de una guerra galáctica y en este sentido –aunque los escáneres de la nave pueden disentir– un tipo de pareja de la Tierra. Un gemelo celestial o doble.

“¿Algún tráfico?” Edwards preguntó.

“Negativo, señor. Hay fuerte interferencia en todas las frecuencias. Intentando de nuevo.”

Edwards empujó sus dedos y trajo su barbilla a reposarse en sus pulgares. ¿Qué rayos estaba sucediendo ahora? ¿Era este algún tipo de prueba que el Regente había puesto –un modo de medir sus reacciones ante lo inesperado, un modo de evaluarlo? Edwards de hecho había esperado esto, llegando como un fugitivo con sumamente poco para ofrecer a la sociedad: una nave estelar a medio terminar, un puñado de guerreros leales, algunos mecha y armas. Pero él no iba a arrastrarse. Ellos tenían un enemigo común y un ansia similar de conquista, y eso tendría que valer algo. Y estaba la sección de la computadora viviente que Edwards había tomado de la nave del Royal Hall de Tiresia –dormitando ahora con muy pocos Inorgánicos para dirigir, pero programada con todos los datos del Código Pirámide que Edwards había alimentado en ella en Tirol. Las fortalezas y debilidades de la REF; perfiles psicológicos de los comandantes de la Fuerza Expedicionaria y de los miembros del consejo; datos de investigación sobre las exploraciones de Lang en la Protocultura; esquemáticos apuntando con precisión los lugares vulnerables de la nueva clase de acorazado de la expedición.

Si se llegaba a eso.

Edwards arrojó una mirada nerviosa por sobre su hombro, seguro de que había vislumbrado algo moviéndose a hurtadillas sobre él. Pero allí sólo había un técnico sentado en su puesto de servicio, curvado sobre su consola, su espalda vuelta hacia Edwards. Nadie en el puente había logrado ver su giro, pero Edwards hizo un movimiento de cubierta por si acaso. Ello había estado sucediendo más y más recientemente, este sentimiento de amenaza periférica, desde que él había ayudado a Lynn-Kyle a ingresar a la vida del más allá. El tonto suicida.

Edwards forzó una exhalación y regresó su atención a las

pantallas delanteras, Optera era una dorada luna creciente ahora. Las cosas habían sido peores, él decidió, recordando unas cuantas situaciones menores en tiempos pasados. Especialmente hacia el final de la Guerra Civil Global, con los Neasians firmemente perdiendo terreno y él sintiéndose como sólo otro mercenario sin la guerra para pagar el alquiler. Pero el Visitante lo había rescatado de la cola de desocupados entonces. Edwards sonrió falsamente: aquel primer viaje a la Isla Macross con su viejo enemigo Fokker. Su ascenso subsecuente por los rangos bajo la tutela de Russo, desde un simple guerrero hasta alguien que podía tener trato familiar con los segundos comandantes del UEDC. Si él lo había hecho una vez, él lo podía hacer de nuevo, aún si eso significaba montar las olas del Regente por un tiempo. Además, ¿no había logrado ya arreglárselas para ganar el premio gordo de la Guerra Robotech?

Minmei había sido sacada del puente, pero la cruz de madera a la que ella había sido esposada aún estaba allí. Edwards tuvo que reír. Había sido un gesto operístico, no hay que negarlo, pero era precisamente el tipo de cosas necesitadas para llegar a ella. Para penetrar esas malditas canciones de ella y reafirmar su control. Y sin embargo no fueron las canciones sino los chillidos los que la habían hecho desembarcar en las habitaciones de él, sedada. Ello consiguió así que todos en el puente comenzasen a sentirse como un Zentraedi, los ojos enrollándose, las manos apretadas contra sus oídos. Así que él hizo que se la llevasen; tres hombres para contenerla. Maldiciendo, escupiendo, arañando... Edwards lo amaba.

Él estaba considerando bajar a las cubiertas inferiores de la nave para hacerle lo que él quisiera cuando un técnico anunció que se estaban recibiendo transmisiones del lado brillante de Optera. “No son transmisiones exactamente, señor. Estoy leyendo disturbios térmicos atmosféricos severos, niveles de energía muy en rojo.”

“El planeta está bajo ataque,” el Mayor Benson dijo desde una estación de servicio adyacente.

Edwards hizo un giro de pánico en la silla, seguro esta vez... “Entremos,” él dijo después de un momento. “quiero señales de identificación.”

“En pantalla, señor. Transportes de tropas Invid, Pincer y naves

de escaramuza.”

Edwards observó a las pantallas tomar forma, esbozando la forma de molusco de las naves transportes, los detalles de tipo cangrejo de los Pincers. Tesla, él se dijo. Él había intentado matar al Regente una vez; ahora él tenía la ayuda de un pequeño ejército. Edwards disparó una sonrisa falsa de buenas noticias a su ayudante.

“Parece que el Regente tiene sus propios problemas, señor.”

“En efecto,” Edwards dijo. Pero la sonrisa sólo persistió por un momento. Él estuvo tentado a no participar en esto; ¿pero qué ocurriría si fueron los Sentinels quienes habían enviado a Tesla? ¿Pudieron ellos haber forjado una paz separada; ¿pudo Hunter haber acordado permitir a Tesla liderar el asalto, ablandar las cosas?

Edwards pidió más datos y estudió las pantallas en silencio. La nave aún tenía que ser escaneada, lo que significaba que Tesla ni siquiera estaba consciente de su presencia. Y allí sólo había tres transportes, bostezando como ostras abiertas... Sería un tiro al pato, Edwards pensó, tal como ese primer día en el espacio de Fantoma.

“Aseguren estaciones generales,” él dijo a Benson.

“Los escudos están arriba, las armas preparadas,” un técnico actualizó cuando bocinas cantaron sus locas canciones a lo largo de la nave. “Las bahías de lanzamiento reportan dos escuadrones alistados.”

Edwards hizo un pequeño ajuste a su placa craneal y recogió el cabello rubio y largo detrás de su oreja izquierda. “Adelante a mi marca. Este será nuestro pequeño regalo de llegada para nuestro nuevo socio.”

A bordo del Valivarre, en órbita estacionaria sobre el gigantesco y anillado Fantoma, el Comandante Breetai daba la bienvenida a su huésped al puente. “Entiendo que partes hacia Haydon IV,” él dijo, dirigiendo su voz resonante hacia el balcón Microniano que corría a través de la bodega de navegación espacial enfrente del centro de comando.

“Y yo entiendo que usted parte hacia Optera,” Exedore dijo en un fonocaptor de apariencia de binocular.

Breetai gruñó y cruzó sus gruesos brazos a través de su pecho, su placa craneal de medio cráneo reflejando luz ámbar dentro de la bodega. Él estaba vestido con pantalones muy ajustados y un manto de campaña Zentraedi adornado con las insignias de la REF. Sentada al lado de él y similarmente vestida estaba la ex Quadrono, Kazianna Hesh, la pareja de Breetai.

Exedore no pudo pasar por alto a los dos, sentados allí como anfitriones de una sala principal. Él estaba consciente de cuán lejos él se había alejado de su propio acondicionamiento; pero había áreas donde Breetai lo había sobrepasado, reinos emocionales que él nunca podría experimentar. No obstante él estaba feliz por su ex comandante, y en cierta manera le envidiaba su nuevo tesoro.

“Sí, Mi Señor,” él continuó después de una pausa. “El Comandante Grant se hará cargo del Tokugawa, y yo lo acompañaré. Procedo con la esperanza de encontrar alguna solución a nuestro dilema en Haydon IV. Todos mis estudios sugieren que ése mundo tiene las respuestas.”

Breetai le mostró una sonrisa tolerante. “Es un talento humano el que tú has perfeccionado –esta búsqueda de la causa y efecto. Pero me temo que estamos creados de materia diferente, mi amigo. Yo fui hecho para actuar y reaccionar, y así debo hacerlo.”

“Tal vez;” Exedore permitió, observando a ambos. “Pero la batalla y la guerra no tiene que ser su única búsqueda, Mi Señor. No hemos desechado el yugo de los Maestros simplemente para llevar el de otro.” Él se acercó a la baranda del balcón y miró en la cara áspera de Breetai. “Deje a la REF librar su propia lucha contra Edwards. ¿Por qué involucrarse ustedes mismos en ésta –especialmente cuando ese curso lleva hacia Optera?”

Breetai golpeó ligeramente el muslo de Kazianna y se puso de pie. “Respuestas, Exedore.”

“Quizá no somos tan diferentes.” Breetai inclinó su cabeza una vez.

Exedore vaciló, luego dijo, “Tengo dudas, mi señor.”

“Las mismas que tuviste cuando nos ofrecíamos voluntariamente para Fantoma, indudablemente. Las mismas que tuviste cuando

partimos con el mineral. Es otro talento humano, un ojo para el futuro parece que me hace falta.” Él tocó la piedra preciosa en forma de ojo de su prótesis de aleación. “Ha sido un derrotero en redondo para nosotros, Exedore, nuestra ida en búsqueda de la Tierra, nuestro regreso a Tirol y a las minas de Fantoma. Y Optera es el arco final de ese viaje –uno necesario, creo yo.”

Exedore inclinó su cabeza en reverencia, superado de una manera que era nueva para él. Él entendía lo que Optera representaba, más de lo que él tenía ganas de admitir; pero él no sabía qué hacer con los sentimientos que la decisión de Breetai había incitado. “Es difícil para mí, Mi Señor. Yo... yo lo extrañaré.”

Breetai quedó en silencio.

“Y yo a ti, mi amigo,” él dijo finalmente.

“¿Y cómo se siente la única madre biológica de Haydon IV esta bella mañana?” Cabell preguntó al ingresar a las habitaciones altas como torres de Max y Miriya Sterling en Glike, el centro de población principal del planeta. Briz’dziki estaba arriba, vertiendo luz cálida y dorada en la habitación. “¿Difícil no estar extático aquí, eh?”

Miriya le dio una sonrisa desde la pared ventana que dominaba los chapiteles y domos de la ciudad; le dio un beso apresurado en la mejilla cuando el anciano sabio vino hacia ella.

“Vaya,” él dijo, ruborizándose claramente hasta su coronilla calva, “Debería hacer una visita más a menudo.”

Miriya rió y le sirvió un vaso alto de jugo de frutas exóticas. El departamento era diferente de cualquier otro en Haydon IV, transformado por los decoradores ultra tecnológicos del planeta en un facsímil del que Max y Miriya habían compartido en Nueva Macross después de la guerra. Los Haydonitas habían hecho tanto por ella con la sala de partos que ella y Max habían optado por explayarse en la idea aquí.

Cabell tomó un sorbo de la bebida y la puso a un lado, tocando ligeramente de modo juguetón su barbilla con su barba de casi un

metro de largo. “¿Dónde está nuestra niña?”

Todos estaban diciendo esto últimamente –nuestra niña– como si el planeta entero hubiese participado en la concepción. “Max y Jean se hicieron cargo de ella para ir a ver a Vowad,” Miriya le dijo. “Aunque si ellos hubiesen esperado una hora, Aurora probablemente habría encontrado su camino para llegar allí sin ellos. Llevado afuera una de estas alfombras voladoras...”

Cabell continuó sonriendo, maldispuesto a confrontar el tono confundido en la voz de Miriya. “Vowad parece muy encariñado con ella.”

“Debe haber una palabra mejor, Cabell.”

El Tiresiano tiró de su barba. “Mistificado, entonces.” Miriya se sentó enfrente de él y lo forzó a encontrar la mirada de ella. “¿Qué significa, Cabell? Empezó a caminar al mes de vida, ahora ya habla. Todas estas advertencias sobre las esporas... ¿Tiene ello algo que ver con Garuda? ¿Fui infectada de algún modo?”

Cabell se extendió para tomar la mano de ella. “Con Garuda, y con Haydon IV, y tal vez con tu período en la Tierra. Simplemente no lo sabemos, niña. En muchas maneras Aurora es un infante normal y saludable. Pero hay ciertas aceleraciones que están ocurriendo que no hemos sido capaces de explicar. En cuanto a esta advertencia dirigida hacia la niña que tú y Max dejaron atrás...” Cabell levantó rápidamente sus manos. “Siento no poder ser más confortante.”

Miriya le dio una mirada misericordiosa e izó un suspiro hacia la luz. “Max me dice que el Tokugawa va a regresar.”

“...pronto.”

“¿Luego qué?” Sus ojos volvieron a él ahora. “¿El regreso al frente para todos nosotros? Yo no sé si puedo volver a ser parte de ello, Cabell. Max y yo rehusamos traer a Dana en esta misión por miedo a una guerra. Ahora nos encontramos donde habríamos estado en todo caso, y no me arriesgaré a que Aurora sufra ningún daño. Sé que ello debe sonar extraño para ti, oyendo esto de una Quadrono, pero el que habla es mi corazón, Cabell. No el condicionamiento de la Imperativa.”

“No,” él trató de asegurarle, “no suena en absoluto extraño, niña. Comprendo tu miedo.”

“¿Tuviste hijos, Cabell, antes de la Transición?” Él pensó por un momento y dijo, “Por decirlo así. Verás... Rem es mi hijo.”

Los ojos verdes de Miriya se abrieron ampliamente. “¡¿Rem?! Pero cómo es eso posible—”

“Oh, no quiero decir que yo sea su padre en ningún modo real,” él agregó con una voz vacilante. “Es una historia más bien compleja, querida mía, y no estoy seguro, er, eso es, yo no...”

“Cuénteme. Por favor.”

Cabell se dio vuelta, decidiendo algo para sí antes de hablar. “Yo fui uno de los muchos maestros de Zor,” él empezó. “lo conocí como un mero niño —mucho antes de la Gran Transición y las clonaciones masivas. Yo lo amaba como a un hijo. Y nunca fui capaz de aceptar su muerte. Cuando la flota del Comandante Reno regresó su cuerpo cauterizado y desfigurado a Tiresia, yo cloné una muestra de tejido saludable antes de que los Maestros llegasen a él con sus escáneres psíquicos y replicadores neurales.

“Cuando abandonaron Tirol ellos tenían unos catorce clones creciendo en sus tanques de privación, y fue su finalidad permitir a uno de estos madurar por su propia cuenta. Pero en ese ellos intentarían imponer la misma Compulsión que ellos habían usado contra Zor —la que lo envió de regreso a Optera por las Flores. Era creencia de ellos que él o cedería los secretos de la matriz de la Protocultura o los llevaría a la que él envió lejos a la Tierra escondida en los generadores de transposición espacial de su nave. Pero me temo, rezo, por que su plan nunca de resultado.”

“¿Y mientras tanto tú estabas criando al clon de Zor?” Cabell asintió con la cabeza. “Hice lo mejor que pude para duplicar la crianza temprana de Zor, sus estudios y búsquedas. Pero la guerra fue mi oposición —algo que nunca había entrado en la educación de Zor. No hasta los Maestros, es decir, sus sueños de un imperio.”

Miriya hizo un sonido de confundida. “¿Pero tiene Rem las memorias de Zor, su conocimiento de la Protocultura?”

Cabell jugaba con la manga de su manto. “Del mismo modo en que nosotros éramos capaces de despojar a los Zentraedi de su pasado e implantar una nueva Imperativa, una historia falsa, nuestra ciencia nos permitía transferir ambas, memoria celular y psíquica. Pero es un asunto precario. El despertar esas memorias

demasiado pronto puede conducir a daños irreparables. Los Maestros perdieron una docena de clones en su codicia vehemente por los pensamientos de Zor. Las memorias yacen enterradas debajo del estrato de la nueva personalidad. Um, el Dr. Lang mencionó un concepto de la Tierra llamado reencarnación –un ciclo de nacimiento y renacimiento. Es algo similar a esto.”

“¿Comprendía Lang algo de esto?”

Cabell sonrió. “He mantenido esto en secreto de todos, niña, por las mismas razones que mencioné. Lang es brillante, pero manejable. Él tendría a Rem en su laboratorio antes de que yo pudiese ponerle un alto. Eso fue lo que inicialmente me persuadió a unirme a los Sentinels –tenía que mantener a Rem libre de los propios Maestros Robotech de la Tierra.”

“Pero él debe saber algo de esto. Janice–”

“Sí. Su agente artificial.” Cabell sacudió su cabeza en admiración. “Ella nos tenía a todos completamente engañados. Lang es brillante. Y es bastante probable que él haya sabido sobre los experimentos del Regente con Rem del Coronel Wolff o del Comandante Grant. No busco ocultarles nada a ellos, pero al mismo tiempo yo no crié a Rem para ser algún tipo de animal de laboratorio, algún tipo de experimento cruel.”

Miriya comenzó a decir algo pero se detuvo y empezó de nuevo. “El conocimiento de él podría poner fin a la guerra, Cabell,” ella dijo suavemente.

“Lo sé, niña. Pero no puede ser forzado de él. Rem se está acercando a la edad que Zor tenía cuando se embarcó en el tecnoviaje que lo llevó al descubrimiento de la Flor de la Vida en Optera.” Cabell se puso de pie y se dirigió hacia la pared ventana. “Hay un rumor de los Terrícolas en Tirol sobre pedir la paz con el Invid,” él dijo con su espalda hacia Miriya, “sobre darles todo lo que necesitan para refoiar a Optera con las Flores. Las semillas de estos mundos que hemos libertado, y los Pollinators esenciales para su maduración. Es irónico que los Sentinels deban ser un obstáculo ahora de tal acercamiento directo, pero me temo que es precisamente el caso. La vida es a veces un lugar implacable, y los Invid tuvieron éxito en fomentar un buen negocio de odio a lo largo del Cuadrante en su búsqueda desesperada del alimento nutritivo

robado de su medio. Ellos carecían de la sutileza de los Maestros cuando llegaron a la guerra, y de muchas maneras los superaron.”

“Entonces depende de nosotros convencer a los Sentinels para que llamen a una tregua.” Miriya estaba al costado de él ahora, las manos de ella apretadas alrededor del brazo de él.

“¿Los Hunter?” él dijo, mirándola. “¿Lron, Kami, Crysta... ¿después de tanto sufrimiento?”

“Tenemos que intentarlo. Tendremos el Tokugawa. Podemos detenerlos antes de que dejen Spheris.”

“Demasiado tarde para eso, niña.”

“Peryton, entonces.”

Reflexivamente, Cabell miró con rumbo al planeta primario de Peryton, aunque estaba oculto por el esplendor dorado de Briz'dziki. “Ellos no pasarán un buen rato allí,” él meditó.

Miriya rememoró por lo que los Sentinels habían pasado en Praxis y Garuda, y dijo, “¿Cómo podría ser peor que lo que hemos pasado?”

Cabell exhalado lentamente, empañando una pequeña mancha en la pared transparente. “Hay suficientes datos aquí para certificar mis temores,” él le dijo. “Peryton aguarda ser rescatada de su maldición. Pero requerirá más que libertadores para lograr eso.” Él sacudió su cabeza de un modo abatido. “No. Lo que Peryton necesita son mártires.”

Capítulo 3

Otrora se creía que el efecto de la gravedad era indistinguible del de la aceleración. ¿Significaba eso que cuanto más uno se mantenía en movimiento más se arraigaba al mismo sitio? Porque de seguro parece de ese modo a veces.

De los Diarios Recopilados del Almirante Rick Hunter

Era un mundo condenado al final del tiempo, un vagabundo envejecido moviéndose por la luz colapsada de una estrella moribunda. Peryton –caído en desgracia, sus habitantes abandonados para ponderar su destino. Ningún mundo nuevo dentro de su alcance para establecerse; no quedaba ningún milagro que conseguir de su ciencia. Hasta que Haydon decidió responder sus súplicas.

La solución que él les ofrecía, el dispositivo mismo, era capaz de efectuar un cambio en el eje de orientación del planeta. No, sin embargo, por ningún medio físico, sino a través de un esfuerzo concentrado de voluntad colectiva.

Llámallo un experimento de pensamiento, Janice Em había sugerido a Rem. Ellos estaban en las habitaciones Tiresianas a bordo del Ark Ángel, y Janice llevaba puesta la más placentera de sus dos caras. Rem se sentía cómodo con ella en uno u otro modo, pero ella había escogido el modo humano con la esperanza de compensar el frío timbre analítico de su tono de voz. La nave de los Sentinels había estado en superluminal durante algún tiempo ahora y se esperaba que alcanzara la periferia del sistema planetario de Umbra dentro de veinticuatro horas estándares.

“El dispositivo,” Rem dijo, imparcialmente, y ella continuó.

Éste podía almacenar, aprovechar, y dirigir una corriente de energía mental. El efecto de los bloques de construcción elementales del psiquismo –en el mundo material. La noción operó como un sobrevoltaje en el sistema de circuitos cibernéticos de Janice. Para Rem hizo poco más que despertar nuevas sospechas sobre el precursor misterioso de Zor, Haydon.

Peryton, ella explicó, recontando algunos de los datos obsequiados a su intelecto por la conciencia de Haydon IV, había tenido éxito en realinearse. Pero fue un paraíso de breve vida el que siguió a la resurrección del planeta. Las rivalidades pronto encontraron su camino de regreso a la sociedad Perytoniana; rivalidades nacidas de unas nuevas nociones metafísicas de ocio, intereses celestiales por los que el sacerdocio de ese mundo se dividió. En los cielos vueltos a ordenar del planeta las facciones rivales vieron cosas diferentes: prueba de la Ley del Único, un creador benéfico que ofrece pistas a seres menores, faros a lo largo de un camino de reascensión. O en esas mismas configuraciones estelares, figuras de propósito determinado proyectadas en una pantalla imponente, un universo para la captura, una oportunidad para lograr libertad de la tiranía elemental, lo poco que quedaba del reinado de la naturaleza. Y así la guerra había estallado –un horror que lo abarca todo que no dejó ninguna avanzada intacta. Los habitantes de Peryton lanzaron la materia de las estrellas unos contra otros y murieron por cientos de miles; cada lado arrasó ciudad tras ciudad en su ansia de dominación; los bosques fueron quemados, las montañas removidas por la presión demente por la victoria, y tormentas de fuego chuparon hacia el cielo las almas de los inocentes muertos.

Para entonces, Haydon había abandonado el Cuadrante, pero el dispositivo que él había plantado en el planeta estaba intacto, una espada de doble filo esperando a ser extraída de las ruinas del santuario que los habitantes de Peryton habían erigido a su genio. Y el Macassar, el hierofante de la Senda Izquierda, había sido el primero en alcanzarla. Pero no antes de perder a los últimos de sus niños en la guerra –una crueldad más allá de su habilidad para comprender, aunque millones yacían muertos a sus pies. Así que no fue con pensamientos para terminar la guerra que él ingresó al

santuario de Haydon, sino con un pesar de tal magnitud que el dispositivo de psicocontrol de Haydon tomó como propio.

Que este día nunca hubiese sucedido, sus pensamientos habían reñido al santuario. Que esta batalla continúe hasta que ellos regresen a mi...

Y así lo hizo. Volviéndose a repetir a sí mismo diariamente, un rizo de tiempo extirpado de las leyes normales que gobernaban la causalidad o el espacio físico. La batalla y su reparto de jugadores viajaron por el planeta, haciendo erupción en la luz de Umbra sin advertencia como una clase de llaga marcial, pillando cualesquiera recursos que encontrase disponibles, barriendo nuevos combatientes dentro de su centro, e infligiendo devastación donde echaba raíces. Materializando cada día para estatuir la misma escena, sólo para desaparecer cada tarde en cierto infierno temporal de una fracción de segundo. Esos Perytonianos que sobrevivían pasaban las noches en miedo constante de la luz del día, con casi todos nómadas a un grado u otro, en marcha contra la salida de Umbra o saqueando a causa de las consecuencias de la batalla por algo de valor.

“Burak y su pueblo están enterados de estas cosas,” Janice dijo. “Gracias principalmente a Zor. Él fue a Peryton directamente desde Haydon IV y sembró vastas áreas del planeta. Lo que no fue destruido como resultado de la batalla fue aparentemente dejado maravillosamente fecundo. Las Flores florecieron, y él estuvo convencido de que la mera presencia de ellas ayudaría a curar al planeta una vez que esta así llamada maldición se disipase.”

Rem tenía una expresión cavilante –la que él pareció adoptar recientemente, siempre que el nombre de Zor se mencionaba. Él había dicho poco, interrumpiéndola sólo una vez para preguntar por los niños del Macassar –los dos hijos que él había perdido ese día fatal. “¿Y les dijo Zor exactamente cómo podía lograrse eso?” él preguntó a Janice ahora.

Ella inclinó la cabeza y le dijo. “Sus propios mitos y leyendas habían apuntado hacia el santuario, pero nadie sabía precisamente qué se debía hacer allí. Cuando las Flores condujeron a los Invid a Peryton, el Regente se enteró de la maldición y construyó una colmena fortificada sobre el sitio del santuario. Les benefició permitir que la maldición continuase debido a los suelos fecundos

que la batalla dejó atrás; pero en realidad ellos no podrían haberla terminado aunque quisieran. Lo que había sido extraído de los prisioneros de Peryton por la tortura era nada más que una mezcla de medias verdades y rumores. Las expresiones del Macassar habían sido mutiladas sin esperanza.”

O hasta el tiempo en que dos dejen voluntariamente sus vidas que mis niños vivirían, Rem repitió para sus adentros. “¿No se lo has dicho a Burak aún?”

“Todavía no.”

“¿Por qué? Él tiene derecho a saber.”

Janice oyó la aspereza en la voz de él y dijo, “Porque él tiene que jugar un papel.”

“Como lo juego yo, dices tú. Como esa parte de mí que no puedo tocar lo hace. Los pensamientos y sentimientos que no son míos—”

Ella lo detuvo antes de que él pudiera llegar más lejos, poniendo las puntas de sus dedos en los labios de él. “Yo no estoy pidiéndote nada. No me asemejes a uno de tus enemigos.”

Él besó los dedos de ella, una mano de mujer a pesar de las corrientes de Protocultura que circulaban por ella.

¿O ellos sólo eran cálidos al toque de él, Rem se preguntó, un preso de ese poder Robotech? Podrían los pensamientos de su donante revelar el papel que él tenía que jugar en estos asuntos de corazón y mente. Hasta entonces la maldición estaba en él también, una franja de tiempo enigmático que él montaba sólo.

“Ahora pongamos las cosas en orden,” Rick estaba diciendo a Burak en otro nivel de la nave. “Todo lo que tenemos que hacer es eliminar la colmena y encargarnos de esta... ¿maldición?”

“Sólo quitarnos a los Invid de en medio, Terrícola,” Burak dijo, “y yo atenderé a la maldición.”

Él había dado a los Sentinels una versión ligeramente diferente de los eventos. Como resultado, tal vez, de lo que miles de años de batalla habían hecho a la verdad; pero más probablemente porque él había estado preocupado sobre espantar al Ark Ángel. Las cosas

ya eran bastante tenues, con el Regente huyendo y Optera casi suficientemente cerca para tocarla; ¿así que cómo Peryton habría tenido una oportunidad si él le hubiese contado a Rick y a los otros la historia completa? Después de todo, la colmena y los huertos eran los intereses centrales, ¿no es así? Sólo barrer con los Invid como lo habían hecho en Karbarra y el resto, y darle a él cierto respiro para tratar con la maldición. El mesías Perytoniano. La batalla de Mobius misma era de poca importancia, él había mantenido.

Lo que él había dejado de mencionar era cuán fácil era morir si la maldita cosa se tropezaba en tu camino.

En consecuencia, el comando humano y extraterrestre del Ark Ángel había venido a considerar la batalla como un tipo de evento espectral, inmaterial –uno que en realidad no podía tocarlos. Rick estaba teniendo una gran cantidad de pensamientos sobre ello, sin embargo, y deseaba que Janice y Rem no hubiesen decidido ausentarse de la reunión de instrucción. Él se volvió hacia Garak y Pye ahora, sus gruesos cuellos aún mostrando maculaciones de aspecto detestable a causa del reciente apretón de muerte de Burak.

“Repasémoslo de nuevo. Ustedes tienen huertos que crecen por todo el planeta. Esta, uh, batalla se mueve rápidamente, ustedes salen y siembran el lugar, cosechan los Frutos luego y los traen de regreso a la colmena para procesar.”

Garak inclinó su cabeza semejante a la de un caracol.

Rick vio a Karen Penn y a algunas de las guerreras del contingente de Amazonas sacudiendo sus cabezas de un modo desconcertado. “Yo pensaba que dimos con el abastecimiento de alimento en Garuda,” ella dijo. “Peryton suena como un jardín ordinario.”

“Los Frutos Garudianos proveían nutrientes para las cámaras de los mecha,” Pye explicó. “Los Frutos de Peryton son el cultivo especial del Regente.”

Rick le buscó solución por un momento, mientras Kami, Learn, y Quias acosaban a los científicos Invid con preguntas adicionales. Rick estaba a punto de preguntar qué hacía a la variedad Perytoniana tan especial cuando Bela dijo, “¿Y la maldición del planeta nunca interfiere con sus operaciones?”

Garak arriesgó una mirada penetrante a Burak y a su pandilla, quienes repentinamente estaban mirando con cólera en su dirección. Él engulló y dijo. “No, no, nunca. Eso sólo, bueno, sucede, ¿comprenden? Surge a la luz del día, se retira a la noche...”

“Lo haces sonar como una brisa costera, Invid,” Lron dijo con un gruñido ursino desde el otro lado de la bodega. El Doctor Obu acaudilló a Crysta y a los otros Karbarrianos en una sesión de refunfuño. “¿Cuáles son sus números allí?”

Similares a Spheris, Garak le dijo. Aunque era probable que el Regente haya hecho volver a algunas de las guarniciones a Optera – las naves transportes desde luego.

Mientras todos estaban partiendo hacia sus puestos de servicio, Rick divisó a Veidt del otro lado de la bodega y le hizo una seña para que viniera. “Bueno,” él dijo, cuando el Haydonita sin brazos había revoloteado dentro del alcance mental, “¿Qué crees?” Él oyó un sonido parecido a campanas en su mente antes de que la corta manifestación telepática de Veidt tomase forma. Ellos están mintiendo.

En órbita baja sobre Optera, la improvisada nave insignia de Tesla se estremeció y vomitó fuego cuando sondas de plasma provenientes de la fortaleza de Edwards lo atrapó inadvertidamente. Reportes entraron a montones en la computadora viviente de la nave insignia, la que a su vez envió técnicos Invid y personal de mantenimiento escurriéndose por los pasadizos semejantes a arterias de la nave –para atender los daños del casco y los sistemas lisiados. En el puente, un ventrículo pulsante de color visceral, Tesla murmuró una maldición Praxiana y se recostó en el trono de comando.

“¿Qué fue eso?” él preguntó a uno de los técnicos.

La criatura inclinó la cabeza cuando él se volvió hacia él, accediendo datos desde una esfera instrumental situada cerca de los monitores de observación principales. “Rayo de energía, Lord Tesla. Nave enemiga apareciendo en vista–”

Tesla se agarró del cuello elegante del sensor de la silla sobre su cabeza cuando dos explosiones más sacudieron la nave. Había más sorpresa en su expresión que preocupación; él había supuesto que el Regente retornaría a una postura defensiva ahora que las naves de ataque de sus Niños Especiales estaban siendo hechas retroceder. Pero aquí él estaba atacando a los transportes de tropas mismos. Tesla demandó saber cómo esta nueva amenaza se había abierto paso.

“No es una nave Invid, Lord Tesla.”

“¿Entonces qué es?” él ladró desde la silla.

“Robotech,” el técnico dijo cuando una imagen tomó forma en la pantalla.

Tesla la miró con fijeza un momento, confundiéndola con el Ark Ángel y preguntándose cómo los Sentinels habían podido alcanzarlo. Tesla había transposicionado su flotilla a Optera desde Spheris, mientras que la SDF-7 sólo era capaz de lograr velocidades superluminal.

“¡Los tontos!” él voceó a nadie en particular. “¿No se da cuenta Hunter que le estoy haciendo un favor? ¿Me destruiría por desertión cuando podría ayudarlo a terminar la guerra?”

“Mecha Robotech acercándose a la nave insignia, Lord Tesla. Guerreros Veritech.”

Tesla miró la pantalla. Dos formaciones de precisión de luz estaban al ataque. “Hagan volver a dos escuadrones de Naves Pincer de la superficie –¡rápidamente!”

El técnico se inclinó a su tarea. Al mismo tiempo Tesla pidió una vista intensificada de la nave robotech; al continuar estudiando la imagen, él vio que no era el Ark Ángel después de todo.

“Abran una frecuencia de comunicación hacia esa nave,” él ordenó, arreglándose delante de los transmisores de video para efecto máximo.

Pero su presentación cuidadosamente construida se derrumbó un momento más tarde cuando dos Invid Inorgánicos –dos Scrim de apariencia de gnomo– aparecieron en pantalla, fijando la vista en él desde puestos de servicio en el puente enemigo. “Quéééé ra...” Tesla empezó, mientras la cámara agrandaba su campo visual para mostrar una rebanada de un cerebro alojado en una cámara en

forma de burbuja. Sentado cerca y flanqueado por dos Hellcats estaba un Humano de cabello rubio, con una placa craneal metálica vistiendo una vincha neural.

Tesla sintió un estremecimiento de miedo abrirse paso por él. ¿Un terrícola al control de Inorgánicos? ¿Un terrícola en contacto con una de las computadoras vivientes? ¿Había cerrado el Regente algún tipo de trato; vuelto a la REF y a los Sentinels contra él? ¿Qué le estaba sucediendo al plan maestro, el Fruto de los Frutos?

Una andanada de fuego de plasma encontró una parte sin escudar en la barriga de la nave insignia y arrojó un espasmo a través del puente ventrículo. Técnicos y soldados se detuvieron momentáneamente, mientras el cerebro de a bordo luchaba para reasegurar su bodega.

El Humano –Edwards, Tesla recordó– estaba sonriendo con afectación para la lente; pero avistando a Tesla ahora, él lentamente se puso de pie, avanzando hacia la cámara con una apariencia sobresaltada en su cara.

“¿Es usted la Regis?” Edwards preguntó, alarmado por la vista de Tesla en su estado transfigurado.

Tesla tomó ánimo e infló su pecho. Bastante fácil para el humano hacer tal suposición; pero Tesla lo encontró de algún modo desagradable ser confundido con la Reina-Madre. “Yo soy Tesla, señor de los Invid,” él pronunció en la lengua de la Tierra para agregar impacto.

Él no había esperado que Edwards riese.

“Tesla,” Edwards estaba diciendo, esa sonrisa falsa de vuelta en su lugar. “Tesla, señor de los Invid. Bueno, ése es un clamor. ¿Qué rayos ha estado comiendo, Tesla? Luce como si hubiese ganado peso.”

“Mecha Robotech continúan acercándose, Mi Señor,” un técnico reportó. “La computadora viviente recomienda repliegue–”

“¡Silencio, gusano!” Tesla le dijo demasiado tarde.

Edwards meneó un dedo hacia la lente. “¿Oye eso, mutante? Retirada.” Él giró para mirar fijamente, las manos levantadas hasta la vincha neural, a su propia rebanada de cerebro. “Mi computadora coincide,” él agregó, girando rápidamente. “Las probabilidades no lucen bien. Sé que usted está forzado al límite –no puede si quiera

responder el fuego, ¿o sí?”

Tesla miró a un teniente, quien sacudió su cabeza. “Los guerreros Robotech disparan: cohetes fuera. Prepararse para el impacto...”

Tesla sacudió sus puños en el aire cuando dos docenas de ojivas de combate cosieron a través del casco ventral de la nave insignia. “¿Dónde están los Pincers?” él gritó.

“Los Niños Especiales del Regente se han reagrupado, Lord Tesla,” un técnico actualizó. “Los Pincers están sufriendo fuertes pérdidas. Los escuadrones están en camino hacia nuestra posición en números significativamente reducidos.”

“El Número Uno está pateando traseros y tomando nombres,” Edwards dijo cuando Tesla regresó su atención a la pantalla. “Sus muchachos nunca lograrán regresar a tiempo.”

Tesla vio al Humano inclinar su cabeza hacia alguien fuera de pantalla.

“Prepárense para fuego de plasma—”

Tesla se levantó del suelo, moviendo de un lado a otro una mano para quitar el humo punzante de sus ojos. Edwards le estaba sonriendo.

“Estoy dispuesto a darle una oportunidad, mutante. Lleve sus naves transportes a Peryton y traben combate con el Ark Ángel. Entretanto yo trataré de decir unas palabras a su favor allí abajo. Quien sabe, quizá el Regente le dé la bienvenida de regreso al rebaño si usted puede probar ser útil.”

Tesla sacudió un puño tiritante. “Yo soy Tesla, señor de los—”

“Guárdese,” Edwards lo interrumpió, la sonrisa ya no estaba. “Su nave está fijada para destruirla. Cuenta regresiva desde sesenta...”

Hora de tomar decisiones, Rick se dijo, alejándose a pasos regulares de una pantalla vasta en el Centro de Información Táctica del Ark Ángel. El crucero estaba sólo a horas de Peryton ahora, y el comando aún tenía que salir con un plan que satisficiera a los

numerosos contingentes de la nave.

Veidt había explicado lo que él sabía de la situación de Peryton de los registros conservados en Haydon, enviando cualquier esperanza que los Sentinels tenían de una rápida colonización en picada. La batalla no era algún evento inmaterial, Veidt había explicado, sino un evento que tomaba lugar en el mundo real. Y de repente los Karbarrianos estaban actuando como si no quisieran tomar parte de la invasión –no hasta que equipos de reconocimiento estableciesen por ellos mismos la naturaleza de la maldición del planeta. En realidad estaban a favor de transportar voluntarios desde la superficie del planeta para conseguir algún tipo de consenso general. Además, Rick sospechaba que había algo semejante a superstición obrando entre los ursinoides, aunque él apenas podía culparlos por ello. Y el hecho de que los Garudianos se suscribiesen a ésta se sumaba a su preocupación, porque él había venido a fiarse de en las Transmisiones de los vulpinos, como eran llamados. Las Praxianas –entre cuyos números Rick ahora enlistaba a Lisa, Karen, Teal, y Baldan– estaban determinadas a creer que ellas podían contender con cualquier cosa que Peryton arrojase en su camino. Los Perytonianos habían optado por poner toda su fe en Burak, quien expresaba confianza en que los Sentinels encontrarían algún modo de lidiar con la presencia Invid en su mundo, y sólo pedía un Veritech para sí. Los Sentinels ya le habían otorgado este tanto, vacilantes de manosear los delirios de grandeza del Perytoniano.

El único descubrimiento positivo del día había sido el encontrar el espacio de Peryton libre de transportes de tropas Invid.

“Exploraciones de superficie llegando ahora, Almirante Hunter,” un técnico de la REF anunció cuando el Ark Ángel cambió de rumbo para dar un vistazo al lado brillante del planeta.

Los sensores se pusieron a trabajar en el mundo desde una distancia segura, y pronto tuvieron a las computadoras de a bordo ofreciendo esquemáticos de color procesado y datos desplazándose a través de media docena de pantallas.

“Póngalos donde todos podamos verlo, Sr. Ripp,” Rick ordenó. Al lado de él, Veidt hizo un sonido que se leyó pensativo en la mente de Rick.

Los escáneres mostraban un mundo curtido por la intemperie con un eje de rotación de noventa grados, girando como un trompo a través de la luz moribunda de Umbra. Continentes masivos de hielo polar, cumbres montañosas redondeadas, valles anchos, tierras de pastoreo ecuatoriales y bosques. La radiación de fondo era más alta de lo que alguno había estado inducido a esperar, y había innumerables lugares simplemente demasiado calientes para ser tocados. Los restos devastados de ciudades y centros de población arrasados durante las batallas iniciales de la guerra del clero del planeta, su lucha de un milenio de antigüedad contra el tiempo. Rick no pudo más que pensar en el mundo que la REF había dejado atrás, la Tierra después de Dolza, craterizada y reconfigurada como alguna catástrofe celestial. Una mirada a Jack Baker le dijo que él no estaba solo con tales pensamientos.

“Recogiendo lecturas anómalas en el cuadrante Romeonueve, señor.”

Rick miró con atención una mancha color carmesí furioso bien abajo en la pantalla y solicitó magnificación de la imagen. “No puedo encontrar ni pies ni cabeza a los datos,” el oficial científico anunció después de un momento. “Creo que estamos mirando a la maldición.”

Rick oyó brotar exclamaciones a lo largo de la habitación y apenas logró sofocar las suyas. El campo de batalla tenía un diámetro de más de ciento sesenta kilómetros; no era simplemente alguna tormenta de tiempo localizada, sino un verdadero huracán de salvajismo, girando por la escasa cubierta de nubes de Peryton, un volcán tronante de tamaño inimaginable. Los disturbios de una clase electromagnética negaban al Ark Ángel cualquier visual de la batalla.

“¿Cuánto tiempo antes de que la batalla alcance el lado oscuro?” Rick preguntó.

“Poco más de tres horas, señor,” alguien le dijo. Entonces según el decir general desaparecería en la puesta del sol, sólo para estallar en la luz de Umbra en otra parte de la superficie.

“¿Algún modo de predecir dónde hará erupción la cosa?” Rick preguntó a Veidt.

El Haydonita sacudió su cabeza. “Su aparición está atada a la luz

de Umbra pero es de otra manera impredecible, fracasando en adherirse a cualesquiera leyes de causalidad que hemos identificado.”

“Pero entonces tiene que mantenerse en un hemisferio, ¿no es así?”

“Teóricamente, sí. Con el período de rotación de dieciséis horas de Peryton, uno esperaría que la batalla en efecto estuviese restringida a dos estrechas bandas longitudinales y antípodas. Para rabiarse durante ocho horas en una banda, luego desaparecer e instantáneamente volver a salir durante otras ocho horas en la banda opuesta. Este, sin embargo, no es el caso. La batalla de hecho desaparece con la luz; pero puede reaparecer en cualquier parte a lo largo de la cara brillante de Peryton, rabiando durante el tiempo que le quede –en cualquier parte desde un nanosegundo hasta unas ocho horas completas. De este modo viaja por el planeta.

“La tormenta es tan probable que se de en el mismo lugar que dejó dos días antes como en cualquier nueva área.” Rick sintió su cabeza girar. Él dirigió sus pensamientos a la colmena que los Invid habían construido sobre el santuario de Haydon, y pidió a las computadoras que mostrasen su ubicación relativa a la nave. Al instante él descubrió que la colmena estaba en el lado oscuro al presente, a escasas seis horas de la mañana. Eso pondría la ubicación fuera de carrera por al menos ese tiempo, y con suerte por un poco más –en cualquier parte desde un nanosegundo hasta unas ocho horas completas, como Veidt había dicho.

“¿Cuándo a más tardar podemos aterrizar en el lado oscuro?”

“Aproximadamente en dos horas y cuarenta minutos, Almirante.” Lo que dejaba un poco más de tres horas antes de que tuviesen que preocuparse. Y todo lo que ellos tenían que hacer entretanto era derrotar a una guarnición Invid de quién sabía cuántas naves de ataque y escaramuza.

Nada comparado con eso, él trató de decirse con su mejor voz de mando. En su mente él oyó a Veidt regañándolo por el ataque.

Dos horas de desaceleración continua hizo poco por cambiar su humor; pero el Ark Ángel al menos estaba en órbita ahora, con Peryton un lugar oscuro y silencioso debajo de ellos. Rick razonó que él se sentiría completamente mejor una vez que la invasión estuviese en marcha, pero al momento que él estaba a punto de ordenar al equipo de reconocimiento salir, un estallido intermitente de transmisión subespacial escurrió su camino dentro del centro de comunicaciones de la nave.

Proveniente de la SDF-3.

Rick y Lisa la escucharon desde sus respectivos puestos de servicio en el TIC y en el puente, mirándose con fijeza mutuamente en las pantallas de intercomunicación. La noticia era increíble: Wolff estaba en camino hacia la Tierra; Vince Grant en camino hacia Haydon IV y T. R. Edwards estaba en camino hacia Optera, con los Zentraedi pisándole los talones.

Y Minmei en el asiento del acompañante.

Lisa vio a Rick quedar boquiabierto, temió lo peor, y lo obtuvo.

“No es demasiado tarde,” Rick le dijo a ella. “Podemos regresar a Peryton después de que haya terminado. La guarnición de aquí se rendirá sin una pelea. No se perderá ninguna vida—”

“¡No, Rick! No lo podemos hacer.” Sus ojos estaban tan rojos como algunas de las luces del tablero. “Tendrás que dejar a alguien más ir en su rescate esta vez. Estamos comprometidos con Peryton. Tenemos que terminar lo que comenzamos.”

Rick dejó caer con estrépito su puño donde ella lo podía ver. “¡Tesla, Edwards, y Breetai están convergiendo en Optera! Nuestra presencia es crucial al resultado. ¡Es imperativo que vayamos allí!”

“Es imperativo que permanezcamos justo aquí,” ella voceó en respuesta.

“Ni siquiera nos hemos comprometido aún. Las fuerzas de reconocimiento aún están en sus naves de desembarco. Podemos partir y regresar—

“Perdóneme, señor,” un técnico lo interrumpió desde un tablero adyacente. “Una nave ya ha partido.”

Rick miró con fijeza al tablero de amenaza estupefacto. “¡Quién emitió la orden para lanzar esa nave!”

“No es una nave de desembarco, señor. Es un Alpha.”

“Burak,” Rick dijo a sabiendas.

“Sí, señor.”

Él quería hacerlo solo; ahora puede hacerlo, Rick se estaba diciendo cuando el técnico agregó, “Rem y Janice Em están con él.”

Rick maldijo y se puso de pie, mirando el tablero y girando para ver la mirada de labios cerrados de Lisa. “¿Tenemos la posición del Alpha?” él preguntó, sosteniendo la mirada de ella.

“Dirigiéndose hacia cero-uno-siete, señor. En curso hacia la colmena.”

Rick verificó su reloj. Menos de una hora para hacerlos regresar o consignarse a ello.

“Notifiquen a la bahía de lanzamiento que estoy en camino,” Rick dijo al técnico.

“Lo encontraré allí, Almirante,” Lisa hirvió antes de cortar la transmisión.

Capítulo 4

Uno ve un motivo de infecundidad y esterilidad comenzar a emerger: Optera deshojada, la Tierra asolada, Tirol irradiado. Un matrimonio arruinado entre el Rey y la Reina; una raza de clones guerreros sin amor, otra de zánganos asexuales. Las Flores mismas mantenidas en estasis reproductivo... Sólo la Protocultura prosperó, energizada por la furia, la lujuria y la guerra.

*Maria Bartley-Rand, La Flor de la Vida: Un Viaje Más
Allá de la Protocultura*

Edwards tenía una docena de sus Ghost Riders con él cuando entró a la Colmena Hogar del Regente; y, para completar la cosa, tres Scrim y tres Crann, siguiendo el paso a la formación estrechamente cerrada del general como mascotas obedientes.

Los Inorgánicos estaban vestidos para la ocasión en uniformes extraños escogidos del guardarropas de la nave –capas de etiqueta de la REF colgando sobre sus anchos y masivos hombros, birretes situados encima de torsos de ojos ciclópeos, galones de batalla pendiendo desde racimos de armas debajo de las axilas, taparrabos adaptados de las banderas del Gobierno de la Tierra Unida alrededor de estrechas y esqueléticas cinturas y lomos blindados. Edwards y sus hombres vestían trajes de piloto camuflados hechos a la medida y cascos negro azabache con visores matizados. Cada uno portaba un rifle de asalto Wolverine, un cuchillo de supervivencia serrado, Badgers gemelas en pistoleras de cintura, paquetes de munición y baterías, bandoleras de granadas de concusión y latas antipersonales. Edwards vestía botas de caña alta, pantalones

ajustados y un chaleco de hombros ensanchados de cuero negro, guantes ricamente bordados, y una camisa de cuello alto. Su cabello rubio se apartaba como púas de su pulida placa craneal como una peluca asustada, la vincha neural montando sobre sus orejas como cierto tocado incaico de la realeza. Su ojo bueno y su boca cruel estaban realzadas con cosméticos coloreados en púrpura y rubicundos. Él cargaba un látigo de jinete y guiaba a un Hellcat con una correa de cromo.

El Regente tenía una banda esperando.

El complejo de la Colmena Hogar era una aglomeración de hemisferios de un kilómetro y medio de alto que cubrían cientos de kilómetros cuadrados. Desde arriba le había recordado a Edwards de un modelo molecular –un arreglo de cúpulas y los conductos arqueados que las unían, un polímero obscuro o éster siempre vivo. El lugar era alucinante en ambos, tamaño y estructura, y desafiaba los sentidos en cada recodo; hasta tal grado que Edwards había estado penosamente tentado a volver en línea recta a la nave de desembarco y forzar al Regente a venir a él más bien. Pero una vez del otro lado de la membrana permeable de la colmena él decidió que había hecho la elección correcta. Ninguna exhibición de trepidación o aprensión; una entrada firme al campo del enemigo. Después de todo, ¿no acababa de salvar el cuello del Regente –enviado a Tesla a Peryton –con el rabo entre las piernas? Si es que tenía un rabo, Edwards pensó. Sabe Dios que el renegado había lucido suficientemente satánico para poseer uno en esa apariencia de seis metros de altura. ¡Pero aún este aspecto humano artificial de Tesla palidecía en comparación con esta... esta banda que el Regente reunió! Una idea casi lo bastante grotesca para competir con la ceremonia nupcial que él había montado para Wolff y el resto. Una orquesta compuesta por dos docenas de los soldados desguarnecidos del Regente golpeando sobre tambores, sacudiendo matracas y campanas, y soplando en cuernos temporales, ocarinas, y flautas. Edwards reconoció inmediatamente que el Regente estaba intentando copiar, interpretar tal vez, la bienvenida que la SDF-3 le había dado a su simulagente más de dos años atrás, y apreció la oportunidad para ventilar su sorpresa contenida en una prolongada y estrepitosa risa.

“Su Majestad,” él dijo después de su momento de hilaridad, realizando una elaborada inclinación delante del trono del Regente. Las antenas nasales del líder Invid se crisparon como si examinando el aire por algún signo de sinceridad. Entonces, con un movimiento orgulloso de su cabeza, él anunció, “Optera da la bienvenida al General Edwards y a sus Ghost Riders.” Un movimiento de su mano de cuatro dedos trajo a la banda de vuelta a la vida y la sonrisa regresó a la cara de Edwards.

“En realidad es un honor estar aquí, Su Realeza,” Edwards le dijo, entregando la correa del Hellcat a uno de sus tenientes.

El Regente estaba flanqueado por dos Hellcats más grandes llevando collares tachonados con gemas y gruñendo un vendaval cuando los miembros de la banda ejecutaron su repertorio de marchas de oficio. Cientos de tropas blindadas permanecían firmes en filas inacabables a ambos lados del trono, y detrás de ellos, columna tras columna de Pincers, Scouts, y naves Enforcer. Y aún esta agrupación llenaba sólo un cuarto del Hall central cubierto por una cúpula de la Colmena Hogar.

El Regente estaba mirando hacia debajo de su hocico a los Inorgánicos uniformados que Edwards había traído y al Hellcat ahora yaciendo echado de panza a los pies del general. “Veo que usted desatendió traer el cerebro vástago con usted, General Edwards.”

Junto con la mayoría de mis tropas y el resto de sus fuerzas de ataque Tiresianas, Edwards dijo para sí. Todo aquello, incluyendo la computadora viviente, aún estaba escondido a salvo en el crucero, ahora en órbita baja alrededor del mundo hogar de los Invid. Tal era el poder del enlace de Edwards con el cerebro que él podía controlar pequeños números de Inorgánicos a través de la vincha neural sólo.

“Pensé que podríamos hablar primero,” él dijo al Regente. “Ver donde nos hallamos ahora que salvé su cuello.”

El Regente ladró un sonido de tos. “Podríamos hacerlo, General. Pero usted debería saber que yo estaba meramente jugando con Tesla. Mis Niños Especiales sólo se estaban preparando para moverse contra él cuando su nave estelar apareció.”

Edwards siguió el movimiento de la mano del Regente hacia un

costado, donde cincuenta o más mecha estaban alineados a lo largo de la circunferencia de la cámara. Se asemejaban a los Enforcer, pero eran más grandes y de una fuerza bruta mayor, portando miembros superiores múltiples proveídos con pinzas, tentáculos, cuchillas semejantes a guadañas, armas, cañones, blindaje más pesado, y poder de fuego incrementado. En la basa de cada nave estaba de pie un Invid mucho más grande y más brutal que los soldados corrientes del Regente, y más feo por lejos. Cosas mal concebidas que habían sido precipitadas a la creación.

“Por supuesto,” Edwards dijo, dejándolo pasar por el momento. “Estoy seguro de que Tesla estaba mojando sus mantos.”

“¿Usted lo vio?”

Edwards asintió con la cabeza. “¿Qué ha estado comiendo él, por cierto?”

“Frutos,” el Regente le respondió no dándole importancia.

“Eso basta en cuanto a dietas vegetarianas, ¿huh?”

El Regente lo ignoró, recogiendo su prenda de vestir al ponerse de pie. “Es hora de que hablemos,” él dijo, partiendo. Edwards y su comitiva lo siguieron, adentrándose más y más en el complejo de la Colmena Hogar. A través de túneles orgánicos entretejidos con filamentos de dendritas y ganglios, y hasta por hemisferios más pequeños y más grandiosos, nodos instrumentales y provisiones de energía; pasaron esferas de comunicación del tamaño de globos meteorológicos, y cerca de la enorme cámara que alojaba a la mismísima computadora viviente central –el cerebro alojado en una cámara burbuja del que todos los otros habían sido seccionados, una masa blanquecina flotante de materia enrollada y congelada tan grande como un dirigible.

Pero finalmente Edwards fue llevado solo dentro de las habitaciones privadas del Regente –una aproximación lastimera de las espléndidas habitaciones que los Maestros Robotech habían disfrutado en el punto culminante de su imperio. Mobiliario muy ornado y espejos, filigranas grecorromanas y volutas, atrios y patios, columnas arabescas y frontones con trabajos de frisos. Pero era más una imitación que una copia: una fachada teatral que descollaba sobre un planeta tan áspero y estéril como luz quirúrgica.

Edwards apenas podía creer lo que veían sus ojos; y por primera vez él comenzó a entender las lujurias que habían movido a los Invid medio camino a través del Cuadrante. No había sido codicia, sino envidia; y no había sido por la guerra, sino por un tipo de amor retorcido y pervertido. Él se volvió cuando el Regente se quitó rápidamente sus mantos para sumergirse en una tina ahondada de sopa verde que olía como bretones de bruselas sobrecocidos.

“Ahora, General Edwards,” el Regente dijo, suspirando mientras se deleitaba en el baño. “¿Cómo nos podemos ayudar uno a otro?” Una flota de naves de juguete y terror weapons ubicadas al alcance de la mano.

Rebosando de alegría, Edwards se echó sobre una meridiana tan ancho como un trampolín, sacándose sus botas de caña larga con las puntas de los pies y apilando almohadas detrás de su cabeza. Él había dejado la vincha neural al cuidado del líder de su equipo. “Como yo lo veo, ambos nos hemos metido en aprietos. Usted tiene a Tesla y a los Sentinels golpeando en su puerta, y yo tengo a la REF cazándome. Pensé por un momento que podríamos resolver todo moviéndonos juntos, pero perdimos nuestra ventana de oportunidad. El enviar a un simulagente a Tirol no ayudó a las circunstancias.”

El Regente estuvo dispuesto a conceder el punto. “Tal vez fui algo apresurado. Pero no estaba seguro de poder confiar en usted.” Edwards movió de un lado a otro una mano. “Olvídelo. Yo habría hecho la misma cosa. Además, lo que pasó, pasó. Estoy considerando lo que podemos hacer hoy.”

“Y eso es...”

Edwards se enderezó, los codos en sus rodillas. “Yo sé dónde está la matriz de la Protocultura. Y si sus naves pueden llevarnos a la Tierra, somos tan buenos como el oro.”

“¿Dejar Optera?” el Regente dijo con apuro.

“Es una causa perdida,” Edwards le dijo. “Por supuesto usted puede seguir luchando si esa es su idea de diversión. Pero yo no estoy listo para tirarlo todo aún.”

“Pero la Tierra—”

“¿Pueden hacerlo sus naves?”

El Regente pensó por un momento. “Creo que pueden, pero

tendría que consultar con la computadora viviente para estar seguro.”

“Entonces hágalo,” Edwards dijo, poniéndose de pie. “Entre los datos en las computadoras de mi nave y lo que he alimentado en la sección que usted dejó en Tiresia, tenemos todo lo que necesitamos –factores de espacio-tiempo, cálculos siderales, todo. Gracias a las investigaciones de Lang, también tengo el informe confidencial sobre la matriz, y una vez que le echemos el guante, tendremos toda la Protocultura que podamos manejar.

“Mi gente ya está en el poder allá. Todo lo que usted y yo necesitamos ahora es una fuerza de ataque lo bastante grande para manejar a los Maestros.”

“¡Los Maestros están en camino hacia allí!”

“Cálmese,” Edwards vociferó, esquivando una salpicadura de nutriente de la tina. “Por supuesto que ellos están en camino hacia allí. También lo está su esposa.”

El Regente quedó en silencio mientras trataba de imaginarse la sociedad: un viaje a través del Cuadrante, una pelea final a golpes con los Maestros Robotech... Sonriendo para sí, él examinó a Edwards. La Tierra limpiada de los Humanos para la llegada de la Regis y sus niños. Un nuevo mundo para establecerse. Sí, parecía un plan brillante.

Edwards atrapó la mirada del Regente y volvió su espalda, para ocultar una sonrisa. El viejo caracol está planeando matarme cuando sea el tiempo, Edwards se dijo, deleitado al encontrar que ambos realmente pensaban igual.

El Regente estaba a punto de hablar cuando la puerta hacia la cámara se abrió. “Su Majestad,” un sirviente dijo, entrando y haciendo una genuflexión. “Uno de los Humanos desea hablar con su comandante.”

El Regente rizó sus dedos. “Permítale entrar.” El teniente de Edwards empujó con los hombros al sirviente Invid para pasar, se detuvo en sus pasos cuando tuvo una vista del Regente en la tina, entonces puso una mirada seria al general. “Mensaje desde la nave. Tenemos compañía allá arriba. Los escáneres de ID dicen que es el Valivarre.”

“Breetai,” Edwards maldijo.

El Regente se erguió como un rayo en el baño, enviando una marejada por la tina. “¡Breetai!” Él experimentó un destello de recuerdo de la ira de un ojo del Zentraedi llegando de nave a nave en una esfera de visual. ¡Venimos por usted!

“Quiero que el cerebro sea transportado aquí abajo inmediatamente,” Edwards decía, recorriendo a pasos regulares al costado de la tina, descuidado de los charcos que el movimiento violento del Regente había soltado. “De hecho, descarte eso. Traiga a la nave entera aquí abajo. Los forzaremos a encontrarnos en tierra esta vez.”

“¿Los Zentraedi –aquí?” el Regente croó.

Edwards había adoptado una mirada pensativa, la que lentamente se reconfiguró a una sonrisa amplia. “Nada de que preocuparse,” él anunció riendo. “Tenemos el arma que usamos para vencerlos la última vez.”

Dos sirvientes habían aparecido para ayudar al Regente a ponerse sus mantos. Él mostró a Edwards un ceño confundido al subir de la tina. “Un arma de Protocultura.”

“Mejor que eso,” Edwards le dijo. “Nosotros le llamamos una Minmei.”

Janice había elegido seguir el mando de Burak –temporalmente, al menos– y por las instrucciones de él hizo aterrizar el Veritech en los alrededores de lo que una vez había sido la ciudad principal de Peryton, LaTumb. En sus tiempo fue un lugar extraordinario, habiéndose desarrollado alrededor del generador de psicocontrol de Haydon, y más tarde el santuario erigido en su memoria. Aún en la misteriosa luz del pre-amanecer, Rem reconoció ese tanto; pero la mayoría de lo que él veía estaba en ruinas. Torres de acero y de piedras nativas eran escorias, puentes y carreteras colapsados, horror y devastación extendiéndose completamente hasta el horizonte. Un recuerdo duradero de las guerras tempranas, cuando el reorientado Peryton había tenido al mundo en su puño. Antes de las rivalidades del sacerdocio, el desliz suicida dentro del

holocausto. Pero aunque ensombrecido ahora por la enorme colmena en forma de cono que el Invid había modelado sobre el relicario, el lugar estaba lejos de estar despoblado. Convencidos tal vez que la batalla Mobius nunca erupcionaría tan cerca del dispositivo que la había inadvertidamente ascendido en la perpetuidad, miles de Perytonianos continuaban viviendo entre las ruinas o, en los poblados primitivos, en las moradas amuralladas y en villas inmundas que rodeaban la parte central.

“Tendremos que penetrar la colmena si esperamos hacer algún bien duradero aquí,” Janice estaba explicando. “Y podemos tomar como un signo alentador el que ninguna nave se ha aparecido para darnos la bienvenida usual. Sospecho que el Regente ha hecho regresar a la mayor parte de la guarnición; pero la colmena aún no ha sido vaciada.”

Ni Rem ni Burak pensaron interrogarla sobre esto; cuando Janice estaba en apariencia de androide, las preguntas parecían impertinentes. Sin embargo, Rem tenía ciertas inquietudes sobre cómo ella planeaba llevarlos por las calles patrulladas de la población, ni hablar dentro de la propia colmena.

El trío estaba en una elevación cubierta de hierba distante varios kilómetros del perímetro Invid, el Veritech bien oculto en un bosque siempre verde a sus espaldas. El espacio de por medio era un cobertor acolchado de fragmentos de edificios y espacio abierto, algunos iluminados con antorchas, algunos equipados con generadores y luces de mercurio. Cloacas abiertas lindaban con áreas de césped finamente cortado. Refugios de paja asentados junto a mansiones majestuosas; ricos y pobres, bien y mal, hombro a hombro en cada rincón. Aquí estaba la plaza del mercado, atestada con temprana actividad de clasificación; allí una cuadra de tiendas chic. Bandas de carnívoros semejantes a perros vagaban por la calle, forrajeando metro a metro. A través de prismáticos de noche Rem observó a una banda indisciplinada lanzar un ataque contra un grupo de animales domesticados encerrados dentro de un corral de patio posterior crudamente moldeado. Dos Perytonianos esgrimiendo mazas de guerra de tres cuchillas y garrotes de madera dura estaban intentando repeler a las bestias. En otra parte, comerciantes y estafadores estaban cerrando el negocio –

comerciantes en alimentos, carne, y contrabando; buhoneros de basura de baja tecnología y sueños de alta tecnología; ladrones, incendiarios, guerreros violentos, homicidas, y asesinos.

Rem pensó en un lugar mítico que los Terrícolas llamaban infierno, y comenzó a ver a Burak con otros ojos, pensando: las Flores de la Vida podrían haber salvado este lugar mientras él se aferraba sobre los cristales. Ahora esas Flores que florecieron en las secuelas de la batalla eran llevadas directamente a la colmena y enviadas fuera del mundo hacia Optera.

“Este no es un mundo para Humanos,” Burak dijo después de un momento.

Él bajó los lentes y tornó una mirada extraña a sus compañeros – una mirada que radiaba una mezcla de emociones que rivalizaba con la propia de la ciudad. Rem pensó en las maravillas que Burak había vislumbrado, y cuán repentinamente fuera de lugar el Perytoniano debió haberse sentido.

“Ustedes dos no darían ni diez pasos antes de que alguien los asesinase o los entregase a los Invid.” Sus ojos destellaron a favor de Janice. “Yo nunca debí haberte escuchado, Wyrddling. Debí haber regresado aquí con mi propia gente, no con una cambiadora de forma y un clon.”

Janice desechó la mofa y comenzó a remover un manto negro de su mochila. “Pedí prestado esto a uno de sus amigos,” ella dijo, indicando a Burak y pasando el manto a Rem. “Póntelo.”

Rem apuntó un dedo inquisitivo a su esternón. “Estás bromeando.”

Burak rió entre dientes, el destello mesiánico restaurado a sus ojos. “Has como ella te indica, clon de Zor. Con la caperuza pasarás por un niño Perytoniano sin cuernos.”

Rem frunció el entrecejo ante el pensamiento, pero no obstante sus dudas comenzaron a dejar deslizar el grueso hábito de mangas largas y de apariencia de monje sobre su cabeza. Después, su capucha ensanchada hasta los hombros y el cinturón de piel animal. “Espero que hayas traído uno para ti,” él dijo a Janice.

Ella estaba de pie ahora, unos cuantos pasos atrás hacia el bosque. Umbra estaba asomándose detrás de ella, las estrellas desvaneciéndose en la luz.

“No lo requeriré.”

Una transformación se produjo en ella mientras ellos miraban, su cuerpo se reducía, su piel experimentaba cambios de tono y color. El pelo color lavanda de Janice desapareció, al igual que los ojos de androide. Su cabeza creció en forma de cono y sin pelo, la cresta de sus cejas se hizo más pronunciada; y de la frente sobre sus ojos ahora demoníacos emergieron dos cuernos esbeltos.

Burak retrocedió, efectuando salvaguardas mágicas y pronunciando lemas Perytonianos. “¡Wyrldling!” él entonó. “¡Wyrldling!”

Y de repente eran tres de la misma especie.

“O-otro truco que aprendiste en Haydon IV,” Rem dijo cuando había relocalizado su voz.

“Una proyección,” ella explicó. “Aún soy Janice debajo de la imagen.”

“Bueno, esperemos que sea así. De otra manera tendremos que hablar sobre obtener una cama más larga.”

Mientras el trío emprendía el viaje dentro del laberinto de calles y callejuelas de la ciudad, Rem se mantuvo esperando que la neblina se disipase; pero pronto se dio cuenta de que lo que él había confundido con niebla a ras de tierra era un manto permanente de funesto humo. Un hedor picante de energía sucia flotaba en el aire – de combustibles fósiles y plásticos ardiendo, de cabello quemándose y descomposición, de basura, suciedad, y materia fecal.

Con un tipo de crueldad ritualista, los Perytonianos se apresuraban hacia la seguridad de edificios y refugios mientras campanas, sirenas, y bocinas de advertencia proclamaban ruidosamente el acercamiento del amanecer. Tironeándose y empujándose unos a otros, pisoteando a los pequeños y débiles bajo los pies, blandiendo los cuernos y lanzando puños y maldiciones sin restricciones. Burak los guió a través de todo ello como un experto, participando en tan pocas refriegas como fuera posible y llevándolos al perímetro Invid en precisamente menos de una hora. Umbra estaba arriba ahora, arrojando largas y amenazantes sombras de las ruinas contra la cara orgánica de la colmena cónica. Escuadras de soldados Invid blindados estaban situados alrededor, alzando los hocicos alargados de sus cascos, como si analizando el

aire por signos de problemas. Naves Scout y Pincer iban y venían, un grupo acompañando un pequeño vehículo de transporte, tal vez recién salido de la última cosecha de la Flor o el Fruto.

Los tres Sentinels se escondieron detrás de un trozo de pared hendida, un balcón en otro tiempo, acurrucándose como el Espantapájaros, el Hombre de Hojalata, y el León Cobarde en la puerta del castillo de la Perversa Bruja.

“¿Y ahora qué?” Rem demandó de alguno de ellos.

“Entraremos,” Janice anunció tranquilamente.

“Sí. El destino aguarda—”

“¡So! ¡Alto!” Rem dijo, luchando para jalar a Burak de vuelta detrás de la pared. “¿No deberíamos discutir un plan?” Janice abandonó su proyección holográfica y dijo, “Ustedes son mis prisioneros.”

“¿Huh?” De Rem y Burak juntos.

Pero ellos ya podían ver la imagen de un científico Invid vestido con túnicas blancas tomando forma al lado de ellos.

“¿No podemos sacarle más velocidad a esta nave?” Tesla gritó a su timonel.

El técnico golpeó pesadamente su pecho en saludo. “Lo siento, Mi Señor. La computadora viviente nos muestra a máximo empuje.”

Tesla pudo ver por sí mismo que era verdad. El cerebro de la nave transporte lucía como un nudo de lombrices en una botella de gaseosa agitada. Unas cuantas demandas más de su parte y la nave ya no funcionaría, muerta en el espacio a gran distancia de su meta planetaria.

La fortaleza de Edwards había abierto fuego a la cuenta de treinta —eso basta en cuanto a promesas— y Tesla había sido forzado a ver el espacio de Optera con apenas la mitad del complemento de Terror Weapons y mecha de la nave. El resto, junto con las otras dos naves transporte que él había pirateado de Spheris, había sido dejado para valerse por sí mismo contra el acorazado y los equipos de Veritech de los Humanos. El resultado demasiado predecible,

Tesla pensó. La voz de Edwards aún estaba en sus oídos: Hágase útil... combata a los Sentinels.

“¡Con una miserable nave –ha!” Tesla dijo en voz alta mientras recorría a pasos regulares el piso del centro nervioso de la nave.

Él pudo ver su equivocación ahora; era, bueno, tan clara como la nariz en su cara. Él se detuvo un momento para observar su reflexión en la cámara-burbuja, luego se puso violentamente en movimiento, murmurando para sí todo ese tiempo.

En su prisa por despachar al Regente, él había marginado el Fruto de Peryton –tal vez el más importante de la totalidad, y seguramente el Fruto que completaría su evolución y lo convertiría en el ser todopoderoso en el que estaba destinado a convertirse. ¡Qué descuido para alguien tan cerca de la deificación! Él había saboreado Optera, Karbarra, y Praxis, a Garuda, Haydon IV, y Spheris. Descuidar Peryton –¡era inconcebible!

El mismísimo planeta donde la gran búsqueda comenzó.

Optera deshojada por obra de los Zentraedi, Zor transposicionándose de vuelta a Tirol con todos los Pollinators y plántulas del mundo. Los Invid dejados a recurrir a las reservas corporales; dejados al gobierno de una Reina-Madre que se había transfigurado a sí misma para servir a las necesidades del traidor Tiresiano; y el esposo al que ella había traicionado se había vuelto loco. La Edad Media... Un período interminable de espera, rezo, mientras los emergentes Lords de Tirol –los Maestros Robotech– esparcían su maldad a lo largo del grupo local.

Pero algo inexplicable había ocurrido: un sensor nébula enviado lejos a explorar el Cuadrante por cualquier signo de las preciosas Flores de la Vida había detectado una cosecha recientemente crecida en un mundo cercano –un mundo conocido para sus habitantes como Peryton. Ni siquiera la Reina-Madre podía descifrarlo. ¿Eran sus esporas nacidas en el espacio las que habían sembrado aquel mundo; o era alguien realizando un intento para recompensar?

La Reina-Madre había emprendido el viaje en una nave adaptada para ese expreso propósito. Una nave diferente a las de ellos, pero diseñada conforme a aquel propósito no obstante, como ella misma fuera diseñada conforme a ellos. Las Flores con las que

ella regresó no eran iguales a aquellas que otrora habían adornado las laderas de Optera, pero eran suficientes para rescatar la raza Invid del olvido. Para proveerles con alimento si bien no sustento espiritual; para proveerles con la voluntad para empujar más hondo en el vacío. Hacia Garuda y Spheris...

Había más, pero Tesla no pudo recordarlo todo. Algo sobre las Flores de Peryton, algo sobre el cisma que había desarrollado entre esposo y esposa...

¿Pero qué importaba? él decidió. Pronto la primera y séptima Flor sería suya, y el ciclo se completaría. Él sería capaz de regresar, invencible, a Optera –una presencia transfigurada a la que ambos, el Regente y los Sentinels, mirarían con miedo y admiración.

Lo golpeó al igual que lo sorprendió cómo todo este tiempo él había estado trabajando en propósitos cruzados con el lastimero de Burak, dentro de quien él había encendido un fuego mesiánico. Pero tales eran los contornos del Formador.

“¡Más rápido!” él ordenó a la computadora viviente. “¡Adelante hacia Peryton! ¡Adelante hacia la gloria!”

Capitulo 5

La evolución del Invid inicialmente se aducía soportaría la teoría del equilibrio acentuado, o equilibrio inferior –una objeción a la adaptación de Darwin de la doctrina que la Naturaleza no facit saltum: la naturaleza no hace saltos. Pero fue más tarde demostrado que la Regis había sido de algún modo facultada para dirigir el curso evolutivo de su especie. ¡Los Invid, ello parecía, no tenían nada que ver con la naturaleza!

Simon Kujawa, Contra Todos los Mundos: Una Biografía de Tesla El Infame

Bretai estaba sentado solo en sus habitaciones, las luces amortiguadas y los altavoces a bajo volumen. Por derecho él debía haber estado en el puente, con el Valivarre a sólo 3.2 millones de kilómetros de Optera; pero algo más grande que el momento había ordenado esta breve retirada y él había obedecido.

¿Quién era él la última vez que viajó en este sector? él se preguntó. Un guerrero, sin duda. Un guerrero bajo el mando de Dolza, engañado como el resto para creer que ello siempre había sido así: ¡guerra! Guerras de conquista, guerras de venganza y justo castigo. Guerras para asegurar el imperio de los Maestros, guerras para forjar la Imperativa. Ningún recuerdo de Fantoma entonces, salvo unos cuantos falsos para reforzar un recuerdo colectivo de Zarkopolis, la ciudad de los guerreros. Él y Exedore eran los únicos que quedaban de aquellos días; Miriya Parino, Kazianna Hesh, el resto de los cientos de la tripulación del Valivarre, todos habían llegado después. Nacidos en las cubas y en las cámaras de tamaño

en Fantoma y Tirol; engañados allí y soltados en el Cuadrante.

Zor, ajetreándose en lo más profundo de la Compulsión de los Maestros, había guiado la misión hacia Optera. Fue un tiempo antes de la Protocultura, cuando los hornos Reflex eran la orden del día. Un viaje lento y tedioso, Breetai recordó. Inicialmente, hubo un tipo de alegría adjunta a su regreso; pero cuán pronto aquellos seres crecieron para lamentar el día en que ellos habían abrazado su visita. Cuán shockeados estaban al verlo retornar a su medio sólo para robar sus preciosas Flores.

El Viejo, Dolza, había dado las órdenes de abrir fuego. Una lluvia de muerte tan completa que aún ahora, una parte virtualmente sumergida del ser de Breetai estaba estimulada por el pensamiento. Ni se acercaba a lo que seguiría cuando la Protocultura abasteciese su arsenal, pero intenso para su tiempo. Apenas una campaña glamorosa; un baño de sangre, realmente. Su bautismo.

Pronto, así pareció, tuvieron más naves de guerra a su disposición de las que podían contar; más, finalmente, de las que inclusive podían imaginar. Y al crecer sus números, sus victorias crecieron. ¡Los Zentraedi –los Zentraedi!

Y sin embargo...apenas un recuerdo el que él pudo identificar con precisión. Generaciones de guerra y apenas un recuerdo específico. ¿Quién era él entonces?

Breetai llevó sus dedos a la fría e insensible superficie de su placa craneal. Él recordó aquel día, el día en que Zor murió. La rectitud cándida de los Zentraedi podría ser su caída algún día, él pudo oír a Zor advirtiéndolo a Dolza. El Viejo Perro Guardián, él lo había llamado.

Todas las cosas son tan simples para usted: el ojo ve el objetivo, las manos apuntan el arma, un dedo jala el gatillo, un rayo de energía mata al enemigo. Usted por lo tanto concluye que si el ojo ve claramente, la mano está estable, y el arma funciona correctamente, todo saldrá bien.

Pero usted nunca ve la sutileza de los innumerables pequeños eventos en ese tren de acción. ¿Qué del cerebro que dirige el ojo y la puntería? ¿Qué de los nervios que estabilizan la mano? ¿De la misma decisión de disparar? ¿Qué de los motivos que hacían a los

Zentraedi obedecer su Imperativa militar?

¡Ah, usted llama a todo esto sofistería! Pero le aseguro: hay vulnerabilidades a las que usted es ciego...

Presciencia. Como lo eran todas sus pronunciaciones. ¿Él también había antevisto este regreso? Breetai se preguntó, molesto por la posibilidad. Breetai lo había descrito a Exedore como el cierre de un círculo, la imagen más poética que él alguna vez hubiese evocado. ¿Pero el cierre del círculo acarrearba el final de lo que había empezado en Optera incontables años atrás; o había algún otro cierre en el todo aún ahora?

“Siento molestarlo, Breetai.”

Él giró para encontrar a Kazianna parada allí, su armadura de batalla reflejando algo de la pálida luz de la habitación. Él no había oído la escotilla sisear al abrirse. Perdido en el pensamiento –otra primera voz tan tarde en el juego.

“Es hora de que regrese al puente, de cualquier modo.”

“La nave de Edwards no ha sido encontrada.”

“¿Ocultándose en el lado oscuro?”

“Es dudoso, mi señor.”

Él le enseñó una sonrisa torcida. “Sí, dudoso. Ellos deben haber aterrizado la nave. Edwards nos está provocando.”

“Usted ha estado allí, ¿no es así?” Él lo consideró. “En el pensamiento, tal vez.”

Kazianna agarró el brazo de él cuando la pasó en el pasillo. “Un momento, Breetai. Yo podría caminar a su lado si usted me lo permite.”

Él acarició su mejilla con el dorso de su mano. “Ahora, y siempre.”

En el Tokugawa con destino a Haydon IV, el Comandante Vince Grant también tenía sus pensamientos puestos en retrospectión. Era la foto holográfica la que había desencadenado las cosas. Una toma de Bowie y Dana tomada por el fotógrafo oficial en la boda de los Hunter. Dana con una sonrisa afectada; Bowie con una apariencia

transida de dolor, los ojos brillando en su cara castaña oscura. Él tenía la coloración de Vince, los rizos de Vince; pero esos eran los ojos hundidos de Jean.

Él no la miró por mucho tiempo –no podía; su mano ya estaba temblando para cuando la había puesto a un lado, su pecho se ahuecó con un anhelo que era más cercano a una aflicción. Él se había movido a las cartas después –una colección de cosas que él y Jean habían dejado atrás en Tiresia cuando firmaron por primera vez con los Sentinels, idos del mundo en la Farrago. Algo le hizo decidir llevarlas con él a Haydon IV, para sacar una al azar del fajo y leerla.

Era de Claudia, escrita a mano cerca de Navidad de 2012. Estas cartas apílalas, querido Vince, comenzaba, tal vez para ser leídas por ti algún día o tal vez no, pero hoy especialmente tengo que poner por escrito cuán completo mi corazón está –más que ninguna vez desde que Roy fue asesinado.

Oí a Gloval murmurar algo sorprendente mientras él estaba sentado en su silla de comando: “Capuletos y Montescos.” Yo pensé que él se estaba poniendo emotivo, sólo Dios sabe que el resto de nosotros lo estaba. Pero cuando miré al portapapeles él había estado estudiando, era un informe detallado de inteligencia sobre los libros que Miriya había examinado del Banco Central de Datos mientras ella estaba aquí –cuando estaba cazando a Max. Shakespeare estaba allí, por supuesto.

No sé qué pensar, excepto –¡maldita sea! ¡Tenemos que cambiar el final esta vez!

Él se permitió llorar; simplemente sentado allí y lo dejó fluir fuera de él. Nadie para juzgarlo, nadie para confortarlo. Habían pasado años, él se dio cuenta en un momento de conciencia fraccionada un Vince sentado en el borde de su silla llorando amargamente, otro observando al hombre mismo. Oh, santo cielos, él tartamudeó, alcanzado por un segundo paroxismo. Brotó desde algún lugar demasiado profundo para localizar, y lo dejó totalmente exhausto un minuto más tarde.

¡Tenemos que cambiar el final esta vez!

¿Pero era viable aún? ¿No había tratado la misión Expedicionaria de realizar justamente eso yendo a Tirol? ¿Quién los

habría culpado por simplemente apuntar cualesquiera ideas de paz a un mal sueño? Algo que comiste. Un virus.

Pero en otra parte en el Tokugawa, Lord Exedore estaba cuidando una pila de criaturas velludas y de pies pequeños que Lang había llamado Pollinators. Y lejos bajo llave en la maleta de Vince estaba un vídeo disco del resumen del Consejo Plenipotenciario para una propuesta de paz a ser transmitida al Regente Invid. Siempre que aquel encuentre la aprobación de Cabell y de Veidt, y, en menor grado, de los Sentinels mismos. Una oferta para sembrar Optera, si eso era posible, y regresar a los Invid la Flor que prometía salvación.

¡Quisiera ello que él no estuviese demasiado atrasado!

Lisa sabía perfectamente por qué Carl Riber estaba en su mente. Ella había visto la mirada en la cara de Rick cuando el nombre de Minmei se había mencionado en la transmisión desde Tirol. Esa mirada. Una que ella recordó llevar cuando la SDF-1 se había acercado por primera vez a Marte y su corazón había saltado ante el pensamiento de encontrar a Carl vivo. Cuando ella había estado cerca de morir en las que habían sido las habitaciones de Riber en la Base Sara. El recuerdo la hizo dar un vistazo a Rick ahora, levantándose fuera de la cabina del Alpha, con su mirada determinada y de mando asumido. Guapo, ella pensó.

El grupo de reconocimiento, unos doce Alphas en total, había seguido la pista del Veritech solitario hasta la superficie de Peryton, y lo había localizado donde los tres Sentinels lo habían escondido previamente. Rick, Karen, Jack, Gnea, Baldan, y Crysta ya estaban fuera de sus mecha, en camino hacia la elevación cubierta de hierba que dominaba LaTumb.

“Quiero que aseguren un perímetro alrededor del LZ,” Rick estaba diciendo al resto de los pilotos VT, la mayoría de quienes ya habían reconfigurado sus naves al modo Battloid.

No había indicaciones de que el Invid había monitoreado su descenso desde el Ark Ángel en órbita; pero eso no significaba

necesariamente que la colmena no estuviese percatada de su presencia. Umbra estaba elevándose, un disco de color rojo opaco a través de los coníferos a sus espaldas. En el otro lado de Peryton, a la guerra eterna le quedaba una hora para rabiar antes de la puesta del sol.

Lisa mantuvo sus ojos en Rick mientras ella y Bela descendían de su guerrero. Él había venido en su rescate aquel día en la Base Sara, un ángel custodio sin duda, y de nuevo un año más tarde en la Base Alaska, el sitio del desafortunado Gran Cañón. Por lo que Minmei realmente no la aventajaba en nada en el sentido de rescates. Pero era innegable que ella había sido el primer amor de Rick, y si esos recuerdos de Riber le habían enseñado algo a Lisa, era que los primeros amores son los más fuertes.

La voz de Rick llegó a ella por su canal personal. “Quiero que todos estén alertas. Cuanto menos resistencia encontremos, peor se volverá después. Lo que nos pone alrededor del punto más bajo hasta el presente esta vez.”

La idea era llevar a cabo un reconocimiento rápido del área, luego regresar a la nave para coordinar un asalto aerotransportado contra la colmena –una cosa altísima y cónica dominando la ciudad como un monte sagrado. Y al mismo tiempo, averiguar qué estaban tramando Burak, Janice, y Rem. Todos estaban vestidos para el papel con trajes de piloto y cascos; pero elecciones individuales habían sido hechas desde el punto de vista de armas y accesorios. Las Praxianas habían convertido los trajes de piloto en trajes de combate sin mangas y de falda corta; y por supuesto ellas portaban sus alabardas, escudos, y ballestas. Karen vestía una camisa ceremonial Garudiana con flecos y se había armado con un arpeo Spherisiano junto con un Wolverine y un Badger. En cuanto a Baldan, él estaba vestido con un chaleco de cola larga de la REF y lo que parecía ser un cinturón detector de pedacitos de metal Haydonita. Lerna, penachos de pelaje exponiéndose en su cuello y puños, había disfrazado su aparato de respiración como un tipo de escudo facial aerodinámico; y los Karbarrianos habían embadurnado sus pies elefantinos con pintura de guerra. Lisa misma estaba vestida muy informal hoy, a excepción de las plumas del casco y la naginata. Sólo los Perytonianos, Rick, y el aún no a la

par Baker, lucían normales; pero Lisa no lo empuñó contra ellos.

Los Battloids se estaban reportando ahora, y Rick estaba haciendo adelantarse al equipo de reconocimiento hacia la cumbre de la elevación. El sistema de advertencia de LaTumb sonaba cada quince minutos, y Lisa supuso que continuaría hasta que se recibiese noticia de que Umbra estaba colocándose sobre la batalla. Según las informaciones pre-misión de Veidt y de Burak, Peryton no tenía gobierno centralizado como tal; pero el planeta mantenía un sistema de comunicación que estaba monitoreando constantemente la aparición y la desaparición de la batalla, y transmitiendo por radio esa información a los centros de población a nivel mundial.

Lisa pensó que la ciudad parecía como si hubiese sido planeada y erigida por alguna compañía de construcción satánica. Ella nunca había visto tal bodrio de orden y catástrofe, de lo primitivo y ultra tecnológico. Observando al populacho principalmente vestido con túnicas negras escurriéndose de un lado a otro por las calles, enfocándose en rituales de callejón posterior y argumentos de esquina de calle, Lisa se encontró recordando un libro de pinturas que su padre había guardado en su estudio –visiones infernales por un pintor llamado Bosch, cuyo inusual primer nombre ella no pudo recordar. Desde la elevación, LaTumb parecía un Bosch miniatura cobrando vida.

“La mayor parte de las negociaciones de comercio son ejecutadas por la noche,” uno de los Perytonianos estaba explicando por la red táctica. “Es el único horario seguro en Peryton. Los ciudadanos están retornando a las casas y refugios ahora. El brote debe estar muy cerca.”

Lisa imaginó a Rick convocando la hora en la pantalla del visor de su casco. “Quince minutos,” él anunció un momento más tarde. “Una señal de que ha pasado el peligro será sonada cuando se sepa dónde ha aparecido la batalla. Estallidos codificados indicarán cuánto tiempo queda hasta que Umbra se haya colocado en esa parte del mundo.”

¡Vivir así! Lisa dijo para sí. Pero al pensar sobre ello, ella empezó a preguntarse si la Tierra, también, no había estado bajo un tipo de maldición similar. Guerras surgiendo en un lugar u otro cada pocos años, cada pocos meses o semanas. Su segunda razón

para extenderse en Riber, el único pacifista honrado que ella había conocido alguna vez. Él se había ofrecido como voluntario para una posición no militar en la Base Sara durante la extensa conclusión de la Guerra Civil Global. Y murió allí durante una incursión no anunciada y absurda; un malentendido de la peor clase.

Una maldición.

Lisa oyó sus palabras recientes hacia Rick; cómo ella había demandado que ellos terminasen lo que habían comenzado –barrer con los Invid de Peryton antes de moverse contra Optera. Ella tuvo una visión de Carl Riber revolcándose en su helada tumba Marciana...

“Señor, tenemos movimiento aquí afuera,” uno de los pilotos de Battloid llamó desde el perímetro.

“Obtenga un rumbo,” Rick dijo por la frecuencia de comando. “Tratando, señor... ¡Jesús! ¡Están justo debajo de nosotros, señor! Han quebrantado el perímetro. Ellos–”

Lisa oyó un estruendo explosivo detrás de ella, en simultáneo con un chillido de muerte que perforó la red. Reflexivamente, ella llevó sus manos a los costados de su casco, volviéndose a tiempo para ver dos destellos brillantes encender un área cubierta de arbustos en lo profundo del bosque.

“¡Regresen a sus mecha!” Rick gritó.

“Movimiento en el punto Charlie,” otro piloto actualizó. “Copio eso en Tango-nueve, comando,” una voz hizo eco. Lisa descendió precipitadamente la elevación hacia su ocioso VT, Bela y uno de los Perytonianos dos pasos detrás. El mecha estaba en modo Guardián, las alas extendidas y el radomo inclinado hacia el suelo como un pájaro rapaz. Una serie de detonaciones ensordecedoras en el bosque fueron seguidas por una onda de calor concusivo que casi la detuvo en sus huellas.

Rick se dio prisa, estuvo dentro de la cabina antes de que ella si quiera hubiese alcanzado su nave. “¡Muévanse, muévanse!” ella lo oyó gritar mientras la cubierta corrediza de la cabina del Veritech bajaba.

Más explosiones, a lo lejos hacia la izquierda ahora; discos de aniquilación mezclados con descargas de rifle/cañón, la respuesta tartamudeante de los pilotos VT.

Lisa tenía sus manos y los pies en las muescas del fuselaje cuando el primer Shock Trooper se mostró, emergiendo de la blanda tierra como un cangrejo de tierra enloquecido, sus cañones montados en los hombros preparados para abrir fuego. La primer tormenta de Frisbees arrancó la cola del mecha de Karen y Jack; Lisa vio a ambos lanzarse desde la nave en barrena poco antes de que una ráfaga consecutiva volase la cosa en pedazos. Dos, tres, cuatro Invid más estaban surgiendo, carapachos de mariquita y brazos pinza dejando caer lodo al elevarse.

Lisa tuvo a uno de ellos en la mira, y disparó aún antes de dejar bajar la cubierta de la cabina. Misiles gemelos se dispararon desde las lanzaderas delanteras y asestaron a la nave enemiga justo en el centro, pedazos de aleación fundida y nutriente verde fueron lanzados por una fuente de fuego cegador salpicando contra la nariz del VT.

“¡Pónganlos de pie!” Rick ordenó.

Ya separados, los componentes Alpha y Beta de su nave comenzaron a reconfigurarse.

En otra parte, el mecha de Lron experimentaba un golpe incapacitante. Gnea –un brazo alrededor de Karen Penn– junto con Baldan y dos Perytonianos más se marchaban de su VT e iban hacia el bosque. Baker estaba sobre el suelo, inconsciente o muerto. Lisa dio marcha atrás a la cubierta de la cabina, desenganchó los arneses del asiento, y fue por él.

Ella golpeó el suelo en cuclillas y se echó a correr en una carrera loca, discos de aniquilación sobre su cabeza, chirriando como sierras circulares enfurecidas. A su derecha, un Invid que estaba trillando su paso por los árboles voló en pedazos en un espectáculo ardiente; otro Trooper cayó delante de ella, ambas piernas voladas. Rick le estaba gritando a ella, su Battloid en el suelo arrodillado sobre una rodilla, su arma levantada.

Jack había vuelto en sí para cuando ella había alcanzado su lado. “Maldito fenómeno comedor de Flores de ojos de cangrejo... ¿Dónde está Karen?”

“Gnea la tiene. Ella está a salvo.” Una andanada de disparos de discos desmochó una línea de árboles detrás de ellos. “A salvo como cualquiera de nosotros, de cualquier modo.”

“Le debo una, Comandante,” Jack dijo mientras ella lo ayudaba a ponerse de pie.

“Quién estás contando.”

Lisa activó la red de comando con la barbilla para oír a Rick ordenando asistencia desde el Ark Ángel. Pero la nave estaba teniendo problemas propios; acababa de trabar combate con un transporte de tropas Invid que coincidía con la señal de ID de la nave que Tesla se había adueñado en Spheris. El transporte había bostezado una mezcolanza de Naves Pincer en el espacio local y la mayoría de los escuadrones de VT del Ark Ángel ya habían sido consignados a encargarse de ellas.

Lisa estuvo a punto de interrumpir en el canal cuando una onda repentina de aire frígido la asaltó claramente a través de su traje de piloto. Luego sus ojos comenzaron a jugarle bromas, formas sombrías titilando dentro y fuera de la vista, como naves atrapadas en una irregularidad de transposición espacial. El aire brilló tenuemente y bailó, y el VT que aguardaba pareció no más que un espejismo.

“...creo que debo haber recibido un golpe fuerte en la cabeza,” Jack estaba diciendo.

El bombardeo, entretanto, se había detenido abruptamente. Battloids y Shock Troopers se estaban mirando con asombro unos a otros, armas en descanso, cabezas escudriñando los alrededores devastados por pistas.

“Rick,” Lisa dijo inciertamente en el fonocaptor del casco. Al mismo tiempo ella colocó el cronómetro en exhibición en el visor del casco.

La maldición se estaba despertando a un nuevo día.

Dentro de la colmena de Peryton, el silbido chillón de las alarmas Invid trajo a Janice, Burak, y a Rem a un alto similar.

“¡Nos han descubierto!” Burak dijo a gritos, luchando contra el asimiento que Janice tenía afianzado en sus mantos. Su disfraz proyectado les había hecho pasar las guardias de perímetro y por la

puerta permeable principal de la colmena. Ellos estaban muy dentro de su laberíntico corazón ahora, simplemente un científico y sus dos especímenes Perytonianos en camino hacia los laboratorios.

“No se muevan,” Rem dijo por la comisura de su boca. Janice la Invid tenía un buen puñado de la capucha de él. “No los ves viniendo tras nosotros, ¿o sí?”

Era verdad. Las cosas habían sido algo menos que ordenadas desde el principio –una cierta cantidad de empaque teniendo lugar: exploradores y segadores apresurándose hacia fajos descargados de Flores y Frutos recientemente cosechados; trabajadores vaciando cubas de nutriente procesado dentro de latas de tamaño exagerado y mecha cisternas; científicos y tenientes blindados retransmitiendo comandos con esas voces suyas sintetizadas de sonido hueco. Unos pasajes atrás el trío enmascarado había pasado por la cámara que albergaba al sobre exigido cerebro de la colmena, y Janice fue capaz de enterarse de que el Regente había ordenado a todos cerrar el negocio. Una nave transporte estaría en camino hacia Peryton tan pronto como él pudiera prescindir de una; pero entretanto, el personal de la colmena debía asegurarse de que todos los suministros existentes se empacasen para el transporte.

Las alarmas, sin embargo, habían lanzado a los soldados y a los técnicos en un frenesí positivo de actividad, pero ninguno de aquellos se dirigía en la dirección de los Sentinels. Janice soltó a Rem y sacó una mano para detener a un soldado que pasaba precipitado. Por el bien de las apariencias, ella asumió una posición característica, las manos falsas dobladas dentro de las mangas de su igualmente falso manto blanco.

“¿Qué ocurre, zángano? ¿Por qué están sonando las alarmas?”

El hocico del soldado se contorció de un lado a otro, reflejando cierta confusión interior. Desesperadamente, la criatura trató de responder a las demandas de ambos, del cerebro y de éste de rango quien lo había escogido.

“La maldición del planeta, Eminencia.”

“¿Aquí?!” Burak dijo antes de que Janice pudiera detenerlo. No había registros de un brote teniendo lugar en la vecindad del santuario, aunque la batalla original en la que el Macassar había perdido a sus hijos había sido luchada cerca. El brote más cercano

había sucedido unos trescientos años atrás, y a casi la misma cantidad de kilómetros de distancia.

“Éste entiende nuestro idioma,” Janice dijo al soldado, empujando a Burak hacia delante para que la criatura lo inspeccionase.

Sus sospechas fueron enterradas, el soldado inclinó su hocico tubular. “La batalla ruge en el corazón de la ciudad. La colmena está amenazada.”

Janice movió de un lado a otro una mano, despreciativamente. “Entonces vuelve a tus deberes, zángano.”

El soldado se marchó para unirse a la confusión del corredor. “No tenemos tiempo que perder,” Janice dijo, doblando su paso. “La batalla se volverá a ejecutar por completo. Se derramará dentro de la colmena y se apoderará del santuario como lo hizo aquel primer día.” Burak arrastró sus talones y logró desprenderse del asimiento de Janice con una sacudida. Los cuernos hacia abajo, él puso su cara de demonio cerca de la máscara del androide. “No me has dicho lo que debo hacer, Wyrdling,” él bulló.

Janice dio un paso hacia atrás, desvaneciendo el disfraz. “Lo sabrás cuando llegue el momento,” ella le dijo.

En minutos el santuario mismo se divisó –lo que quedaba de él, al menos: la porción inferior de lo que una vez había sido una estatua de treinta metros de altura, esculpida en roca volcánica a la imagen de Haydon el Grande. Los Invid habían construido su colmena cónica encima de los acantilados que rodeaban el santuario, como una serie de corredores circulares interconectados, concéntrica a la basa de la estatua, con el acceso a ella limitado a una simple puerta en el aro del corredor más interior de la colmena.

Rem estaba mirando hacia arriba al trabajo arruinado, los diseños intrincados de los mantos de roca de la figura, cuando Janice dijo, “Allí abajo,” señalando la base circular a unos quince metros debajo de ellos. “Allí es donde encontraremos el generador de Haydon.”

Burak y Rem la siguieron hacia abajo de una escalera estrecha labrada en la pared del acantilado. Se derramaba luz del generador que los antiguos sacerdotes y artesanos de Peryton habían ocultado dentro del santuario; aquel pulsaba y emitía luz estroboscópica tan

intensamente como la luz de las estrellas desde pequeñas ventanas colocadas dentro de la basa, como si una gran turbina estuviese girando allí, propulsado tal vez por calor proveniente del corazón del planeta mismo. A través de los siglos la luz había rarificado el aire y grabado sombras en el acantilado circundante, y sin embargo Burak y Rem, ambos, encontraron que podían fijar la vista en el corazón de aquel.

En cuanto al peligro aquí no era de la clase física.

Se parecía a un super colisionador de antaño, un acelerador de partículas atómicas, equipado con miles de túneles electromagnéticos, conductos, escudos, y aparatos más propio del taller de un alquimista que del laboratorio de un científico. En el centro del anillo, atacada desde todos los puntos por un vendaval de relámpagos liberados, estaba una esfera transparente de treinta metros de diámetro. Y destellando adentro y fuera de la vista en el centro de esa esfera estaba el rostro envejecido doblemente albergado y retorcido del Macassar mismo –el modo en que él se había contemplado, en todo caso– luciendo todo tan asustado y siniestro como el mago de Oz en su mejor malevolencia.

“Estoy comenzando a tener dudas,” Burak tartamudeó a sus compañeros mientras ellos lo arrastraban hacia delante hacia la entrada del generador de psico-control. “Deberíamos reconsiderarlo”

Janice lo tomó por el frente de su manto. “Tú querías salvar tu mundo.”

“Lo quiero hacer, Wyrddling, pero–”

“Entonces sígueme. El momento se acerca.”

A ocho mil kilómetros sobre Peryton en un pequeño arco de espacio que el planeta reclamaba como propio, una nube de explosiones de breve vida brotó en la noche. Veritechs Blindados y Naves Pincer Invid en un ballet mortal de gravedad nula, las dos naves de guerra que los lanzaron como monstruos de las profundidades del mar en busca de presa. Tesla habría sido afortunado de escapar con su vida.

Pero gracias a la diversión, él estaba dirigiéndose a la superficie ahora, en un transbordador tentaculado que se asemejaba a una estrella de mar espinosa. Los sistemas de navegación de la nave estaban ligados a la computadora viviente de la colmena –cuyas pantallas mostraban que había tres Ciclos en la luz del día. Estas mismas pantallas estaban registrando lecturas de una clase extraordinaria de la propia colmena, pero no eran nada que Tesla pudiese comprender.

Al acercarse, sin embargo, sus ojos le mostraron lo que su intelecto había sido incapaz de comprender. Había un motín en proceso; más que un motín: una verdadera revuelta. La ciudad que había crecido alrededor de la colmena cónica era una zona de batalla, su niebla perenne más oscura y más amenazadora que lo normal, su laberinto de desvíos erosionados lleno de movimiento enajenado. Pero Tesla quedó perplejo cuando empezó a escudriñar los cielos por Shock Troopers o Enforcers.

Entonces él pensó que vislumbraba la verdad, dándose cuenta que eran Perytonianos contra Perytonianos allí abajo. Y aventuró, No una revuelta sino una revolución. Y una puntual para colmo.

Tesla sonrió falsamente internamente. Déjenlos luchar mientras Tesla cenaba los Frutos que el mundo de ellos había proveído. Los Frutos que lo liberarían. ¡Tesla el Inconquistable, Tesla el Infame!

El transbordador aterrizó en la base de la colmena en la normalmente fortificada zona perimetral, la que Tesla estuvo angustiado de encontrar totalmente desprovista de tropas. Los habitantes en guerra del planeta estaban peligrosamente cerca, rondas extraviadas y rayos de energía de su mezcla de armamento de hecho estaban penetrando la colmena en puntos determinados. ¡Y qué grupo de salvajes eran! Rojos contra negros, así parecía; ¿pero quién podía estar seguro, dada la variedad tumultuosa de uniformes y armamento? Tesla miró de un lado a otro en silencio atónito. Directamente delante de él, un grupo de soldados estaba apuntando un tipo de arma de plasma sobre un objetivo invisible, mientras casi adyacente a su posición, ¡dos bandas rivales de Perytonianos desnudos estaban corneándose a muerte una a otra con sus cuernos! En otra parte, civiles –mujeres con niños en sus brazos, jóvenes con los ojos muy abiertos, y vagos

ancianos y débiles– corrían chillando por el caos. Fuego, humo, y clamor fluían a montones al cielo.

Tesla se apartó de la escena y se echó a correr para alcanzar la colmena, la batalla avanzaba deprisa hacia él. Sin embargo ¿por qué parecía que al menos la mitad de esos guerreros e inocentes que él había vislumbrado ya estaban muertos? A él sólo le importaba ahora: que había seres desmembrados allí afuera. ¡Sin cabeza!

El interior de la colmena reflejaba el caos del exterior; pero ninguno de los Invid estaba demasiado absorto en las tareas alimentadas por su cerebro para no caer sobre sus caras al ver a Tesla. Tesla el Evolucionado, irguiéndose tan orgulloso y alto y humanoide como la mismísima Regis.

Él se encorvó para escoger a dos soldados serviles del suelo. “Los Frutos,” él gruñó, alzándolos hasta su cara. “¿Dónde son almacenados?”

Uno de ellos apuntó una mano temblorosa de cuatro dedos hacia el centro de la colmena. “Pero la mayoría de ellos ya han sido procesados–”

Tesla emitió un gruñido de impaciencia y echó a las criaturas a un lado. Sus sentidos solos lo llevarían al Fruto. Pero apenas él emprendió la marcha un silbido estridente borró una porción entera de la pared colmena detrás de él. Un segundo estallido y la pared a su izquierda se desintegró. Y en momentos, Perytonianos estaban fluyendo por las heridas. El grito de pánico de Tesla se fijó en su garganta; pero sus piernas repentinamente tuvieron mente propia. Él corrió desvergonzadamente por el corazón de la colmena.

Capítulo 6

Recordé mis palabras a Lang poco después de la batalla por Tiresia: Deje de lado su compasión... Ellos no son la raza que una vez fueron; están sin hogar ahora, y son conducidos. No repararán en nada para recobrar sus preciosas Flores, y si esa matriz existe –la encontrarán. Derrótenlos aquí, yo había argumentado. Extermínenlos antes de enfrentar a los Maestros... Pero eso fue antes de que yo tuviese una comprensión completa de las injusticias e ironías crueles que los había traído a su estado degradado. Karbarra, Praxis, y Haydon IV me habían enseñado más que unas cuantas lecciones, la principal entre ellas era que la edad no es ciertamente ninguna garantía de sabiduría.

Cabell, Un Pedagogo Extranjero: Notas sobre la Campaña de los Sentinels

Minmei no podía recordar su línea. Ni si quiera la propia escena parecía familiar. ¿Dónde estaba el director? ¿Dónde, en cuanto a eso, estaba Kyle?

Los actores que representaban a los soldados de la Tierra la arrojaron sobre un tipo de alfombra delante del masivo trono del títere, donde uno de ellos esposó sus muñecas juntas alrededor de la base de una esfera con pedestal que asemejaba un grano de polen de tamaño exagerado. Más rudo de lo necesario Minmei pensó, mirando con odio al hombre en el traje de piloto. Suficientemente mala toda esta violencia gratuita, para además tener que tolerar el método actoral de los extras... Bien, alguien iba a oír de ello.

Pero por ahora ella actuaría su parte. Ella luchó contra sus

ataduras, adoptó una mirada desesperanzada para las cámaras, y colgó su cabeza en derrota, lloriqueando. Sus ropas estaban sucias y estratégicamente rasgadas –gran parte del muslo superior y pecho expuestos– y la gente de maquillaje había hecho un trabajo infernal en simular cortes y magulladuras. Pero el crédito real para la toma de hoy, ella decidió, tenía que ser para los efectos especiales. Lo que era el decorado –¡una creación fantástica!

El títere debía ser de al menos cuatro metros y medio de alto. Tenía brazos y piernas de algún tipo, pero su cabeza se parecía a algo que uno encontraría en una exhibición secundaria en Mundo Marino. Una cara de caracol con ojos negros, parecidos a los de una serpiente y antenas sensor gemelas; un tronco abultado de cuello, con hendiduras semejantes a agallas y un reborde desde la frente hasta la espalda de órganos de globos oculares. Dos enormes gatos robóticos estaban sentados a uno y otro lado de aquel, encornados y gruñendo. Y más allá, lo que ella al principio tomó como una anticuada lámpara de lava gigante; pero en realidad era una masa asquerosa de cerebro, flotando en un receptáculo con forma de burbuja. Bastante real para asustar a los niños, Minmei aventuró; tenía que ser clasificada para ser vista en compañía de adultos. Y a lo largo de la robusta escena había vestuarios y accesorios que competirían con cualquiera que ella haya visto. Filas de guerreros de dos metros de alto y en armadura de batalla, columnas de mecha con brazos pinza, escuadras de soldados de apariencia maligna con rifles de asalto y escopetas recortadas. Y el público que va a los cines pensaba que el Pequeño Dragón Blanco había sido algo. ¡Esperen hasta que le echen un vistazo a éste!

Alguien rió, y Minmei abrió sus ojos. Un actor de cabellos rubios la estaba vigilando. Él vestía botas de caña larga y una capa corta, y la mitad de su cara estaba oculta detrás de una placa craneal destellante. Ella lo conocía de algún lugar, pero no pudo recordar en qué película habían trabajado juntos.

“Nuestra estrella parece estar algo indispuesta,” el hombre estaba diciendo. El villano, obviamente. “Tal vez nos sobrepasamos con las drogas.” Él se inclinó para asir la barbilla de ella con su mano fuerte. “Denle algo para cambiarle el humor.”

Minmei se liberó de su mano torciéndose para escupirle.

“¡Déjame ir!” ella gritó, tirando de las esposas con todas sus fuerzas. Seguramente era el momento de que Kyle hiciera su entrada. ¿Dónde estaba él, de cualquier modo?

Un minuto más tarde un segundo soldado ingresó para unirse al hombre rubio. Él cargaba una pistola jeringa neumática y una ampolla de líquido incoloro. Detrás de ellos, el títere en el trono estaba meneando su cabeza en una serie de movimiento muy vívidos. Con una voz grave y vigorosa, el títere pronunció unas cuantas frases incomprensibles. Subtítulos, Minmei se dijo, desilusionada. ¿Cómo podrían esperar que chicos de cinco años lo lean? Los cines estarían llenos de adultos charlando, explicándoles todo a sus niños.

“¡Por favor, eso no! ¡No, por favor!” Minmei rogó, retirándose de la jeringa tan lejos como las esposas de aleación lo permitían. “¡Sujétenla!” el actor rubio vociferó, agarrando rudamente su brazo.

Ella se shockeó al sentir un dolor agudo real cuando el soldado sostuvo su arma contra su carne. Los productores deben haber olido premios en el aire o algo por el estilo.

Todo se volvió brumoso por un momento, y Minmei estuvo tentada a detener la filmación; pero ella era un soldado y simplemente apretó sus ojos cerrándolos, ocultando su incomodidad y esperando que los vértigos pasasen.

El mundo real se precipitó sobre ella como un tren desbocado. Sonidos y olores no familiares asaltaron sus sentidos. El Regente movió su cabeza hacia delante en un gesto obsceno para olerla, Edwards y su cruel ayudante de campo, Benson, le sonrieron con miradas presumidas. Los soldados Invid barbotaron, los Ghost Riders aplaudieron... y a pesar de todo ello había dolor. Dolor de sus irritadas y sangrantes muñecas; dolor de las magulladuras purpúreas en sus piernas. Y dolor que no tenía contraparte visible – el tormento y el pesar embotellados dentro de ella.

“¡Kyle!” ella sollozó, y Edwards rió.

“Tu compañero de juegos está muerto, Minmei,” él dijo, la barbilla de ella en sus dedos flexionados. “¿Has olvidado cómo actuar la parte de la novia?”

Ella gritó de nuevo.

Edwards se enderezó cuando uno de sus tenientes se aproximó a

su lado. “Transmítanlo por las esferas,” él dijo en Tiresiano. “Déjenla verlo.”

Minmei vio al Regente hacer un ademán con su mano, y un instante más tarde la cosa de apariencia orgánica a la que ella estaba esposada comenzó a relucir desde adentro. La luz se resolvió a un tramo de erial desolado, y a una batalla en proceso allí. Battlepods Zentraedi, por raro que parezca, abocados contra un ejército de Inorgánicos bípedos Invid.

“¡Mis tropas están siendo aniquiladas!” el Regente gruñó. “No son contrincantes para los gigantes. Desplegaremos a los Niños Especiales para tratar con ellos—”

“Tranquilícese,” Edwards voceó, luego sonrió falsamente. “El blanco de sus ojos...” Un Zentraedi en Armadura de Poder brincó en la vista, volando a tres Hellcats en pedazos. En el fondo, los cañones de pecho de los ‘Pods’ vomitaban destrucción ilimitada a través del campo.

“Breetai,” el Regente dijo. “Sí, ese es él.”

Minmei se reclinó del poste para una mejor vista de la esfera. Cuando ella giró hacia Edwards él llevaba puesta una vincha de transmisión tachonada, un transmisor neural de cierta clase. Él le mostró a ella una mirada entrecerrada. “Tú vas a actuar para nosotros, mi mascota. Abran todas las frecuencias,” él ordenó.

Ella estaba segura de que lo había mal interpretado. Actuar ¿qué quiso decir?

“Cantar,” él dijo, viendo su desconcierto. “¡Vas a cantar para nosotros!”

Y al decir eso, un murmullo comenzó a extenderse por el vestíbulo cubierto por una cúpula; y cuando el sonido la alcanzó de nuevo estaba compuesto de cientos de voces, voces humanas e Invid, unidas en una representación de tipo fúnebre de “We Can Win,” el himno de victoria de la Guerra Robotech.

“La vida es sólo lo que escogemos hacer de ella,
Permítannos tomarla
Permítannos ser libres...”

Minmei se dio cuenta de lo que Edwards estaba intentando

hacer y trató desesperadamente de volverse hacia el interior de sus propias canciones, para alejarse de las órdenes telepáticas que él le estaba enviando.

“Podemos encontrar la gloria con la que todos
soñamos

Y con nuestro odio

¡Podemos ganar!”

Ella tarareó una tonada de amor para sí, palabras de paz y pureza; pero algo oscuro y traicionero estaba colándose por debajo de ellos, algo que el cerebro Invid estaba ayudando a Edwards a lograr. La voluntad de ella se debilitó y vaciló, y unas cuantas palabras del mensaje adaptado de la canción escapó de sus labios. Esta canción que otrora había hecho arrodillar a los Zentraedi...

“Cuando combatimos no hay derrota,

Nos mantenemos firmes y no retrocederemos.”

La esfera ya estaba mostrando el efecto de la canción: los Battlepods ya no estaban avanzando. Algunos de ellos parecían estar vagabundeando de un lado a otro ofuscados, disparando al azar, mientras que otros chocaban unos contra otros, o sucumbían a las fuerzas demoníacas que Edwards y el Regente habían soltado contra ellos.

Minmei los estaba liderando en la canción ahora, lágrimas corriendo por sus mejillas, Invid y humanos hombro a hombro con las armas levantadas, oscilando juntos como compañeros de cerveza del Oktoberfest.

“Viviremos el día en que soñemos con la
victoria

Y comenzar una nueva vida.

Ganaremos.

¡Ganaremos!”

Vince Grant aún estaba mirando fijamente a Aurora mucho tiempo después de que ellos habían sido presentados oficialmente.

Caminando, hablando. ¡Y ni siquiera de seis meses de edad aún! Era como un capturador de atención sacado de los titulares de un tabloide de la Tierra de fines de siglo: CHICA MARAVILLA OBTIENE MAESTRÍAS A LOS DOS AÑOS. Él sintió a Jean apretar su mano en una reprimenda moderada. “Estás mirando fijamente,” ella susurró cuando él giró para mirarla de frente.

Ellos estaban sentados juntos en un sofá antigraedad muy ornado en las antecámaras restauradas de la asamblea de Haydon IV. El sofá era una de las varias piezas de muebles que los equipos de diseño del planeta habían inventado para atender las necesidades de los visitantes y huéspedes alienígenas. Exedore y Cabell ocupaban un sofá similar enfrente de los Grant. Los Sterling también estaban presentes, junto con Arla-Non, la líder de la Hermandad Praxiana; Fontine, del grupo emisario Karbarriano; dos representantes Invid de la camada dejada atrás de la Regis; y Vowad y varios miembros de la antigua guardia de los conocedores Haydonitas. La habitación estaba en el piso superior de un carámbano invertido de un rascacielos, situado en una posición conveniente para ofrecer vistas panorámicas de Glike y de las laderas circundantes. Briz’dziki estaba cerca del horizonte en el cielo, inundando la habitación con luz ricamente ámbar. Tapices, alfombras, plantas en tiestos, y flores añadidas para dar calor; para Vince el lugar se sentía más como el lobby de un hotel que un cuarto privado gubernamental. Todos allí ya habían visto el vídeo disco de la propuesta de paz del Consejo Plenipotenciario.

“Ustedes sugieren que Optera puede ser en realidad refoliada,” Max Sterling estaba diciendo ahora, dirigiéndose a Cabell y a Exedore. “¿Entonces por qué no fue considerado esto antes?”

“Lo fue, Comandante,” Exedore le respondió. Él sostenía un Pollinator en su regazo y acariciaba el pelaje blanco de la criatura mientras hablaba. “La propuesta estaba entre los temas registrados para el debate cuando el Regente visitó la SDF-3. Pero las conversaciones se rompieron más bien rápidamente y—”

“Todos estamos conscientes de esos eventos, Lord Exedore,” Vowad interrumpió. “Pero entiendo que tal cosa no habría sido posible entonces.”

“Eso es verdad,” Cabell dijo. “El consejo estaba operando bajo la

suposición de que los Invid tendrían una participación activa en el proceso de refoliación. Ahora, sin embargo, gracias en gran parte a su generosidad, Vowad, los bancos de datos de Haydon IV han rellenado las pocas piezas faltantes del rompecabezas.”

Exedore gesticuló hacia el Pollinator. “Con estas criaturas y muestras de Flores de Haydon IV y Karbarra, estoy seguro de que podemos tener éxito.”

Fontine gruñó. “Los rumores que han alcanzado Karbarra hablan de planes de construir una matriz de la Protocultura aquí en Haydon IV. ¿Hay alguna verdad en ello?”

“Ninguna,” Vowad respondió firmemente. “Cabell, tal vez tú debieras dirigir esto.”

El Tiresiano se recostó en el sofá, jugando con su barba. “Rumores,” él dijo con obvio hastío. “Vana especulación.”

“Pero el clon de Zor—”

“Rem es de hecho eso. Pero no es Zor y no debe ser considerado un factor en estos debates.”

Vince examinó a los dos Invid en mantos amarillos, preguntándose sobre el pronunciamiento de Cabell. Axum, el más alto de los dos, dio un paso hacia delante para responder a la pregunta de Exedore en cuanto a cómo la Regis respondería a tal propuesta.

“Esto no está dentro de mi capacidad para responder,” el Invid empezó. “La Regis se ha marchado de este sistema estelar y permanece incomunicada, aún con la computadora viviente que el Regente dejó aquí. Tal vez sería mejor que interrogasen a la Conciencia de Haydon IV.”

Vowad estaba sacudiendo su cabeza. “Ya hemos intentado eso.”

“Entonces no tenemos otra alternativa más que negociar directamente con el Regente. Bajo la condición de que el General Edwards sea entregado al consejo para afrontar un juicio,” Exedore se apresuró a agregar.

Max hizo un sonido de descontento desde el otro lado de la habitación. Aurora compartía el regazo de Miriya y el de él.

Había habido un momento incómodo más temprano cuando la niña había experimentado un tipo de ataque menor, causado, Vince afirmó, por su primera visión del Pollinator. Vince aún esperaba

que Jean explicase el significado de la advertencia estridente de la pequeña Aurora advirtiendo: ¡Cuídate de las esporas, Dana! ¡Cuídate de las esporas!

“El Regente no da un... no le podría importar en grado menor las Flores,” Max dijo al grupo. “Ofrézcanle una matriz si quieren hablar de paz. Su ejército utiliza Protocultura, no Flores. Pregúntenles,” él dijo, indicando a Axum y a su compañero científico.

El Invid volvió sus ojos negros hacia la asamblea. “El Humano dice la verdad.”

“Tenemos que probar, sin embargo,” Exedore objetó. “Los reportes más recientes de subespacio indican que el Ark Ángel acaba de entrar al espacio de Peryton. Una nave prototipo Karbarriana ya está en camino hacia Peryton, si no estoy equivocado.”

“No lo está,” Fontine dijo. “La hemos nombrado Tracialle, en honor de la batalla librada allí.”

“Entonces propongo que las computadoras calculen las coordenadas siderales para una reunión entre el Ark Ángel, el Tokugawa, y el Tracialle. Los Sentinels deben ser disuadidos de lanzar un ataque sobre Optera hasta que el Regente haya sido informado de la propuesta del Consejo.”

“¿Pero qué hay de los Zentraedi?” Fontine preguntó. “El Comandante Breetai está en persecución sólo del General Edwards,” Exedore dijo con un tono seguro.

Vince rompió un silencio breve diciendo que el Tokugawa consideraría un honor el tener a Arla-Non a bordo para la misión, y la Praxiana aceptó con una sacudida majestuosa de su crin blanqueada por el sol. “Y el Escuadrón Skull está naturalmente ansioso por tener a su comandante de regreso,” Vince dijo a Max.

Max giró hacia Miriya antes de mostrar a Vince una débil y pesarosa sonrisa. “Siento desilusionar a todos, Vince, pero no iré en ésta.”

De nuevo, Vince sintió la presión de la mano de Jean. “Quítate esa expresión de sorpresa de tu cara,” ella sugirió gentilmente. “Piensa en Bowie y Dana.”

Vince lo hizo, contemplando a los Sterling y a su hija sobrenaturalmente dotada por un momento. Una línea de un libro

antiguo le vino a la memoria inesperadamente, y él dijo, “Es una cosa mucho, mucho mejor lo que hacemos que lo que hemos hecho alguna vez.”

“Líder Ángel Negro reporta naves enemigas retirándose por completo,” una técnico en el puente del Ark Ángel actualizó.

Veidt revoloteó a través del puente hacia las bahías delanteras de la nave. El espacio local estaba esparcido con escombros de las docenas de naves Pincer que los escuadrones de Veritech habían destruido. Estallidos esféricos brotaban en lontananza donde unas refriegas aéreas finales estaban teniendo lugar. Peryton rotaba debajo de ellos, nubes grises y los picos nevados de una gran área de tierra rojiza.

“Líder Ángel Negro solicita las órdenes del comando, señor.” Veidt giró un rostro sin boca hacia las pantallas, estudiando brevemente las listas de datos. “Ordéneles descender para auxiliar al destacamento de desembarco,” él envió a la técnico a su puesto de servicio.

“¿Y el transporte de tropas enemigo?”

Veidt recordó la muerte de Sarna, un ritual que él ejecutaba para circunstancias como éstas. “Iremos tras la nave nosotros mismos,” él anunció después de un momento.

Lisa se agachó de repente cuando un joven Perytoniano desnudo se lanzó sobre la cabeza de ella para empujar sus cuernos dentro de la región abdominal de un contrario. Jack recibió una salpicadura de sangre en la cara y maldijo desagradablemente a todos al alcance del oído. Todo alrededor de los dos Sentinels, Perytonianos en taparrabos estaban embistiéndose y corneándose unos a otros hasta la muerte. Debajo de las exclamaciones de guerra y gritos desesperados, el mundo era una sinfonía loca, acentuada por el

sonido sibilante de cuernos acuchillando el aire, el ruido sordo de cuernos contra la carne blanda, el sonido de miles de pasos en las calles: el coro loco de la guerra.

“¡Por este camino! ¡Por aquí!” Lisa voceó, tomando el traje de piloto de Jack y tirando de él. A través de un bosque de cabezas y cuernos golpeándose, ella vislumbró brevemente a Gnea y a Karen adelante; Baldan estaba con ellas, repeliendo asaltantes con ambas manos, un arma de rayos Spherisiana en una, un arpeo Garudiano en la otra. La callejuela estaba pavimentada con cuerpos, flotando en sangre brillante y de olor punzante.

Ellos habían sido forzados a alejarse de la cuesta y descender en el paisaje urbano espantoso de LaTumb cuando la batalla Mobius se materializó por primera vez. Perytonianos reanimados, muchos todavía llevando heridas abiertas del día anterior, habían bullido entre ellos con una rapidez que dejó a los pilotos de Shock Troopers y Battloids enmudecidos. Más de un mecha había sido derribado, más de un piloto jalado gritando de cubiertas corredizas hendidas de cabinas, tal vez para convertirse en una parte fantasmal de mañana o del día siguiente a la lucha. Lisa había visto al propio mecha de Rick completamente dado vuelta por la arremetida semejante al de hormigas de los ejércitos merodeadores; pero ella había perdido vista del VT cuando las oleadas de la batalla la llevaron a ella y a Jack, a Gnea y a los otros, dentro de lo más espeso de las cosas.

No era Pamplona en todas partes, sin embargo. En los tejados y en los atrios en ruinas de edificios, Perytonianos estaban decidiéndolo peleándose con espadones y mazas. Dentro de un corral de roca próximo a una residencia de paja en la que se había escurrido rápidamente, Lisa divisó una justa en proceso, Perytonianos montando en los hombros de sus compañeros, lanzas adornadas con cintas empalando jinetes y portadores por igual.

“¡Abajo!” Jack gritó cuando disparos de ametralladoras cosieron agujeros a través de una puerta de madera cercana. Lisa se le unió sobre el suelo, arrastrándose de panza detrás de una pared de cuerpos apilados horizontalmente a lo largo del borde de la calle. Las armas de energía habían limpiado una faja a través de la intersección delante de ellos, pero descargas al azar de esas mismas

armas mantenían a todos momentáneamente inmovilizados. Gnea, Karen, y Baldan finalmente tuvieron éxito en abrirse camino hacia la posición de Jack y Lisa. Los tres se habían desnudado completamente de uniformes y armas ahora, y se habían vestido con trozos sangrientos de mantos negros Perytonianos.

“¡Di algo y te asesinaré!” Karen gritó a Jack antes de que él pudiera hablar. Había una mirada maníaca en sus ojos verdes salpicados, la única vez que Jack pudo recordar ver verdadero temor allí.

“¡Estaremos más seguros adentro!” Baldan dijo, señalando hacia la puerta que había recibido disparos de proyectiles. “¡Existen refugios debajo de nosotros!”

Gnea preguntó por Rem.

“No hay señal de ninguno de ellos,” Lisa le dijo. Un cuerpo cayó del techo y casi aplastó a Jack y a Karen. “¡Quizá llegaron a tiempo a la colmena!”

Todos dieron una vuelta repentina al mismo tiempo para dar un vistazo al cono del tamaño de una montaña. Desde donde Lisa estaba acucillada, ella podía ver que la colmena había sido agujereada en al menos media docena de lugares, hordas de Perytonianos escurriéndose dentro y fuera mientras ella miraba.

“¡Anímense!” Jack gritó entre ellos. “¡Sólo faltan seis horas para la puesta del sol!”

La batalla se había insinuado en lo profundo de la colmena, pero aún tenía que penetrar los pasillos más recónditos y descender en el área del santuario encerrado por acantilados.

Desde la entrada arqueada del generador de Haydon, Rem observó a la cara del Macassar cobrar vida en una esfera de luminiscencia alimentada por relámpagos. Burak hizo sonidos aterrizados al lado de él, sus manos de seis dedos crispándose como si él fuera el receptor de esos rayos de plasma.

“¡Yo no seguiré adelante!” él dijo a Janice, biselando sus fuertes piernas delante de él para abrazarse.

“No tendrás que hacerlo,” Rem oyó a Janice decir con una voz tan controlada que lo perturbó. “Escucha...”

Algo extraño comenzó a acontecer dentro de la esfera. La cara del Macassar perdió su rostro temible y semejante a una máscara y se volvió más natural, más atormentado.

Burak tartamudeó un gemido.

“Que este día nunca hubiese sucedido,” el Macassar entonó al santuario. “Que esta batalla continúe hasta que ellos retornen a mí.”

Burak se enderezó. “¿Quiénes? ¿A quiénes pide que sean regresados a él, Wyrldling?”

“Sus hijos, Burak. Ellos murieron en batalla poco antes de que él entrase al santuario. El dispositivo de Haydon ignoró el ruego del Macassar por la paz planetaria y adoptó su pesar en cambio.”

Rem vio a la cara de Burak contraerse en confusión. “Pero cómo—”

Janice lo aquietó.

La gruesa ceja del Macassar se frunció, los ojos sin iris derramaron dos pequeñas lágrimas por sus mejillas. “O hasta el tiempo en que dos dejen voluntariamente sus vidas que mis niños vivirían.”

Con eso, un orificio se abrió en la esfera transparente: un portal circular suficientemente largo para acomodar a un Humano o un Perytoniano, casi seductor en su simplicidad, una puerta hacia un dominio energizado de puro pensamiento.

Burak giró violentamente hacia Janice. “¡El salvador, tú dijiste!”

“Y así tú lo serás,” ella le dijo.

Capítulo 7

Mucho se ha hecho de los así llamados paralelos entre la Optera de la pre-caída y el legendario jardín del Edén de la Tierra. Pero francamente yo encuentro a los paralelos forzados y no convincentes. Algunos han estigmatizado a Zor como la serpiente, a las Flores Perytonianas como la manzana. Preguntémonos, entonces, ¿quién fue el que plantó el Jardín y puso las reglas en movimiento? Haydon, algunos dicen, Haydon el Grande.

A. Jow, El Histórico Haydon

Moteados con bermellón, los frutos eran del tamaño de las pelotas grandes y pesadas usadas para gimnasia, pero parecían no más grandes que melones en las manos mutadas de Tesla. Él estaba sosteniendo uno en sus labios ahora, a punto de darle un mordisco, cuando una lanza con la punta ensangrentada pasó zumbando cerca de su cabeza y perforó la cosa, sujetándola contra la pared semejante a un tejido de la colmena como una pieza de exposición. Tesla voceó un grito estrangulado y corrió para cubrirse, atiborrando Frutos en los grandes bolsillos de su prenda de vestir larga hasta el piso mientras desaparecía alrededor de una curva en el pasillo. Pero la batalla continuó siguiéndolo.

Casi como si ella se hubiese personificado, él pensó, respirando duramente cuando se detuvo. Él se inclinó, apoyando sus manos en su rodilla, y dio un rápido vistazo sobre su hombro hacia la intersección del pasillo. Lanzas y flechas se deslizaban pasándose unas a otras, chillidos y gemidos haciendo eco desde todas partes. Hordas rivales de Perytonianos locos de guerra andaban

excitadamente por la colmena como ratas de laboratorio a expensas de narcóticos de calle, arrasando todo en su camino para llegar a sus enemigos. Los soldados Invid estaban respondiendo el fuego, pero excedidos en número y mal preparados, estaban siendo desbordados. La mayoría eran científicos y técnicos en todo caso, desacostumbrados a lucha de cercamiento.

Tesla tembló ante la idea de encontrarse con una criatura que estaba acostumbrada a tal carnicería.

Pero al menos había logrado salvar un lote suficiente de los Frutos –gracias a lo que tal vez fue una directiva final del cerebro de la colmena– y todo lo que él requería ahora era un lugar tranquilo donde ingerirlos, y quizá un espejo de altura completa para vislumbrar el resultado. Éstos eran los destinados a ponerlo en la cima, los Frutos que completarían su transformación y causarían una nueva gloria a la raza Invid. Ciertamente la nave transporte que lo había transportado desde Optera era una cáscara ardiente ahora; pero seguramente los Sentinels reconocerían su grandeza y le harían reverencia. Luego él podría continuar donde había quedado: destruir al humano, Edwards, y deponer al Regente.

Siempre que él viviese para ver el anochecer.

La batalla estaba dando vuelta la esquina ahora, pisándole los talones a Tesla otra vez. Él cejó cuando una pequeña daga se enterró por completo en su cuarto trasero; entonces comenzó a correr de nuevo, propulsándose a través de una serie de giros interiores y descensos verticales que lo condujeron más profundamente hacia el centro de la colmena. Su fuga finalmente lo llevó a la franja del pasillo más interior, el cual él circundó íntegramente antes de localizar la puerta osmótica que accedía al centro.

Él tropezó al pasar, y quedó pasmado al encontrarse en el borde de lo que una vez había sido una configuración natural de acantilados de arenisca y terreno estéril, su techo de trescientos metros de alto terminado en ápice ahora era la superficie interior curva de la propia colmena. Y en el centro, labrado de una pluma volcánica monolítica, se encontraba los restos truncados de una estatua enorme el santuario de Peryton a Haydon.

Tesla dio un vistazo rápido alrededor, buscando solución a los

destellos de luz que resplandecían desde la basa circular de la estatua. Él dio palmadas a los Frutos en su bolsillo y sonrió para sí.

Allí abajo, él pensó. Allí abajo es donde me moldearé de nuevo una última vez.

Breetai casi podía apreciar el uso de Edwards de Minmei contra ellos. Casi. Pero él estaba demasiado ocupado defendiéndose contra los Inorgánicos para extenderse por mucho tiempo en la ironía de la situación.

Los Battlepods estaban tropezando y cayendo a todo su alrededor; los Hellcats saltándoles encima para desgarrar escudos de pecho o morder las extremidades blindadas de las máquinas de guerra. Delante de él, escuadras de Scrim y Crann estaban moviéndose en posiciones de flanco, esperando barrer a los rezagados dentro de su zona de matanza. Breetai había ordenado cerrar todas las frecuencias, pero aquello no hizo nada para mitigar el efecto del golpe sutil de Edwards. La canción de Minmei parecía estar atacándolos desde todos lados, desde el complejo colmena y sus antenas difusoras circundantes, desde el terreno elevado emblanquecido del propio planeta.

La nave insignia de Breetai había sido exceptuada de los efectos paralizantes de la voz durante el ataque de Dolza a la Tierra. Exedore les había concertado un trato. Breetai y su tripulación, como marineros salvados del llamado de las sirenas; y los traidores, también, a su comandante en jefe, a los Maestros y a la Imperativa. Pero aunque la voz había pasado por alto a los Zentraedi de Breetai en esa ocasión, ella había infiltrado y traumatizado su psiquis colectiva tan certero como cualquier arquetipo. Y el efecto de oírla ahora volvió a despertar recuerdos de su genocidio, al igual que las minas de Fantoma habían vuelto a despertar recuerdos de su nacimiento biogenéticamente diseñado. Breetai experimentó lo que posiblemente debe haber sido estar en cualquiera de esas cinco millones de condenadas naves. Oír esos sonidos por primera vez y experimentar el tumulto que ellos incitaron; encontrarse

repentinamente desnudo de significado y propósito, puesto a la deriva en una marea oscura de indiferencia. Reconocer que las verdades que uno había prometido honrar y por las cuales moría no eran nada más que los miedos engramados de un círculo demente de locos.

Breetai recordó la primera vez que había visto a Minmei la Srta. Macross, en aquel tiempo –y el papel de ella en la película que él tomaría a pecho. Él trató de convencerse que él no era el ser que había sucumbido a esas imágenes transvid; que él había superado su condicionamiento. ¿No se había encontrado él mismo en Fantoma? ¿Encontrado amor allí, un sentimiento de nuevos comienzos? Pero la voz clarificó que los Zentraedi habían jugado de anfitrión a la Imperativa de los Maestros por mucho tiempo para simplemente superarla; y Breetai comprendió que la muerte estaba a la mano...

Él abrió todas las frecuencias de comunicaciones de la Armadura de Poder e incrementó la ganancia a máximo volumen, deleitándose en la locura absoluta del momento. Con los propulsores posteriores activados, él tiró al suelo a dos Hellcats y saltó sobre una línea de escaramuza de Odeons, girando violentamente mientras aterrizaba para poner en juego el cañón de choque montado en el pecho de la armadura. Él derrumbó la línea, luego saltó de nuevo, aplastando un Hellcat y a su compañero de caza, moliéndolos a granos de arena bajo las enormes botas metálicas del traje. Algunos de los Pods cercanos vieron la maniobra y comenzaron a reagruparse, los cañones de pecho llameando mientras tomaban posición para atacar de nuevo a los defensores Inorgánicos de la colmena. Pero la reagrupación llegó demasiado tarde. Shock Troopers y Naves Enforcer ya estaban en los cielos, corrientes de discos de aniquilación deslumbrantes eran lanzados contra el avance Zentraedi. Breetai vio al Regente entre ellos y lo siguió. El Invid estaba ataviado en su Armadura de Poder –una cosa voluminosa y bípeda –compuesta por vainas de intensificación y protecciones articuladas, propulsada por impulsores de pie de triple lumbrera y un único impulsor posterior localizado en el centro de la capa de torso ancha como los hombros del traje. El grueso cuello y el reborde de tubérculos del Regente estaban protegidos por una funda transparente; pero el casco dejaba a su cara y a sus antenas sensor

expuestas. Sus ojos negros parecieron encontrar a Breetai y se convocó a combate personal.

Breetai apagó sus armas y desvió toda la potencia a los sistemas de propulsión del traje. Dos saltos largos le hicieron hacer un recorrido impresionante; él estaba saltando en un tercero cuando el Regente se lanzó. Ellos se encontraron en el medio del aire con un estruendo bullicioso de partes del cuerpo, cabeza a cabeza, brazos y piernas sacudiéndose. Ellos retrocedieron y volvieron a la carga de nuevo, atacándose mutuamente como gorilas de cuadrilátero de lucha. El Regente era menos de la mitad del tamaño de Breetai, pero con la voz vacilante de Minmei todavía gritando dentro de su casco –sólo sonando ahora sin palabras discernibles, un grito desesperado– el Zentraedi tuvo que usar toda su fortaleza para no derrumbarse.

Y el Regente era rápido y poderoso además; él subió por debajo de los brazos de Breetai, lo alzó y lo embistió contra al piso. Él luchó para ponerse de pie, pero el Regente había tomado un brazo y una pierna y lo estaba alzando en una vuelta centrífuga. Liberado, Breetai golpeó el suelo como una piedra rebotando, resbalándose con saltitos rápidos sobre la tierra escabrosa que las propias naves de los Zentraedis habían blanqueado de vida. Él rodó y rebotó, formando un montículo de tierra antes de detenerse; entonces el Regente estuvo de nuevo sobre él, arrojándolo lejos con embestida de hombros y antebrazos, un tackle a un trineo de práctica.

Un puntapié acertado sacó volando el casco del Traje de Poder de la cabeza de Breetai; pero él se las arregló para saltar alejándose de debajo de los propulsores de pie del Invid repentinamente activados.

“¡Eres mío, Zentraedi!” el Regente hirvió, en un avance de sumo ahora. “Tendré el placer de desgarrarte en pedazos con sólo mis manos. ¡Por lo que tu Zor le hizo a mi esposa! ¡Por lo que tus Maestros te ordenaron hacer a mi mundo!”

Breetai vio la inevitabilidad de ello. Y la rectitud. Pero en ese mismo instante de revelación, él tuvo un vislumbre de algo diferente a la vez –un vistazo al círculo completo que él y su céntuplo derrotado habían venido a cerrar. Había un punto en el que los Zentraedi e Invid estaban destinados a lograr cierto balance

karmico. Breetai realmente no podía explicárselo, pero sí entendía que las dos razas habían estado moviéndose hacia un fin común desde el momento en que Zor liberó la Protocultura en el Cuadrante. Y tal vez aún antes de eso, aunque él apenas pudo reflexionar si por acción o adrede. Y los Humanos entraban en la ecuación también; los tres –Optera, Tirol, la Tierra– casados a un evento supremo aún en formación. Un evento que no sólo remediaría el mal hecho a Optera, sino uno que tendría un impacto trascendente en la trama del universo que ellos compartían.

El Regente pareció consciente de la mirada serena en la cara de Breetai, y mostró una de confusión a cambio. Breetai se abalanzó hacia delante en ese lapso momentáneo y empujó sus puños profundamente dentro de las cavidades de la armadura de torso del Invid. Sujetando sus brazos alrededor de la cintura del Regente y desplegando todos los dispositivos de agarre de la Armadura de Poder, él se cerró en un abrazo asistido mecánicamente.

Los ojos negros del Regente se abrieron ampliamente, el rostro encapuchado de Breetai reflejado allí. “Moriremos juntos, Invid,” Breetai le dijo.

El Regente luchó por liberarse, arqueando su cuello y usando su hocico para aporrear la cara de Breetai. Pero la suerte estaba echada. Breetai lanzó a ambos hacia arriba, amantes de tamaño desigual en un pas de deux vertical, y armó el sistema de auto destrucción de la Armadura de Poder.

Luces de alerta destellaron a través de las pantallas pectorales de la Armadura. El Regente dejó salir un grito estrangulado y trató de nuevo de liberarse retorciéndose, rompiendo ambos brazos de Breetai en el proceso. “¡Breetai –no!” él gritó. “¡No es el modo Zentraedi! ¡Acepta tu derrota! ¡Déjame vivir!”

Breetai avistó las formas en orden de batalla debajo de él, amenguando ahora mientras los impulsores los llevaban hacia lo alto en el cielo desgarrado por la guerra de Optera. “Nunca estará terminado hasta que tú y yo estemos muertos, Invid. Has sabido esto todo el tiempo.”

El Regente intentó responderle, pero no pudo. Las palabras del Zentraedi eran más aprisionadoras que su asimiento. Los pensamientos pasaron muy velozmente por su mente como hojas en

un vendaval. Una visión de su esposa en medio de su viaje al otro lado de las estrellas. Una transformación tan intensa que calcinó toda duda...

Los dos enfrentados mutuamente con una mirada más allá de las palabras, esperando que el mundo se terminase.

Optera tembló cuando llegó; una estrella de pesebre sobre la colmena.

Una docena de Battlepods estaban en retirada de la superficie asolada de Optera, montando flamas azules hacia el orbitante Valivarre. Kazianna Hesh estaba entre ellos, los brazos pistola amputados de su nave de oficial. La canción de Minmei había terminado en un chillido largo, luego cesó totalmente; pero la batalla estaba perdida no obstante. Kazianna había seguido la ascensión abnegada de Breetai, siendo testigo de la estrella fugaz que fue el fallecimiento ardiente de él, y no podía sentir nada ahora, excepto por la corriente de sus lágrimas.

Y los ligeros movimientos de la vida que ella llevaba dentro de sí.

Tesla se zambulló por la entrada arqueada al generador y se presionó contra la pared, mirando de soslayo en la cara de la luz desenhazada de la cámara circular –rayos de energía radiante chisporroteando hacia una esfera transparente localizada en el centro, un olor a ozono y problemas.

Pero todo esto era de poca importancia. Él sacó uno de los Frutos color bermellón de su bolsillo y lo miró a la altura de los ojos, como uno exploraría una esfera muy valiosa o un mundo para la conquista. Él inhaló su fragancia y sonrió, saboreando el momento y regocijándose triunfalmente por su escape y el sendero de victorias que lo había guiado aquí. Dando vuelta al fruto en su

mano, él pensó en Burak y se preguntó qué había sido de él. Él tenía su boca abierta para obtener un mordisco de la pulpa de este sacramento color rojo escarlata, cuando la cara del Macassar tomó forma en la esfera y la maldición se repitió. Tesla escuchó, aturdido por lo que oía, y se felicitó por liberar a Burak cuando lo hizo.

“Dos tontos se asemejan más a ello,” él murmuró. De nuevo él acercó el Fruto a sus labios, repentinamente consciente de un pequeño sentimiento de temor que se había escurrido al exterior por de bajo de sus pensamientos.

“Sabía que vendrías,” Burak dijo desde el otro lado de la habitación, asomándose en la vista desde las sombras.

Tesla tartamudeó un sonido de sorpresa y dio un paso hacia atrás, reflexivamente poniendo el Fruto en el bolsillo. “¡Burak! Cuán... placentero verte, mi amigo.”

El Perytoniano lo miró fijamente. “Sabía que vendrías.”

Janice y Rem habían estado observando desde un costado; pero escogieron mostrarse ahora, Hansel y Gretel al voltear posiciones.

“Lo que aparece cuando menos lo esperas,” Tesla dijo.

“El Macassar nos espera, Tesla.”

Tesla dio un vistazo a la esfera, donde un tipo de portal había aparecido; luego giró de vuelta hacia Burak con un bufido burlón. “¿Has perdido la razón? ¿En realidad crees que vine aquí para martirizarme por este lugar infernal?” Él mostró a los tres Sentinels el Fruto. “Vine por esto. Y en un momento ustedes olvidarán todo lo referido a maldiciones y trucos del tiempo. ¡Tendrán a Tesla para adorar! ¡Tesla el transformado!”

Con eso él dio una enorme mordida al Fruto; luego otra y otra, devorándolo como una bestia rapaz, riachuelos rojos de jugo corriendo por su barbilla. Él sacó un segundo Fruto de su bolsillo y comenzó a atacarlo asimismo, pero se detuvo después de unas mordidas, sus manos y cuerpo temblando incontroladamente. Él dejó caer el Fruto y se puso tan rígido como una tabla.

Janice y Rem cerraron sus ojos cuando un aura de luz en forma de huevo se formó alrededor de Tesla, más brillante que la propia vida interior del generador. Un sonido turbulento brotó del huevo – los Sentinels no estaban seguros si de Tesla o de la propia luz– y el aura comenzó a girar en un remolino de color prismático.

Luego colapsó.

Encapullado en el interior, Tesla primero experimentó una embestida de poder expansivo; pero el poder lo dejó cuando el aura comenzó a contraerse, y él repentinamente se dio cuenta que él se estaba contrayendo junto con aquel. El Fruto lo estaba regresando a su tamaño y forma previa –¡lo estaba involucionando! Rápidamente. De regreso por todas las fases que los Frutos le habían ayudado a lograr; de vuelta a la figura de un humilde científico Invid, cubierto ahora en un manto que colgaba de él como una carpa de circo.

Pero simultáneamente con ese resbalón de regreso a su ser anterior llegó un discernimiento –una comprensión de dónde él se había equivocado.

¡Peryton! él recordó ahora, su memoria abriéndose a vistas olvidadas. El primer mundo encontrado para albergar a las Flores de la Vida después de la defoliación de Optera. Y la Regis había ido allí para cosecharlas... Ella había retornado algunas a Optera, las había ofrecido al Regente como un tipo de apaciguamiento por su transgresión con Zor. ¡Pero en lugar de consuelo espiritual y nutrimento vino el odio! El Regente fue involucionado por ellas. Aún más allá de los poderes de ella para controlarlo. Así que ella le había suplicado que abandone su consumo y esperase hasta que otras Flores de otro mundo se revelasen. Ella no habría sabido lo que el Regente había encontrado en esos especímenes mutados: una cosa de amor para reemplazar lo que él había perdido con ella. Un modo de montar ejércitos y mecha; un poder que rivalice con el de ella. Una visión de la guerra y la venganza que él podía descargar sobre los Maestros y sus clones guerreros.

¡De Peryton y su suelo maldito!

Tesla notó que sólo Rem, el clon de Zor, parecía abrumado por la transformación. La fe de Burak en el destino lo había ayudado a superarlo –la fe que Tesla mismo había ayudado a implantar. ¿Y quién sabía hasta qué grado la Conciencia de Haydon IV había alterado la mente del androide Janice? Tesla cambió la vista de Burak al portal del generador y experimentó un momento de percepción lúcida: de la raza Invid en el umbral de un viaje magnífico hacia la existencia no corpórea. De un mundo blanco y azul donde la fase final sería consolidada, y de una criatura alada

grandiosa de sustancia mental que se elevaría desde sus orillas celestiales...

“Me dijiste que era el destino,” Burak le estaba diciendo. “¿Por qué luchar contra nuestro destino?”

Tesla radió una sonrisa de aceptación, aunque su cara ya no era capaz de exhibir una. Él salió caminando desnudo desde el cuello del manto y extendió su mano de cuatro dedos a Burak.

Sus pensamientos se alinearon, entraron al portal juntos. Para traer paz a un mundo agitado.

Abstraído del hecho que un rayo de partículas había borrado toda huella de su enemigo (junto con alrededor de otros cincuenta guerreros), el Perytoniano continuaba a través de la plaza a velocidad peligrosa, sus cuernos hacia abajo para el ataque final. Jack pudo ver desde donde se encontraba que Karen no se había percatado del ataque obcecado del alienígena. Ella tenía su espalda vuelta hacia la plaza, una mano asiendo la tira ensangrentada de arpillera en la que ella se había enrollado; la otra agarrando un pedazo de jamba de madera que ella estaba usando para parar los golpes de un alborotado Perytoniano pintado para la guerra que esgrimía una vara. Jack calculó las distancias y decidió atacarlo. Él había estado ejecutando oles y golpes de gracia durante la mayor parte de una hora, y se consideraba bien preparado para manejar un pequeño rescate improvisado. Desafortunadamente, sin embargo, él había perdido ambos, su espadín y capa, con el último asaltante que había venido hacia él; así que éste era uno al que tendría que tomar por los cuernos. O eso o meterse en algunos de esos saltos de toro minoico que él recordaba de una vida pasada.

Él abrigó esperanzas.

Él se colocó entre Karen y el Perytoniano con cerca de cinco segundos de sobra. Ellos chocaron nalgas y ella giró; gritando al encontrarlo allí, una cabeza en forma de cono con dos cuernos en un ataque irreversible ni a tres metros de distancia. Ella no sabía que los ojos de Jack estaban cerrados en ese momento; pero ambos

acordaron más tarde que él en realidad había gritado toro! en el último momento.

Fue precisamente cuando la batalla se desvaneció alrededor de ellos.

Un minuto estaba allí, y al próximo ya no estaba.

Jack aún estaba esperando el impacto, los ojos cerrados, recitando una simple oración para sí cuando oyó a Karen decir algo inexplicable.

“¡Ya no están! ¡Se ha ido!”

Él abrió un ojo, luego el otro, giró de un lado a otro en pánico esperando encontrar al Perytoniano viniendo hacia él desde alguna otra dirección. Pero los guerreros se habían ido. Eran sólo ellos cinco –Jack, Karen, Gnea, Baldan, y Lisa– estando de pie confundidos entre la destrucción que la batalla había dejado atrás. A cierta distancia a lo lejos, un puñado de sobrevivientes Perytonianos se estaban levantando lejos de las calles recientemente arruinadas; en otra parte, cabezas cornudas estaban asomándose cautamente desde puertas y ventanas, preguntándose qué había salido mal. O bien.

La pieza de la jamba cayó de la mano levantada de Karen a la calle con un golpe hueco. Ella miró fija e inexpresivamente a Jack por un momento largo, luego sin advertencia tiró un puntapié derecho a su cabeza. Él había visto a la luz cambiar detrás de sus ojos y se agachó rápidamente justo a tiempo.

“¡Nunca, nunca intentes algo como eso de nuevo, Baker! ¡¿Me oyes?!” Ella extendió su mano, lo asió por la pechera de la camisa, y le dio un enérgico empujón hacia atrás, aparentemente despreocupada de que su vestimenta de arpillera se había deslizado alrededor de su cintura. “Me deja pensando que maravilloso sujeto fuiste al salvar mi vida, tú... tú maldito–”

Ella colapsó llorando en sus brazos, sujetándolo tan estrechamente que trajo un dolor agradable a su barriga aún sanando. Jack reflexionó sobre el beso que ella había empleado para liberarlo del hechizo de Tesla en Spheris, y se preguntaba si no podría intentar hacer lo mismo por ella en este momento, cuando el Battloid de Rick llegó avanzando ruidosamente en la escena, alambres y servos colgando y emitiendo una sinfonía de sonidos

nocivos. Lron había llegado cojeando detrás, ennegrecido enteramente a lo largo de su lado derecho.

“¿Todos en una sola pieza allí abajo?” Rick preguntó por los altoparlantes exteriores del mecha.

Lisa le hizo una señal de okay, mientras Gnea y Karen subían sus sacos de vuelta a su lugar. “¿Alguna noticia de la nave?” Rick le dijo que Veidt acababa de contactarlo. El Ark Ángel había destruido el transporte de tropas Invid con todo el personal a bordo. Los refuerzos Veritech estaban en camino hacia la superficie de Peryton, aún si era un poco tarde.

“¿Pero qué rayos sucedió?” Jack gritó. “¿Adónde habrá ido la batalla?” Umbra aún estaba a horas del cenit, ni hablar del descenso.

“Quizá Janice y Rem reprogramaron el generador de Haydon,” Rick aventuró. “La colmena es una ruina.”

Todos miraron hacia la montaña construida por el Invid, tratando de imaginar la vista de Rick desde la cabina del Battloid. Fuego y humo eran casi las únicas cosas visibles desde la calle.

Pero aún con todo el humo, había algo diferente respecto al aire de Peryton. Lisa lo inhaló, observando cómo la niebla que había sobrevolado LaTumb toda la mañana comenzaba a disiparse. “Pienso que alguien terminó la maldición,” ella anunció.

Capítulo 8

Sospecho que los Karbarrianos comenzaban a verse a sí mismos como los Fenicios del grupo local, con Optera estratégicamente localizada como un tipo de Cartago. La REF estaba demasiado enredada en encontrar una ruta a casa para prestar mucha atención a estos planes de edificación de imperio de largo alcance. Para una misión que había viajado la mitad del camino a través de la galaxia, éramos todavía un grupo parroquial, y teníamos mucho que aprender sobre la dinámica interna de estos mundos que estábamos ayudando a liberar.

*Vince Grant, como se cita en Anillo de Hierro de Ann
London: Los Sentinels en Conflicto*

Uno casi podría creer que la misión estaba maldita, Lang se dijo. Él pasó una mano hacia debajo de su rostro y la sostuvo sobre su boca por un momento, como si para evitar que algún sonido traicionero escapase. Maldita, él pensó.

Pero él supuso que los Formadores eran intolerantes de tales cosas. Las maldiciones tenían una clase de sentimentalismo implícito, un componente cualitativo ausente en los Formadores, que operaban a niveles por lejos removidos de rabia, venganza, o punición. Las maldiciones eran deseos malignos, aún cuando exitosos; pero los Formadores se revelaban en términos de acción y eran irrevocables. La mayoría de sus colegas lo creían un fatalista cuando las discusiones se volcaban a tales asuntos; sin embargo, eso era sólo porque confundían a los Formadores con el destino. Cuando Lang era oído por casualidad decir, Los Formadores se

saldrán con la suya, las personas entendían: es obra del destino. O alguna otra reducción igualmente mal informada. El futuro no estaba allí afuera en alguna parte, ya escrito y esperando para desdoblarse. Lang dejaba eso para el Pasado. En cuanto a la Protocultura no nos fue impuesta; se nos consignó en un código hasta ahora inescrutable.

Lang se inclinó hacia atrás de la pantalla de su escritorio, cerró sus ojos, y dejó salir un suspiro largo. Él estaba en su oficina en el complejo de Tiresia, trabajando tarde esta noche, la única ciudad de la luna dormida alrededor de él. Cuán pacífico parecía con Edwards y sus Ghost Riders en huida, con el consejo recobrando el camino, y los equipos de investigación y desarrollo en plena marcha de nuevo. Oh, unos cuantos de los miembros Plenipotenciarios continuaban neutrales –Longchamps y Stinson, principalmente– pero eran impotentes para impedir que cualquiera de los programas de él fueran llevados a cabo. Los dos senadores pensaban que era mejor prestar lealtad a Edwards en caso de que la Cruz del Sur haya ganado el dominio en la Tierra. Lang tenía preocupaciones propias en conformidad con esas líneas de conducta; pero los datos que él acababa de recibir volvían a la mayoría de ellas especulativas si no algo peor.

Él dirigió unas cuantas palabras a los fonocaptores de la consola y el dispositivo de activación por voz trajo una nueva presentación al escritorio. Lang observó los cálculos matemáticos por un momento, luego golpeó ligeramente su índice contra la pantalla para una extrapolación y se inclinó hacia delante para estudiar los resultados.

No se había oído nada de la nave del Coronel Wolff. Se debía destransposicionar del hiperespacio a unos diez años luz de distancia, en la vecindad de un escáner zángano aún en funcionamiento enlazado a los equivalentes de la unidad principal de Tirol –instrumentos que los Maestros Robotech habían usado aparentemente antes de que las así llamadas “Cápsulas de Protocultura” los hubieran liberado de tales herramientas arcaicas. Primero Carpenter, ahora Wolff, Lang había pensado en ese momento. Y fue entonces que él había ordenado una revisión de todos los cálculos siderales y sistemas de transposición, junto con

una serie de actualizaciones visuales y de aumento utilizando los receptores de largo alcance recientemente terminados de Tiresia.

Ahora todo estaba claro. Y era terrible para contemplar.

De todas las capacidades de navegación espacial que la Robotecnología había presentado a los equipos de investigación Terrícolas, las maniobras de transposición espacial eran discutiblemente las más desconcertantes. Esto tenía mucho que ver con el hecho que ni siquiera el mismísimo Lang se había aventurado a manosear los generadores de transposición espacial de las SDF-1. El propio sistema era bastante simple de comprender, pero la dinámica era otra cosa. Los Zentraedi meramente tenían que pulsar las coordenadas generadas por computadora en el sistema y voila: una nave podía saltar desde, digamos, el sistema Blaze hasta el sistema Solar en dos semanas terrestres estándar, unos días más ó unos días menos. Para aquellos a bordo, sin embargo, el salto parecería haber ocurrido en horas. Lang aún tenía que deducir cómo había calculado mal el salto inicial de la SDF-1, el que debía haber transposicionado la nave a la Luna en lugar de desviarla cerca de Plutón.

Los sistemas de transposición espacial incorporados en la SDF-2 habían sido salvados de las naves Zentraedi que habían caído en la Tierra después de la batalla catastrófica que terminó con la Guerra Robotech. Pero Khyron el Destructor se había encargado de que esos generadores nunca fueran puestos a prueba. Ni los de la SDF-1, en cuanto a eso –el sitio, según Cabell, de la matriz de la Protocultura oculta de Zor, ahora parte esencial de los montículos radioactivos dragados del Lago Gloval en Nueva Macross para enterrar la fortaleza. El sistema de transposición espacial de la SDF-3 había sido transferido intacto desde la nave insignia de Breetai e integrado en un sistema más desarrollado que los Robotécnicos de Lang habían sacado del satélite de fábrica.

Lang, con alguna ayuda de Exedore y Breetai, había programado las computadoras de navegación espacial de la SDF-3 para los saltos hacia Fantoma. El tiempo proyectado de cada uno: cuestión de horas –una fracción del tiempo que le había tomado a la nave insignia de Breetai para transposicionarse a las coordenadas de la estación de comando de Dolza años antes. Pero los descubrimientos

recientes habían forzado a Lang a reevaluar el tiempo transcurrido y revisarlo hacia arriba –considerablemente pues.

El salto les había llevado cinco años.

Lang estaba aún demasiado deslumbrado por la confusión para acordarlo condición verdadera; pero los resultados finales de los cálculos siderales vueltos a hacer eran difíciles de refutar.

Casi cuatro años terrestres estándar habían pasado desde la llegada de la SDF-3 al espacio de Fantoma. Lang y todos los demás al presente estaban volviendo las hojas de un calendario del 2024, ¡mientras que en la Tierra era 2029! La nave de Carpenter había sido lanzada en 2027, no en 2022; Wolff en 2028. Lang recordó a Cabell diciéndole que los Maestros Robotech se habían ido hace diez años terrestres estándar cuando la SDF-3 llegó –un viaje que Cabell calculó requeriría veinte años a lo más. La REF había estado operando bajo la suposición de que les restaba unos tres o cuatro años para tener a la SDF-3 equipada para una transposición espacial que los regresaría a la Tierra delante de los Maestros.

Pero ello no era así.

Los Maestros podrían estar ingresando al sistema Solar no más tarde que el próximo año. Carpenter, cuya nave tenía los mismos errores incorporados en sus sistemas, no arribaría por otro tres, si es que lo hacía. Y Wolff, Dios lo ayude, no desembarcaría hasta algún día en el 2032 o más tarde. Enfermo de su estómago, Lang se preguntaba quién estaría allí para darle la bienvenida a casa. ¿Los Maestros Robotech? ¿Un ejército victorioso de la Cruz del Sur? Hasta había una posibilidad remota de que la Reina-Madre Invid, la Regis, estuviese a mano.

Lang apagó la pantalla. Él se levantó de su escritorio y caminó hacia la única ventana del laboratorio, y estuvo parado allí en silencio por un tiempo, mirando las estrellas.

¿Era su obligación informar al Consejo Plenipotenciario? Él estuvo atento a la voz de los Formadores, esperando discernir alguna respuesta.

Él deseó que Exedore estuviese presente, pero el Zentraedi estaba en Haydon IV con los Sterling y su niña maravilla, Aurora. Lang consideró la frase –la advertencia– que se decía la niña había pronunciado a apenas un mes de edad: ¡Dana, cuídate de las

esporas! Él no sabía qué pensar de ello. Y qué de Dana, se le ocurrió repentinamente; cerca de los que, ¿dieciséis años ahora?

La cara de Lazlo Zand vino a él, y Lang tembló ante el pensamiento.

Entretanto, Vince Grant, Jean, y Cabell estaban a bordo del Tokugawa camino de un punto de encuentro con la nave Karbarriana, el Tracialle, y el Ark Ángel –siempre que todo haya ido llanamente en Peryton.

Y el Valivarre estaba cercano a Optera, tal vez combatiendo al renegado Edwards en este preciso momento...

Lang sólo podía esperar que el Regente aceptase los términos que el consejo estaba proponiendo. Al menos la paz podría reinar en un rincón de la galaxia. El que los Maestros habían abandonado –trocado, Lang pensó– por el pequeño pedazo del cielo de la Tierra.

La mente de Rick vagó lejos de la discusión para hallar recuerdos de la primera vez que él la había visto. Atractiva y encantadora aquella fresca tarde en Isla Macross, con tacos altos rojos y un vestido de verano que era demasiado corto para ella, tratando de alejar a su primo Jason de una máquina expendedora que los estaba circundando por una venta. Petite Cola, Rick recordó. Y más tarde – ¿cómo podría olvidarlo alguna vez?– hablándole desde el asiento elevado de un Guerrero que de algún modo se había reconfigurado a un tecno-caballero de cuatro metros y medio de altura. Minmei en la ventana del balcón. Él le arrojaría su Medalla al Valor a través de un facsímile de esa ventana un año más tarde.

Aquellos primeros días, él pensó, rendidos por la nostalgia. El concurso Srta. Macross y esas frustrantes tardes en el parque cuando él nunca conseguía decir las palabras correctas. Sus dos semanas juntos como náufragos a bordo de la SDF-1, escribiendo canciones de amor y pescando atún. Casándose...

La grabación de vídeo tomada por el Valivarre había terminado de correr un momento atrás, pero la escena de esa parodia de una boda a bordo de la nave de Edwards aún se está mostrando en las

pantallas internas de Rick. Minmei, pálida pero de ojos brillantes y adorable mientras tomaba la mano de Edwards; ambos arrodillados ante el ayudante sádico de Edwards. Adiós, Jonathan, ella había dicho al pobre de Wolff. He encontrado felicidad finalmente.

Rick pensó en los sentimientos que Lynn-Kyle otrora había agitado en él; cómo él se había preocupado por Minmei entonces. Y la vez que él la había rescatado de Khyron y cuán cerca ellos habían llegado de hacerlo funcionar. Pero él ya había encontrado a Lisa, y el mundo de Nueva Macross estaba a punto de terminarse.

Rick echó una mirada a Lisa ahora, y por supuesto ella lo estaba mirando con ira. Cada vez que el nombre de Minmei surgía. Sin falta. Como si ella fuese una adivina del pensamiento. ¿Pero por qué no? Las Hermanas Praxianas le habían enseñado todo sobre lucha cuerpo a cuerpo; ¡así que quizá Veidt o Kami le habían estado dando lecciones de telepatía!

Los golpes y magulladuras que todos habían soportado en Peryton estaban sanando; pero había ciertas heridas que los remedios no podían tocar, Rick pensó.

Veidt había recibido la transmisión de Vince Grant desde Haydon IV, y el Ark Ángel había abandonado el espacio de Peryton hacia el punto de encuentro dos días después de la pesadilla en LaTumb. Burak y Tesla habían terminado la maldición del planeta -pagando el precio con sus vidas. Janice y Rem habían vuelto a contar los eventos una docena de veces, pero los Sentinels aún tenían problemas con ello. ¿Significaba ello que Burak y los pensamientos de Tesla estaban en realidad en el aire de Peryton, como quien dice –controlando la reconstrucción del planeta de algún modo? ¿Y exactamente quién era este ser Haydon que podía tomar medidas para que tales cosas ocurriesen?

Todos los demás se las habían ingeniado para irse. Jack estaba de vuelta en la enfermería, pero eso tenía más que ver con el largo corte abdominal que él había recibido de Burak en Spheris que cualquier cosa que Peryton le hubiese arrojado. Karen, Gnea, Lron, Baldan... todos habían registrado un par de audiencias de post misión con la psiquiatría de interrogación, pero en otro respecto estaban bien.

Y así, por el aspecto de las cosas, estaban Vince, Jean, y Cabell,

recién salidos de Glike en Haydon IV. Rick estaba enfadado, desilusionado, luego sencillamente se resignó a la decisión de Max y de Miriya de quedarse con Exedore. Las visiones de su hija, Aurora, eran en ciertas maneras tan aterradoras como las repeticiones de la boda de Minmei y Edwards.

El Tracialle –una nave propulsada a Sekiton evocativa de la Farrago diseñada a base de módulos– había traído consigo una sorpresa especial para Lron y Crysta en la forma de su joven hijo, Dardo. La presencia de Arla-Non a bordo del Tokugawa era de igual manera una sorpresa para Bela y Gnea.

Los jefes se habían reunido en el Tokugawa a la orden de Vince para debatir lo que él explicó como “un tema de vital importancia, no sólo para la REF y los Sentinels sino para todos los mundos habitados del grupo local.” La bodega se había equipado con dos mesas semicirculares colocadas enfrentadas, con los lugares designados para Vince, Cabell, ArlaNon, y Veidt en una, y Rick, Lisa, Rem, y Janice en la otra. Mesas más pequeñas se habían instalado entre ellas para las varias facciones XT.

Rick siguió preguntándose sobre la presentación de Vince mientras los videos ponían a todos al tanto; y ahora parecía que Cabell estaba listo para ir al grano.

“El consejo Terrestre ha propuesto que una iniciativa de paz sea ofrecida al Regente Invid.”

Rick casi cayó al suelo.

“Déjenme terminar,” Cabell gritó sobre el estruendo que había brotado. “¡Déjenme terminar!”

La asamblea de mala gana accedió, y un tenso silencio retornó a la bodega. El contingente Karbarriano era el más obviamente angustiado; tres o cuatro de los XTs ursinos estaban caminando a pasos regulares por la habitación, refunfuñando en voz baja quejas hacia todos al alcance del oído. Líderes obreros enfurecidos, dedicados a incitar un motín.

“Plantines de la Flor y las criaturas conocidas como Pollinators serán regresados a Optera,” Cabell estaba diciendo, “a cambio de la promesa del Regente para retirar sus tropas de todos los planetas todavía bajo su dominio y para comenzar el desmantelamiento inmediato de su maquinaria de guerra.”

“¡Con Optera replantada, él tendrá la capacidad para reconstruir sus naves de guerra en el momento en que demos nuestra espalda!” uno de los Karbarrianos gritó.

“¡Manténganlo en Optera,” de otro, “pero déjennos controlar la cantidad de nutriente que el planeta recibe!”

Un buen número de voces se unió a la sugerencia. Cabell tenía sus manos levantadas en un gesto de aquietar, su barba como una bandera de tregua. “Eso es exactamente lo que condujo a los Invid a la guerra en primer lugar. Todos ustedes han estado bajo el yugo de los Maestros Robotech, el yugo de los Invid. ¿Podemos esperar que el Regente incurra voluntariamente en uno de nuestros propios planes? Ellos deben tener la libertad para gobernarse, al igual que nosotros la tenemos ahora.” El Tiresiano señaló a Arla-Non y a Veidt, quienes estaban sentados lejos a su derecha. “Las Praxianas y los Haydonitas ya han concordado con la propuesta.”

“¡Las Praxianas ni siquiera tienen un mundo propio!” un enorme Karbarriano bramó. “Y estos Terrícolas han venido desde el otro lado del Cuadrante. ¿Qué saben de las atrocidades del Regente? ¡Nuestros niños eran mantenidos rehenes por sus secuaces!”

“Y nuestro mismísimo planeta fue destruido!” Arla-Non interrumpió. “¡Si nosotras podemos perdonar en el nombre de la paz, ustedes también podrían, Karbarriano!”

“¿De qué lado están los Garudianos?” Bela quiso saber. “¿Y los Spherisianos?”

Nadie estaba mencionando a Peryton; en cierto sentido el planeta había sido exento siempre.

Baldan dio un paso adelante para hablar en favor de Spheris. “Los Invid infligieron más destrucción en nuestro mundo en una generación que lo que la Gran Geoda podría traer en un eón. Pero a los Spherisianos no les gusta el genocidio. Yo digo que les regresemos las Flores.” Teal asintió con la cabeza al lado de él, orgullosa del hijo que ella había dado forma.

“Una postura noble,” Kami dijo de debajo de su aparato de respiración, mientras los Karbarrianos estaban ocupados lanzando amenazas a Baldan. “Y sin embargo tú ignoras que el Regente se empeñó en hacer otro tanto a los míos y a los tuyos. Las Flores de Optera sólo han traído miseria. Deben ser erradicados. ¡Junto con la

forma de vida que subsiste en ellos!”

Gnea alzó su voz lo bastante para ser oída. “¿Qué hay de este general terrícola que se ha aliado con el Regente? ¿Va a disfrutar del asilo seguro en Optera?”

Rick intercambió miradas determinadas con Lisa y se inclinó hacia delante para captar la respuesta de Vince Grant. “La propuesta del Plenipotenciario manifiesta que el General Edwards debe ser regresado a Tirol para enfrentar los cargos de sedición y traición.” Sus ojos encontraron a Rick a través de la bodega. “El Dr. Lang y el consejo manifiestan la esperanza de que los Sentinels se refrenarán de actos adicionales de guerra contra el Invid hasta tanto el Regente responda a la propuesta.”

Los labios de Rick se estrecharon; él estuvo a punto de ponerse de pie e ingresar sus propios pensamientos en la grabación, cuando un oficial del centro de comunicaciones del Togukawa entró precipitadamente a la bodega y se dirigió directamente al asiento de Vince Grant en la mesa de los altavoces. La habitación quedó en silencio mientras Vince se tomaba un momento para leer el mensaje.

Rick pudo ver palidecer la cara de su amigo.

“Un comunicado codificado acaba de ser recibido desde la Base Tirol,” Vince empezó con un tono acentuado. “La nave Zentraedi, Valivarre, ha reportado a la SDF-3 que... el Regente Invid está muerto.”

Un coro de vítores se levantó de los Karbarrianos y Garudianos.

“Además,” Vince continuó, encolerizado por la conmoción, “el Valivarre comunica que setenta y tres Zentraedi fueron muertos en la incursión a la Colmena Hogar de Optera. El Comandante Breetai está listado entre las bajas.”

Rick oyó la aguda inhalación de Lisa e inmediatamente se fue a su lado. Él se esforzó para oír el resto del reporte de Vince sobre la repentina confusión, conteniendo las lágrimas y pena a las que Lisa ya estaba dando paso.

“Y una cosa más,” Vince añadió, toda emoción ida de su voz. “El General Edwards está aparentemente en control de las fuerzas Invid en Optera.”

El Regente había insistido en dejar la colmena. Edwards había tratado de disuadirlo de ello, pero el Invid estaba obstinado en liderar a sus tropas hacia la victoria. Haga lo que tenga que hacer, Edwards le había dicho, parado allí actuando unas líneas propias – un conductor loco situado al frente de Minmei, los Ghost Riders, y el cerebro. Directamente salido de una vieja película de horror de Vincent Price.

La esfera de comunicaciones había llevado escenas de la batalla a la audiencia de la colmena. Edwards vio al Regente alistarse para pelear con Breetai, los dos XTs bien arropados en Trajes de Poder que los hacía lucir como buzos de profundidad fuera del agua. Pero él pudo decir que ambos estaban poniendo sus corazones en ello, y trató de engatusar a Minmei para que emita elevaciones aún mayores de exhibición vocal, moviendo de un lado a otro su bastón ligero como una batuta, el cabello rubio en mechones alrededor de la vincha neural. Las canciones estaban trabajando perfectamente; los Battlepods estaban tropezando por allí, despalmado unos en otros –como exactamente los avestruces sin cabeza que los pilotos siempre los consideraron.

En alguna parte secreta de su mente, Minmei había parecido consciente de lo que él le estaba haciendo a ella, y la endecha “We Can Win” se había deteriorado a un chillido. Edwards había creído a medias que ella iba a estar en peligro. Ahí fue cuando él le había puesto un fin a ello, porque sus planes para ella no incluían desde luego la muerte. Las canciones eran simplemente un modo para ayudar a ponerla de vuelta bajo su control, para comprometer aquel sistema de defensa interior que ella había usado contra él durante la boda. Tan mejor que podía ser usado contra los Zentraedi también.

Edwards siempre los había considerado como vivir en tiempo prestado desde el fin de la Guerra Robotech de cualquier modo. Por derecho ellos debían haber muerto hace diez años.

Él se había complacido al ver que el Regente había continuado firme con Breetai mucho tiempo después de que la cencerrada terminase. Invid y Zentraedi estaban en un tipo de abrazo a esa hora, lanzándose en aquel amarillo salvaje de Optera.

Entonces llegó la imprevista explosión.

Edwards y sus Ghost Riders quedaron enmudecidos. Breetai y el Regente se habían aniquilado mutuamente, y todo alrededor de ellos en los objetos de la cámara de la colmena repentinamente había comenzado a decaer: Shock Troopers y Enforcers bajando sus pinzas, soldados inclinando sus cabezas desconectados, el cerebro flotando a la deriva hacia el fondo de la cámara-burbuja como una esponja que había perdido su modo... Edwards recordó experimentar un momento de breve pánico, sin duda, pero palpable. La colmena se había vuelto mortalmente silenciosa, sus hombres mirándolo por alguna señal de que las cosas aún estaban mejorando aquí.

Minmei estaba desplomada en la base de la esfera de comunicaciones.

Edwards se había enderezado a su altura completa, reajustó la vincha neural alrededor de su media capucha, y lanzó al cerebro una mirada con su ojo bueno. Y de repente el órgano se había vuelto a despertar; así lo hicieron, también, los soldados de pie en sus armaduras relucientes y las tropas encapulladas en nutriente en el interior de sus naves de apariencia de cangrejo. Y fila tras fila, comenzaron a inclinarse ante Edwards.

Edwards había lanzado una mirada sobresaltada alrededor de la habitación y halló los ojos de Benson entre los demás. Los dos hombres intercambiaron miradas de confusión, casi aterrorizadas; luego, al mismo tiempo, comenzaron a reír disimuladamente. La risa tomó cuerpo de una risa ahogada, y la risa ahogada dio paso a una risa abierta. Los Ghost Riders se unieron un momento más tarde, y las múltiples cámaras de la colmena retumbaron con los sonidos de sus carcajadas maníacas.

En Tirol ellos habían perdido una luna; pero aquí en Optera ellos se habían ganado un mundo.

Capítulo 9

Todos hemos llegado a considerar al cambio como algo que nos sucede a nosotros; pero les digo que el cambio es algo que nosotros hacemos que ocurra –”el cocinar deliberado de nuestro huevo cósmico,” como Jan Morris ha escrito. ¿Así que quieres tu vida escalfada o revuelta? ¿Te ves tú mismo como frito o muy cocido? ¡Yo digo que añadas un poco de queso y vegetales frescos y te conviertas en una tortilla!

Kennit Busganglion, La Mano Que Te Ha Dado

Exedore sólo había estado en Haydon IV por poco tiempo cuando hizo el primero de sus alarmantes descubrimientos. Él había pasado una semana o dos familiarizándose con las maravillas ultratecnológicas del mundo y congraciándose con Vowad y la élite planetaria antes de sentarse a estudiar seriamente las notas y documentos que Cabell dejó atrás para su cuidadosa lectura. Los Pollinators también habían sido dejados a su cuidado, y durante lo que él había llegado a considerar como horas libres trabajó en renovar su amistad con Max y Miriya Sterling. Los dos Terrícolas estaban ocupados criando a Aurora, cuyos talentos notables parecían ilimitados. Ella era ahora el equivalente físico de una niña de seis años; era ilógico, sin embargo, intentar medir su crecimiento psicológico con cualquiera de los parámetros usuales. A ratos la niña exhibía un comportamiento que Jean Grant había etiquetado de “autista”; mientras que en otras ocasiones sus discernimientos lindaban con lo insondable. Exedore recordó oír un término terrícola para tales anomalías genéticas –sabio idiota, si su memoria servía– pero él no consideraba aun aquella valuación totalmente

aplicable. Además, estas palabras eran poco más que descripciones; no hacían nada para explicar los dones de Aurora –su rápido desarrollo y habilidades telepáticas.

Fueron, sin embargo, la advertencia a menudo repetida y los ataques que la acompañaban de la niña los que inicialmente motivaron a Exedore a ir en busca de las vastas redes de datos de Haydon IV por respuestas. Cabell había estado aquí antes que él –al borde de un descubrimiento, si la interpretación de Exedore de las notas del Tiresiano era justificada– pero el asunto de la guerra y la paz había truncado efectivamente su búsqueda. El anciano había afirmado otro tanto durante una de sus breves discusiones con Exedore en vísperas de la partida del Tokugawa. Pero era obvio por lo que Exedore pronto descubriría por su cuenta que Cabell había estado buscando en el lugar equivocado.

La unidad principal neural a la que los Haydonitas se referían como la Conciencia contenía un registro de sus audiencias con Cabell, junto con evaluaciones de su encuentro con la Entidad Artificial de Lang, Janice Em. Esta última había estado interesada en datos pertinentes a Peryton, y la naturaleza de la así llamada maldición del planeta –que era más a la manera de un mal funcionamiento, Exedore había decidido después de revisar la información.

Cabell había tenido a Haydon en mente; y mientras que había buenas razones para seguir tal curso, las respuestas al enigma que era Aurora yacían en otra parte. Haydon, sin embargo, proveyó a Exedore con la pista que él necesitaba.

Los datos que habían sido incorporados en la Conciencia milenios atrás no contenían descripciones físicas del ser; pero era aparente que los varios santuarios erigidos para celebrar su genio no guardaban ningún parecido con esta efigie actual. Las Praxianas, los Karbarrianos, los Garudianos, y los demás, habían sido culpables de lo que los Terrícolas habrían llamado antropomorfismo –aunque el término apenas aplicaba al discutir de seres osunos y zorrunos. Sin embargo, lo que Exedore encontró más intrigante fue el hecho de que Zor, durante sus intentos de siembra en secreto, había seguido la misma ruta que Haydon había tomado a través del Cuarto Cuadrante. Por planeamiento intencional. Pero todos los

indicios indicaban el hecho de que el viaje de Haydon había abarcado siete mundos, no seis.

Luego, enterrada aún más profundo en la memoria de la red neural, Exedore había descubierto evidencia de un encuentro que precedía a aquellos de Janice y Cabell: el contacto de la Conciencia con la Invid Regis. Aquí él debió encontrar grabaciones tan esotéricas como para dejarlo asombrado preguntas concernientes a la evolución y transformación racial, temas ontológicos que su mente simplemente no estaba preparada para abordar. Pero entre estas audiencias enigmáticas había facsímiles de los psico-sondeos que la Regis había lanzado contra Rem, el clon de Zor que Cabell había modelado. Y de ellos, la Reina-Madre Invid había aprendido dónde había sido enviada la matriz de la Protocultura.

A la Tierra.

Él séptimo de los mundos de Haydon y de Zor.

Todo se había vuelto tan claro entonces: la nave de Zor, la que los Terrícolas nombrarían SDF-1, debía hacer la siembra en lugar de él. Algo estaba a punto de ocurrir, o tal vez ya había sucedido, que liberaría a las Flores de la Vida de la matriz que él había creado y dispersaría sus semillas a través del planeta.

¡Cuídate de las esporas! ¡El mensaje telepático de Aurora a su hermana! Y cuando esas esporas descendiesen, el sensor nebulosa Invid anunciaría su hallazgo al otro lado del Cuadrante.

Bueno los Maestros Robotech podrían estar en camino; pero la Regis no estaría muy lejos detrás.

Así que realmente había algún grandioso diseño para la guerra después de todo, Exedore se había dicho. Y tal vez, con la ayuda de Aurora y la Conciencia planetaria, podría ser posible comunicar algunas de estas cosas a la Tierra. No por la vía de una nave o una transposición espacial, sino a través de Dana Sterling, dejada atrás para representar un papel importante en el desarrollo.

Exedore incluso pudo comenzar a comprender dónde los Zentraedi encajaban en el esquema de las cosas. Para casi aniquilar a los seres nativos de la Tierra; para arrasarse la superficie del planeta para la venida de los Maestros, las Flores y sus guardianes Invid...

Sólo un misterio restaba ahora. Por qué Breetai tenía que morir.

Exedore había exhibido un talento nuevo al oír la noticia. Él

había llorado. Ya había habido risa, amor, y canción.

Pero ahora un Zentraedi había sido hecho llorar.

Rem había sido afectado profundamente por sus experiencias en Garuda, Haydon IV, y Peryton. No del mismo modo en que el resto de los Sentinels lo habían sido –guerreros fanáticos ahora, la totalidad de ellos– pero cambiado, Cabell pensó, profundamente cambiado. Y tal vez el androide de Lang tenía algo que ver con ello también.

“¿Pero por qué me lo ocultaste, Cabell?” el clon de Zor estaba preguntando. “¿Qué esperabas ganar?”

“Mi muchacho, tienes que entender–”

“¡Y no te refieras a mí como tu muchacho, anciano! Si soy la descendencia de alguien, soy la de él –la de Zor.”

Cabell no tenía ninguna respuesta preparada, así que simplemente se recostó en el sofá y permitió a Rem pasearse de un lado a otro delante del sofá de aceleración en silencio colérico. Ellos estaban en las habitaciones del Tiresiano a bordo del Ark Ángel. Cabell tenía la esperanza de que Rem viese su transferencia desde el Tokugawa como un tipo de gesto conciliatorio. Habría sido bastante fácil para él evitar a Rem totalmente, con lo de la inminente invasión a Optera y todo eso, pero Cabell quería desesperadamente curar la herida antes de que dejase cicatrices de una clase duradera. Él desesperadamente quería de regreso a su hijo.

“Tú me predicaste por mucho tiempo sobre las injusticias de los Maestros –el alcance de la propia Transición. Y sin embargo escogiste mantener mi estructura genética en secreto.” Rem giró hacia Cabell. “Yo soy tu sirviente Zentraedi personal, ¿no es así? Me programaste con un pasado falso–”

“¡No hay nada falso sobre tu pasado!” Cabell interrumpió, habiendo oído suficiente de esa conversación. “Yo te crié como un... hijo. Tus memorias son reales. Esa es la mismísima razón por la que te lo oculté –así te podrías convertir en tu propia persona, antes que crecer a la sombra de Zor.”

Rem bufó. “Todos hemos crecido en su sombra, nos guste o no.”

Con los labios firmes, Cabell miró hacia el piso. Pero en un momento sintió las manos de Rem sobre sus hombros, y levantó la vista viendo los comienzos de una sonrisa.

“Lo siento, Cabell. Estuviste en lo correcto al hacer lo que hiciste. O de otro modo nunca hubiera sido capaz de llegar a las comprensiones a las que llegué.”

La frente y cabeza de Cabell se fruncieron. “¿Qué comprensiones, mi muchacho?”

Rem se enderezó y cruzó sus brazos a través de su pecho. “Sobre Zor. Y la Protocultura.”

Los ojos de Cabell se abrieron ampliamente. “Quieres decir—”

“Sí.” Rem inclinó la cabeza. Él dio la espalda al sofá y caminó hacia la pequeña portilla de la cabina. “Desde Peryton. Especialmente cuando fui testigo del sacrificio personal de Burak. Antes de eso mis pensamientos estaban desesperadamente confundidos por lo que la Regis había invocado de mi memoria —o la suya, para ser exacto— y lo que el Regente intentó de una manera más directamente sádica.

“Pero hubo algo sobre la experiencia en la antecámara del generador que aclaró mi mente. Así como tu discurso delante de la asamblea, mi amigo.” Rem sonrió. “Te haré saber que estoy a favor de la propuesta del consejo Terrícola.”

“Sabía que lo estarías,” Cabell se entusiasmó.

“Y no pienso que debemos considerar la muerte del Regente una razón para retirar la oferta, una vez que hayamos negociado con este Edwards. Después de todo, todavía está la Regis y sus niños para tomar en cuenta.”

“Si de algún modo pudiésemos hacerla volver.”

Rem tenía una mirada seria cuando se dio vuelta de la vista estelar. “Tengo temores en conformidad con esos cursos de acción. Debería ella encontrar la Tierra... Siento un tipo de inevitabilidad aquí.”

“Pero la Protocultura,” Cabell dijo, esperando reencausar la conversación. “Tú mencionaste cierta ‘comprensión’.”

“Estoy comenzando a ver lo que estaba en su mente.” Rem rió de un modo auto burlón. “Suya, mía, aún estoy confundido sobre

dónde sus pensamientos cesan y comienzan los míos.”

Cabell lo alentó a que se sentase al lado de él en el sofá. “Continúa, Rem. Dime qué estás sintiendo.”

Rem suspiró. “Las siembras eran más que un intento para remediar el mal hecho a Optera y los Invid. Esas excursiones eran acometidas para asegurarse de que ésta tuviese lugar –este viaje de liberación.”

“¿Pero cómo?”

“Para efectuar cambios,” Rem contestó tranquilamente. “En los Sentinels, creo. En Baldan y Veidt y Kami y en mí. En ti, Cabell. Y en otro que... aún no está entre nosotros.

“Haydon. ¿Es su plan el que estamos ayudando a tejer?” Cabell se preguntó si él debía mencionar sus audiencias con la Conciencia de Haydon IV. Él pudo ver, en todo caso, que Rem estaba rechazando la idea.

“No, no Haydon.” “¿Quién, entonces?”

“La Protocultura,” Rem le respondió. “Todos hemos venido a considerarla como un mero combustible para nuestros mecha y armas –un tipo de mercancía para la guerra y el viaje espacial. Pero es mucho más que eso, Cabell. Es un combustible para la transfiguración.” Él se levantó del sofá y caminó hacia el centro del espacio de la cabina. “Me di cuenta de esto mucho después de que la había incitado de las Flores...”

Yo, Cabell pensó. Él dijo Yo.

Rem estaba riendo irónicamente. “Me atribuyes el mérito de su consternación. Tú me colmas de tus alabanzas por ofrecerte un montón de energía limpia y posibilidades rehechas; de innovaciones deslumbrantes y viajes por el tiempo.” Él dejó caer violentamente un puño en su palma. “No soy nada más que una partera. ¡Yo di a luz a la Protocultura en nuestro mundo, pero no la engendré!

“La Protocultura vive por su propia cuenta. Ella se alimenta de nuestros intentos para alterarla y aprovecharla.” Rem lanzó a Cabell una mirada pernicioso. “Tú me preguntas el tapiz de quién estamos tejiendo, anciano, y te lo diré: es el diseño de la Protocultura. ¡Es la voluntad de la Protocultura!”

En otra parte en el Ark Ángel Karen Penn y Jack Baker estaban compartiendo cubiletes humeantes de té de hierbas Praxiano. Jack finalmente había sido liberado de la enfermería, pero sólo después de que Jean Grant lo había transportado al Tokugawa para un examen físico completo.

“Me he estado sintiendo extraña últimamente,” Karen le estaba diciendo ahora. “No lo puedo explicar –diferente de algún modo.”

Jack le mostró una ceja arqueada por sobre el borde del cubilete. “¿Qué quieres decir con, ‘diferente’?”

“Qué quieres decir con diferente,” ella repitió, torciendo su rostro y haciendo una imitación bastante buena de la voz de él. “Sólo te digo que no puedo explicarlo. Me siento... cambiada.”

“Bueno, han sido casi cuatro años,” Jack dijo, adoptando una sonrisa bribona al inclinarse hacia atrás de la mesa. “A propósito, ¿esas patas de gallo que estoy viendo alrededor de esas gemas verdes son tuyas, o sólo es la luz aquí dentro?”

Karen entrecerró sus ojos. “Sabes, a veces me pregunto si tienes un hueso verdadero en tu cuerpo.”

Él sonrió para sí y le dijo que ella era libre de consultar con Jean Grant sobre la posibilidad. “Ella incluso realiza exploraciones cerebrales en mi.”

“Eso está destinado a ser una breve historia.”

“Muy bien,” Jack dijo después de una pausa, “así que tú estabas diciendo que te sentías cambiada.”

“Así es.”

Él miró profunda y directamente lo que él podía ver de ella al otro lado de la mesa. “¿Alguna vez pensaste que podría tener algo que ver con el modo en que te has estado vistiendo recientemente?”

Karen se reclinó hacia atrás para echarse un vistazo. “¿Exactamente qué tiene de malo el modo en que me visto, Jack?”

Él desechó el enojo en su voz con un movimiento de su mano y se señaló con un ademán. “¿Recuerdas cuando acostumbrábamos vestarnos adecuadamente? Quiero decir, mírate bien pantalones distendidos Haydonitas y esa camisa de crin de Garuda. Te queda como una alfombra. ¿Qué le sucedió a las faldas y a los tacos altos y

a la lencería erótica? Ahora todos parecemos cortados de la misma tela.”

Karen se rió de él. “Muchacho, me encantaría escucharte decírselo a Gnea.”

“Eso es justamente de lo que estoy hablando. Gnea, Bela, tú, y la Almirante Hayes. Todo este disparate de la Hermandad. Estoy esperando que ustedes den una fiesta del club femenino.”

“Tú sabes que no es así,” Karen argumentó. “Tú difícilmente llamarías a Baldan una hermana.”

“Sí, bueno, no estoy muy seguro sobre él. Quiero decir, el sujeto fue moldeado, por Cristo.”

Karen miró alrededor del comedor, enfocándose brevemente en algunas de las mesas cercanas. Karbarrianos y Garudianos estaban comiendo las provisiones frescas que el Tokugawa había servido. Veidt estaba revoloteando a través de la cubierta, Rick y Lisa Hunter al costado de él. Por cuando ella volteó, su frustración había desaparecido. “Dime que tú no te sientes cambiado,” ella lo desafió.

Él quedó en silencio por un momento, luego dijo, “Quizá sí. Pero pensé que ello era algo que ellos estaban poniendo en nuestro alimento.”

“Se sincero.”

Jack suspiró. “Al principio pensé que el agujero que los cuernos de Burak habían desgarrado algo desprendió; o quizá que Tesla había plantado un tipo de sugestión post-hipnótica en la parte posterior de mi cerebro. ¿Alguna vez has visto un vídeo llamado Candidato Manchú?”

Karen sacudió su cabeza.

“No importa. Lo que digo es que, sí, he estado sintiéndome raro. Es como si pudiera ver todo el camino hasta pasado mañana.”

Karen le ofreció una sonrisa tímida. “¿Y qué ha de suceder allí?”

“Yo sé lo que quisiera que suceda,” él dijo, extendiéndose para alcanzar la mano de ella.

Ella se estrechó hacia atrás, con ironía disimulada, inclinándole la cabeza. “Eres una incógnita, Baker.”

“Y tú eres bella –aún cuando vistes remanentes de alfombra.”

Las sirenas de la nave se entrometieron en su silencio privado, llamando a sus puestos de servicio.

“Se refiere a nosotros, Teniente,” Karen dijo, acabando rápidamente su té y levantándose.

“Optera,” Jack meditó. “Quizá Edwards se rendirá. Lo superamos en potencia de fuego, en número.”

“Espero que no lo haga.” Esa ira volvió. “Deseo verlo liquidado, de una vez por todas.”

Jack se apresuró para alcanzarla. “Tú has cambiado,” él dijo cuando se dirigían hacia sus puestos de servicio.

“Supongo que nos lo debemos dar una mirada por ahí,” T. R. Edwards había sugerido a sus hombres después de que llegara la noticia de que el Valivarre había dejado órbita. “Vean lo que hemos heredado.”

Con eso él y sus Ghost Riders habían dejado el enclavado central de la colmena, científicos Invid frailunos y un puñado de los Niños Especiales siguiéndolos detrás como una pollada recientemente empollada. Ellos ya estaban familiarizados con parte de ello por supuesto, pero había mucho más del lugar que lo que el Regente les había mostrado durante las ceremonias de bienvenida. Kilómetros y kilómetros de pasillos abovedados por un lado, y cámara tras cámara de cosas orgánicas –esferas de instrumental, sistema de circuitos de comunicaciones, cubas de nutrición, y sistemas de soporte de vida– todo ello respondiendo a Edwards ahora, el lote completo de la raza Invid.

Edwards tenía algunas dudas sobre hacer frente a la computadora viviente de la Colmena Hogar; pero para su sorpresa, y el alivio de Benson, él encontró al cerebro dispuesto a dar respuesta inmediata a su necesidad de actualizaciones de datos y evaluaciones estratégicas. Resultó una mayor sorpresa que él y el cerebro pudieran en realidad llevar adelante un diálogo. La cosa flotante y enrollada lo reconocía como diferente de todo con lo que él se había comunicado antes; pero al mismo tiempo parecía intrigado, e impresionado con el alcance del conocimiento y la experiencia del Humano.

Ellos hablaron por algún tiempo, y Edwards se arrepintió de que Minmei no estuviese allí para escuchar a hurtadillas. Ella estaba de nuevo sedada en las, ahora de Edwards, habitaciones privadas del Regente. Edwards estaba confiado de que ella encontraría el modo de regresar a él espontáneamente, pero le tranquilizaba saber que esta fuente de poder infinitamente superior estaba esperando en los bastidores por si acaso ella no lo hacía. Sus melodías autoprotectoras no tendrían una posibilidad.

El cerebro tenía unas cuantas preguntas propias, y Edwards voluntariamente abrió su mente a sus sondeos moderados. ¿Por qué no, después de todo? Cuanto antes los dos estuviesen operando en la misma longitud de onda, mejor.

En cuanto a Edwards, sus preocupaciones de centraban en la consolidación y la defensa. El Valivarre podría estarse apartando temporalmente, pero no pasaría mucho antes de que el Ark Ángel, la Rutland, o el Tokugawa apareciesen para tomar su lugar, y Edwards quería estar listo para cuando llegase el momento. De menor importancia inmediata era la Regis. El cerebro se negó a predecir cómo ella respondería a la muerte de su esposo. Su paradero actual era desconocido, pero parecía bastante razonable asumir que ella daría a Optera otra oportunidad si ella estuviera cerca –galácticamente hablando. Pero esto no quería decir que Optera tuviese mucho que ofrecerle. Con la Flor y las vías de abastecimiento de nutriente interrumpidas, las colmenas aplastadas en media docena de mundos, los Invid restantes tenían que preguntarse de dónde vendría su próxima comida. E incluso Edwards no estaba seguro de cómo responder a ello. Volver a tomar Peryton, tal vez. U ofrecerle a la Regis un trato. Él hizo que el cerebro le mostrase rápidamente un retrato mental de ella, junto con un sumario de su fatídico encuentro con Zor. El verla hizo a Edwards preguntarse precisamente cómo el Tiresiano había “seducido” de ella los secretos de las Flores. Él ciertamente no se sintió capaz de cumplir con la tarea de ponerse en los zapatos de Zor –¡si quiera por una noche!

Hasta cierto punto, Edwards decidió, el resultado para sus preocupaciones y el dilema de los Invid todo dependía de los Sentinels y cuán lejos ellos querían llevar las cosas en esta fase.

Él tenía esto en mente ahora, mientras inspeccionaba lo que uno de los científicos vestidos de blanco llamó “Poso de Génesis.” Al principio Edwards no supo que rayos hacer de ello. Un Averno tal vez –esa entrada mitológica al Hades que los antiguos habían localizado en un lago volcánico cerca de Nápoles– era el intento del Regente de emular el gusto casi grecorromano de Tiresia, como él lo había hecho con sus habitaciones y baño.

Pero el Poso de Génesis apenas parecía una imitación de algo. Era una apertura en las regiones inferiores y ardientes del planeta; un caldero enorme de energía ectoplasmática y aprovechable, un vaso de laboratorio de potencial genético burbujeante.

Los científicos intentaron explicar el propósito del Poso: la transformación de la materia de vida. Ellos relataron cómo la Regis había hecho uso de él durante sus tempranos experimentos en evolución auto-generada; y de la práctica degradada del Regente de usarlo como un tipo de terapia de castigo –involucionando científicos al rango de soldados y cosas por el estilo. Ellos señalaron a los así llamados Niños Especiales como un ejemplo de la condición degradada del Regente, su falta de creatividad y originalidad. Se requería una mente maravillosa para convocar maravillas, los científicos insistieron.

Edwards aún estaba admirando el poder del Poso cuando un mensaje fue recibido de la sala de situación que sus Ghost Riders habían instalado en otra parte del complejo de la colmena. Un radiotécnico reportó que los escáneres de largo alcance habían captado tres naves entrando al sistema Tzuptum.

“¿Tres?” Benson dijo. “Así que ellos han traído al Rutland y al Tokugawa.”

“Uh, negativo, señor. Lo que tenemos son el Tokugawa y el Ark Ángel, y una nave que los bancos de datos identifican como Karbarriana.”

“Sí,” Edwards dijo, “Oí que esas criaturas estaban trabajando en una nave estelar.”

“Sala de situación aguarda sus órdenes, General.”

Edwards lo meditó. Tres naves eran una mala noticia no importaba cuanto lo rebanase, él se dijo. Aún la fuerza combinada de los Ghost Riders y los Shock Troopers y los Enforcers Invid no

serían partido para ellos. Los escudos de la colmena les permitirían comprar algún tiempo, por supuesto, pero no eran números los que la situación requería ahora sino sorpresa.

Un acercamiento creativo.

“¿Podrían esas cosas ser sometidas a manipulación genética adicional?” Edwards preguntó a los científicos, señalando a uno de los Niños Especiales.

“Pues, sí, mi señor,” un científico contestó, inclinándose. “Pero seguramente usted no desea involucrarlos.”

“¿Involucrarlos? Pues, no, por supuesto que no,” Edwards dijo abstraído. Una sonrisa lenta tomó forma mientras giraba para enfrentar a Benson. “Tengo una idea más traviesa en mente.”

Capítulo 10

Fue Russo [ex jefe del UEDC] quien me presentó a Edwards –Russo alarmado por su vida después de la victoria inesperada de Gloval, y Edwards con cicatrices y traumatizado después de su prueba penosa en la Base Alaska. Edwards no era un hombre inteligente (él había servido como un mercenario para la Esfera de Co-Prosperidad Neasian, y un especialista en operaciones encubiertas para el UEDC); pero yo reconocí que algo poderoso había tomado forma por la obsesión del hombre de venganza. Para mí fue instructivo y productivo sentarme a sus pies por un tiempo, alinear me con las maquinaciones que él estaba tramando con Wyatt Moran y Leonard. Yo traté en ese entonces de interesarlo en tomar el impulso mental que Lang había montado para fama y más –lo único que yo había ofrecido recientemente– pero él no tomaría parte en ello. Más tarde, los Formadores me insinuarían de cierto gran propósito en la negativa de Edwards; cierto papel especial en el que la Protocultura ya lo había incorporado.

Nota al pie de página en Horizonte de Eventos de Lazlo Zand: Perspectivas sobre Dana Sterling y la Segunda Guerra Robotech

El Valivarre guió a la flotilla de tres naves de los Sentinels dentro del espacio de Optera. Kazianna Hesh había asumido el control de la nave Zentraedi; ella detalló los eventos del ataque sorpresivo malaventurado contra la colmena de un modo verdaderamente

guerrero –sucintamente, estoicamente– y rehusó la oferta de Jean Grant de asistencia médica para los alrededor de veinticinco soldados Zentraedi que quedaban. Una ceremonia sin ataúd había sido llevada a cabo en honor de su ex comandante; la capa de comando y los galones de campaña de Breetai habían sido ubicados dentro de un Pod de Oficial, el cual el Valivarre había lanzado entonces hacia el corazón nuclear de Tzuptum.

El Ark Ángel estaba sobre el mundo hogar Invid ahora, Rick y Lisa en el puente del crucero, en silencio mientras el planeta giraba el complejo de la colmena dentro del rango de escaneo. El Valivarre y el Tokugawa esperaban a gran distancia. La nave Karbarriana, Tracialle, había logrado una órbita baja y rápidamente se dirigía hacia el lado oscuro.

Esquemáticos de monitor describían a las colmenas como una red extensiva de semiesferas y domos esclavos interconectados, un sitio ampollado en la superficie esterilizada de Optera que era claramente visible a simple vista aún desde una altura de varios miles de kilómetros. Rick observó una forma de curvas de nivel en una de las pantallas cuando las computadoras comenzaron a rotar noventa grados al complejo esquemático de color mejorado para cartografía topográfica. Datos se desplazaban al costado de la imagen –lecturas termales y notaciones dimensionales. Las cuatro naves estaban en alerta máxima, pero hasta ahora no había habido ninguna señal de transportes de tropas Invid o del acorazado clase SDF-7 que Edwards había confiscado en Tirol. La flotilla había sido escudriñada a su llegada, sin embargo, y Rick estaba seguro de que Edwards pronto intentaría contacto. Los Zentraedi mantenían que el renegado tenía el control de las fuerzas Invid, pero Rick rehusaba creerlo. Él estaba dispuesto a aceptar que algo como esto había ocurrido en Tiresia, pero sospechaba que las reclamaciones de Kazianna estaban corrompidas por la superstición residual del condicionamiento de los Maestros. Tal vez los Invid continuaron luchando después de la muerte del Regente; ¿pero no podría ser eso un tipo de comportamiento reflejo, Rick se preguntó, un revés genético tortuoso?

No fue alentador hallar que nadie más estaba comprando la explicación. Rick había esperado que una exhibición de fuerza fuese

suficiente para persuadir a Edwards de venir quietamente. Pero si él estaba en realidad en control de quién sabía cuántas tropas Invid, Optera presentaría a los Sentinels con el más serio de los retos que hubiesen enfrentado.

“Mensaje entrante desde la superficie, Almirante. Tenemos una señal visual.”

“Pásela,” Lisa dijo al miembro de su tripulación.

Líneas de estática diagonal destellaron desde la pantalla principal, luego se resolvió a una toma de cerca de Edwards. La cámara retrocedió para ubicarlo en un enorme sofá con apariencia de trono, las piernas extendidas delante de él, las botas de caña alta cruzadas descansando en la parte posterior de un Hellcat postrado que llevaba puesto un collar tachonado de gemas. El general estaba sonriendo, limando sus uñas de un modo casual.

“Saludos desde Optera, Sr. y Sra. Hunter,” él empezó. “Y para ti, también, Grant, si estás allí afuera escuchando. La estamos pasando muy bien aquí abajo. Mucho sol y arena, bebidas de fruto y cuerpos celestiales. Me alegra que lo hayan logrado. Estamos poco más o menos listos para comenzar nuestra pequeña, uh, ceremonia de toma de posesión.”

Rick se situó delante del fonocaptor del puente. “Tenemos una propuesta para hacer a los Invid. Sabemos que el Regente está muerto. Pero estamos listos para dirigir ésta al nuevo comandante en jefe.”

“¿Una propuesta?” Edwards dijo, poniendo sus pies en la puerta. “Bueno, por supuesto, Hunter.”

“Para el comandante en jefe Invid.”

“Lo está mirando,” Edwards gruñó.

Rick indicó con un gesto hacer una interrupción breve de la señal de audio y se volvió hacia uno de los técnicos. “Determine la posición de la fuente de la transmisión.”

“Intentándolo, señor.”

“Estoy esperando, Hunter,” Edwards decía.

Los músculos de la mandíbula de Rick se apretaron. “No sé cómo lo hizo, Edwards. Pero el único mensaje que tenemos para usted es una orden del consejo para su arresto. Le podemos prometer escoltarlo en forma segura de regreso a Tirol—”

“¡¿Rendirme?!” Edwards echó su cabeza hacia atrás y rió. “¿Pero qué hay de la fiesta que había planeado? Hasta iba a hacer que Minmei cante para usted, Hunter. ¿Por qué no le pregunta a los Zentraedi cuánto les gustó?”

“¿Algo?” Rick preguntó al técnico mientras Edwards estaba hablando.

“Apareciendo ahora, señor.”

Rick miró atentamente el monitor más cercano a él. Los escáneres revelaban dos fuentes de poder primarias en el centro de la colmena, la posición presente de Edwards fijada exactamente a medio camino entre ellas. Él regresó su atención a la pantalla principal y dijo, “Su última oportunidad, Edwards.”

Edwards rió de nuevo.

“¡Señor! Aparecen tres— no, son cuatro naves aproximándose desde el lado oscuro. Tres naves transporte, una fortaleza Robotech.”

Lisa estrechó su asimiento sobre los apoyabrazos de la silla de comando. “Listas todas las estaciones.”

“Listas, señor.”

“Veritechs en espera.”

“El Tokugawa se acerca con vector cero-cero-nueve.” La cara de Edwards aún estaba en pantalla. “¿Problemas allí arriba, Almirante?”

Rick mostró sus dientes. “¡Vamos por ti, bastardo!”

“Enemigo acercándose para atacar. Tenemos múltiples señales luminosas, secciones uno, dos, cuatro, cinco...”

“¡Estoy esperándote, Hunter! ¡A ti y a tu esposa! ¡Minmei y yo hemos estado muriendo por tenerlos enfrente!”

“Edwards, tú—”

“Skull, Ángeles Negros, y Diamondbacks ya partieron.”

“¡Sólo nuestras almas aquí abajo, Hunter! Mi pasado, tu pasado, todo enrollado en un mazo bastante grande.”

“¿Qué está sucediendo allí afuera?” Rick oyó a Lisa preguntar desde la silla. Él volvió su espalda a la pantalla principal, inclinándose para echar un vistazo al tablero de amenaza. Las naves transporte habían vomitado varios cientos de naves Pincer en la arena; pero en lugar de lanzarse en sus usuales maniobras de ataque

casuales, los mecha de batalla se estaban formando en cuadros enormes detrás de líderes de grupo individuales.

Rick pidió un primer plano de uno de los mecha líderes. Y lo sintió cuando lo obtuvo.

Era difícil decir si era una nave, una criatura viva, o algún apareamiento profano de los dos. Bilateralmente simétrica, la cosa era poco más o menos del mismo tamaño que un Shock Trooper; pero en lugar de cubierta y blindaje de aleación era de lo que parecía ser carne y hueso real. Éste parecía ser hembra –una desnuda– con cañones de plasma donde deberían estar los pechos, y la cara y el cabello de Lisa Hunter.

La reacción de Rick fue la típica: gruñó un sonido de asco, dejó salir la primer maldición que se le vino a la mente, y desvió sus ojos de la pantalla.

“¡Destruyan esa cosa!” Lisa estaba gritando.

Edwards se mofó de ella. “No estaba seguro de tener las medidas correctas, Almirante. ¿Son correctas las proporciones?”

Rick hizo que los escáneres se acercaran a otro líder de grupo - una caricatura igualmente obscena de sí mismo esta vez, sonriendo locamente como una pieza horrenda del arte azteca. Y el resto del comando de la REF estaba allí afuera también: Vince y Jean Grant, Max Sterling y Miriya Sterling, el Dr. Lang y Minmei.

“¡Está loco, Edwards!” Rick gritó.

“Y teniéndole cariño por ello,” Edwards contestó, riendo. “Bienvenido a casa, Hunter. ¡Bienvenido a tu peor pesadilla!”

Las instrucciones de Edwards al cerebro de la Colmena Hogar habían tenido por resultado una reestructuración creativa de las estrategias de asalto Invid. Él sabía por experiencia personal exactamente lo que los equipos de Veritech de Hunter y Grant esperaban enfrentar: un enjambre de mecha sanguinarios carecientes de cualquier aspecto de orden o comando, intimidando más desde el punto de vista de los números que cualquier otra cosa. Oh, al principio su apariencia y poder de fuego habían parecido lo

acostumbrado, pero los Sentinels estaban más allá de eso ahora. Que era porque él había tenido tal esmero para moldear de nuevo a los Niños Especiales en comandantes con un poco de algo extra a la manera de valor de shock. Pero más que eso, él los había equipado con un nuevo conjunto de directivas tácticas –no entresacadas de los manuales de la RDF o de la Cruz del Sur, sin embargo, sino de un amplio conjunto de vídeo juegos con los que su generación había crecido.

Así que sorprendió un poco al primer equipo de VT lanzado desde el Tokugawa el ver columnas de Naves Pincer salirse de la formación desde extremos opuestos de la grilla de ataque Invid, acelerar para adelantarse al cuerpo principal como dos grupos de doble columna ceñidos, y maniobrar a través de volutas de alta velocidad idénticas que cualquier fanático de exhibición de vuelo habría aplaudido. Algunos de los pilotos Veritech estaban haciendo precisamente eso, en realidad, y estaban tan atrapados en la pantalla visual que apenas sintieron llegar los discos de aniquilación.

Pero llegaron como lo hicieron –corrientes de ellos, aniquilando a una buena porción del ala de ataque Diamondback de un solo golpe. Los Veritech se dispersaron y trataron de tentar a los Pincer a combate uno a uno, pero los Invid mantuvieron su grupo intacto, ignorando el hecho que el contrafuego de los humanos estaba diezmando su formación. Las columnas de naves Invid continuaban escapándose en deslumbrantes rutinas, sin embargo –molinetes y espirales, rizos de rizos y rizo de mentiras y los pilotos VT tuvieron algo aún más raro para contemplar cuando la nave líder –una de las monstruosidades de Lisa Hunter– se dividió en dos Lisas, luego en cuatro, antes de que pudiera ser totalmente destruida.

Y era lo mismo a lo largo del campo que el enemigo había delimitado en el vacío circundante de Optera. Grupos enteros de naves Invid repentinamente se lanzarían en maniobras laterales, o se invertirían y se dejarían caer hacia el planeta, sólo para reaparecer en la escena momentos más tarde como una girándula de fuego de plasma. En otra parte, ellos estaban de hecho capturando Battloids, potenciándolos hacia atrás en el medio de ellos donde eran a menudo destripados y cuarteados, o mutilados y

arrojados de un lado a otro como acróbatas de comedias.

Los pilotos humanos estaban demasiado abatidos para hacerse cargo de los Rick y las Lisa y los Gloval y los Lang desnudos que venían hacia ellos desde todas las direcciones, escuadras de Naves Pincer voluntariamente sacrificándose por el bien de la demostración. Y durante todo ese tiempo la SDF-7 de Edwards y dos de los transportes de tropas se acercaban al Tokugawa, intercambiando salvas de luz encandilante con la nave lisa y brillante. Al Valivarre no le quedaba poder de fuego genuino para contribuir a la pelea, pero envió a esos pocos Zentraedi que aún eran capaces de pilotear Battlepods y Trajes Blindados de Poder.

Edwards, entretanto, estaba monitoreando la batalla desde el sanctasanctórum de la colmena, entre las parodias grotescas del esplendor clásico que el Regente había colocado en sus habitaciones privadas, y él no pudo haber estado más encantado consigo mismo.

Minmei estaba muy cerca, tendida en la cama, murmurando para sí incoherentemente. Edwards se dio cuenta de que él debió haber instruido a Benson para que la asease un poco –era mejor si Hunter la veía arreglada que desgredada. Él echó un vistazo a la bañera del Regente y se preguntó si la actitud de Minmei podría mejorar por una inmersión rápida en el tibio nutriente verde.

El espacio local había sido transformado precisamente en la pantalla de vídeo que él había imaginado. De lo que carecía era de sonido y opciones que permitiesen a los ases participar en rondas de bonos o entrar sus siglas y suprimir el cómputo codo a codo. Misiles y discos de aniquilación rayaron con trayectorias la noche; VTs y Pincers eran extinguidos en novatas de gloria. Pero no había vidas extras o auras de invencibilidad para asignar hoy; tú pagabas tu dinero y corrías tu riesgo.

Él sabía, sin embargo, que la batalla sería de breve vida, y él la podía ver llegando a su fin aún ahora. Los pilotos VT habían superado cualquier aversión repentina o fascinación que su trocito de truco artificioso genético había agitado, y parecían estar metiéndose en el espíritu de las cosas, yendo tras de las filas menguantes de mecha Invid con placer.

Pero el asalto ya había logrado su propósito; la SDF-7 y los transportes de tropas –ambos comandados por tripulaciones Invid–

habían maniobrado lo bastante cerca del Tokugawa para completar con éxito sus excursiones kamikazes. La nave Zentraedi no presentaba una amenaza real, y en todo respecto el Ark Ángel y la nave Karbarriana ya estaban descendiendo en el planeta, lo que ponía a Hunter y al resto precisamente donde él los quería. Un ejército de Inorgánicos estaría allí afuera esperándolos. Sin mencionar una o dos sorpresas que él aún tenía que sacar de su bolsa de trucos.

Los Karbarrianos alcanzaron la superficie en naves de desembarco lanzadas desde el Tracialle y se desparramaron a través del paisaje desnudo de Optera con una ferocidad hasta ahora desconocida entre esa raza ursinoide. Estaba claro, sin embargo, que cada guerrero entre ellos estaba recordando Hardargh Rift y el campamento para prisioneros de guerra donde sus cachorros casi habían muerto.

Lron y Crysta lideraban el ataque contra la colmena, esta vez dejando sus rifles de aire comprimido de pequeño calibre a favor de Wolverines y Owens Mark IX, ninguna arma recién salida del arsenal de la REF. Su misión era despejar un camino hacia el centro mismo de las colmenas, mientras el arma principal del Ark Ángel derribaba a golpes el escudo de energía que Edwards había arrojado sobre el complejo interior. Las únicas cosas en su camino eran varios cientos de Inorgánicos respaldados por un número igual de soldados blindados y unas cuantas docenas de Shock Troopers.

La computadora viviente de la Colmena Hogar había aconsejado a Edwards sobre los Karbarrianos, en el sentido de que eran un lote fatalista por naturaleza y probablemente resultarían indiferentes a influencias psicológicas. Pero el cerebro había sugerido que eran susceptibles a las manipulaciones de una clase fisiológica, y esto Edwards podía lograr con algo de magia meteorológica. Así que en lugar de los mecha de cuerpos modelados que él estaba lanzando contra el cuerpo espacial, Edwards se encargó de que los Karbarrianos se enfrentaran con un frente frío improvisado. El cerebro se encargó de esto permitiéndole ejercer cierto control

sobre los microclimas establecidos por el escudo barrera de la colmena.

Los ingenuos Karbarrianos se metieron de cabeza dentro de la masa de aire bajo cero, y el resultado fue la batahola –no diferente al estado de confusión en el que las canciones de Minmei habían dejado a los Zentraedi. Mientras los ursinoides procuraban permanecer entusiastas y continuar la ofensiva, no podían ignorar las señales de abandono siendo enviadas por el lado instintivo de su composición. Incluso Lron no podía repeler los efectos del invierno localizado de Edwards. Detrás de él, Crysta y Dardo se habían detenido para descansar, y algunos de los soldados de infantería de la primera línea estaban de hecho acurrucándose en la tierra enfriada por el viento, arrimándose unos contra otros, Wolverines y Badgers abandonados. Lron giró para gritarles que se pongan en movimiento, pero todo lo que emergió fue un bostezo largo y estacional que se había abierto paso desde dentro de él. Para allí sobre sus pies elefantinos tambaleantes, él usó la escopeta recortada para sostenerse e hizo a sus seguidores soñolientos un ademán letárgico, el que parecía más un movimiento de descarte que un incentivo para avanzar.

Los Inorgánicos no tenían problema con el frío. En columnas bien ordenadas, los Scrim, los Crann, y los Odeon habían permanecido firmes en la cara de la oleada de los Karbarrianos; pero ahora estaban en movimiento, un ejército imparable de autómatas moviéndose con torpeza a través de nieve recién caída. Filas de soldados blindados formados detrás de ellos, tarareando una canción invernal Karbarriana tradicional que Lron podía oír sobre el viento y el sonido rítmico de los pies marchando. Él cayó súbitamente, agotado. En lontananza, una escuadra de Shock Troopers se estaba alzando, acercándose muy velozmente para descongelar el pedazo de tierra de los Karbarrianos con la tibies de sus discos de aniquilación.

La nave de los Sentinels era un ángel vengador mientras caía sobre

Optera, vomitando a los escudos barrera del complejo colmena con toda la cólera que pudo reunir. El arma principal y los sistemas de armas de corto alcance reventaron implacablemente; pero las cúpulas translúcidas se mantenían juntas, absorbiendo la energía de cada paquete pequeño individual de fuego y dispersándolo a lo largo de la red. Los Sentinels sabían bastante para no abandonar el esfuerzo, sin embargo; en Garuda, Karbarra, el mismo Tirol, los escudos barrera habían sucumbido finalmente a sobrecarga termal. Khyron una vez había empleado una táctica similar contra la SDF-1, y la explosión resultante había borrado una ciudad pequeña de la faz de la Tierra. Pero los Sentinels estaban conscientes de que Edwards o la computadora viviente de la Colmena Hogar no permitirían que las cosas llegasen tan lejos; el cerebro bajaría los escudos a poco de sobrecargarse y desviaría la potencia a los sistemas defensivos de tierra de Optera.

Rick confiaba que ello ni siquiera llegaría a eso. No con el cerebro siendo abrumado en tres frentes ahora. Él había pedido a Lisa arriesgar un barrido sobre la cima del complejo, para facilitar una inserción de tropas aerotransportadas en la vecindad de la colmena central. El grupo de infiltración estaría compuesto de tres Veritechs Alpha, portando a Rick, Janice, Rem, y Jack; Bela, Arla-Non, Kami, y Learn; y Baldan, Teal, Gnea, y Karen. En el último momento Lisa había añadido su propio nombre a la lista.

Los Sentinels estaban sobre el terreno ahora, en una especie de cavidad formada por un racimo de cuatro domos esclavos –pensándolo bien comparativamente más pequeños que aquellos– vinculados mutuamente y a los hemisferios más grandes de más allá por corredores de transbordo techados, monturas entre las cumbres que eran las cimas redondeadas de la colmena. Las paredes de membranas delgadas de los túneles ofrecían la mejor vía hacia dentro de la colmena.

Baldan empujó sus brazos cristalinos hasta los codos dentro del suelo rocoso. Teal estaba vigilándolo nerviosamente, recordando cómo Baldan I había muerto en Praxis, un prisionero de los mortales espasmos tectónicos del planeta. Las vibraciones de Optera eran leves en comparación, pero Teal lo mismo estaba preocupada.

Los otros once Sentinels formaban un círculo nervioso alrededor

de los Spherisianos. El aire zumbaba y crujía con la energía del escudo. Explosiones detonaban en lontananza, produciendo destellos en los cielos de Optera; un resplandor rojizo espectral detrás de los domos.

“Puedo sentir la fuente de la energía,” Baldan reportó, alzando sus brazos para liberarse. “Teal.”

Ella unió sus brazos con la superficie y asintió con la cabeza un momento más tarde, luz radiando de su rostro alisado. “Como los Posos de Génesis en Praxis. Pero éste ha sido usado más recientemente.”

Rick pensó en las obscenidades que Edwards había lanzado contra ellos en el espacio. “¿Pueden conseguir una localización?” Teal se liberó. “Coincide con los escaneos de la nave.”

Rem estudió los datos ofrecidos por el radiogoniómetro que él cargaba como una radio mochila. “Por este camino,” él dijo, indicando lejos con su mano hacia su izquierda. Teal y Baldan estuvieron de acuerdo.

Kami y Lerna habían fijado la ubicación del Poso de Génesis de un modo similar, confiando en las transmisiones Garudianas para reafirmar las evaluaciones iniciales por computadora del Ark Ángel. Designando la ubicación del Poso de Génesis a las doce en punto, colocaba al cerebro a las cuatro, con a la fuente de la comunicación inicial de Edwards ásperamente a las dos y treinta.

“Jack, Karen: ustedes van con Baldan y Teal,” Rick dijo. “El cerebro es la interfaz de Edwards con los soldados Invid y los Inorgánicos. Si podemos desactivarlo, terminaremos con esta cosa.”

Jack y Karen inclinaron sus cabezas, las expresiones ocultas detrás de los visores de sus cascos. Ellos comenzaron a realizar un chequeo de armas con los dos Spherisianos, mientras que Rick giró para dirigirse a las amazonas Praxianas. “Péguense a Kami y Lerna. Por todo lo que sabemos, Edwards aún está fabricando soldados en ese Poso. Quizá podamos ponerlo fuera del negocio.”

Las mujeres golpearon sus pechos en saludo. Estaban vestidas con prendas gladiatorias; botas altas y articuladas y cascos de cuero coronados en tótems muy ajustados. Arla-Non y Bela cargaban naginata y escudos; Gnea, una espada corta de dos manos y una ballesta. Su apariencia al lado de los Garudianos con máscaras de

respiración constituía una pareja rara.

“El resto de nosotros irá tras Edwards,” Rick continuó, observando a Janice, Rem, y Lisa. Ellos asintieron con sus cabezas y bajaron los visores de sus cascos. Rick dio a Lisa una mirada final e hizo lo mismo.

Los tres equipos se movieron hacia los túneles; allí, colocaron las cargas que les darían acceso, retrocediendo y esperando por la primera detonación.

Vince sintió su frente humedecerse con gotas de sudor.

“¡Están volando a velocidad de embestida, señor! ¡No podemos librarnos de ellos!”

“Máxima potencia a las armas,” Vince dijo al técnico. “¡Fuego a discreción!”

Dos transportes de tropas semejantes a conchas de almeja estaban muertas en el espacio, con el Valivarre flotando entre el Tokugawa y una tercera nave Invid. Pero de preocupación más inmediata era la SDF-7 de Edwards. El crucero estaba agujereado y vomitando flamas abastecidas por oxígeno líquido, pero aún venía hacia ellos, una barracuda con muerte escrito por todas partes. Esto molestó a los escuadrones de VT que lo seguían, acribillando las áreas vulnerables con buscadores de calor y fuego de rifle/cañón, y destellos de soplete de descargas de costado provenientes de los propios cañones de torretas del Tokugawa. Ninguna tripulación humana podía estar piloteando esa nave, Vince se dijo.

“Es inútil, señor. Los escudos están intactos. Nos va dar en la barriga.”

Vince podía oír las alarmas alertando a la tripulación. En la luz ambarina del puente él sentía que ya había muerto e ido al infierno. Una ojerosa Jean estaba en pantalla más distante hacia la izquierda de la consola de la silla de comando.

“Los heridos han sido trasladados a las bahías de lanzamiento, Vince. Los transbordadores están en espera. ¡Tienes que dar la orden!”

El rostro castaño de Vince palideció ante el pensamiento. Él trataba de convencerse que la nave podía resistir a la colisión. Podían cerrar todas las secciones de estribor y volver a alcanzar órbita. Esperar al Ark Ángel o al Valivarre antes de desembarcar a alguien

“¡Vince!” Jean gritó. “¡Vince, escúchame!”

Él giró hacia el tablero de amenaza, los ojos de cada técnico en el puente pegados a él. La nave de Edwards estaba cerrando la brecha –su proa atestada con explosivos, por lo que todos sabían. El Tokugawa se abriría como una vaina de arveja. ¿Podrían ser lanzados los transbordadores, alejarse una distancia segura aún ahora?

“El radio de acción total está en pantalla, señor.”

Vince tomó un momento para estudiar el sombrío resultado. “Teniente... indicación de abandonar la nave,” él dijo quietamente.

Capítulo 11

Pues soy una abeja rey, bebé, zumbando alrededor de tu colmena.

Comentario oído por casualidad en la red táctica VT durante el ataque contra la Colmena Hogar de Optera, como se relata en Los Sentinels, de Le Roy La Paz

El interior de la colmena hogar de cámaras múltiples no era diferente de aquellos que los Invid habían producido en Garuda. Las mismas paredes celulares reluciendo con la savia de la Flor; la estasis borbollaba donde ellas se encontraban con el suelo. Los mismos rosados latientes, púrpuras y verdes vivos; las esferas de instrumental, sendas nerviosas, y uniones de comunicación que los Terrícolas consideraban semejantes a dendritas en textura. Todo bañado en la misma luz crepuscular sin origen. Sí, muy parecida a las colmenas granja en Garuda, Kami se dijo. Por lo que él recordó frente al aire de la colmena que lo había privado de la atmósfera cargada de esporas de su mundo hogar. Las esporas que mantenían a los Garudianos en el hin, una realidad toda suya. Lerna recordaría más, por supuesto, un miembro del equipo de rescate aquel día. Pero Kami sentía que ellos estaban de acuerdo en una cosa: las Transmisiones eran fuertes aquí. Emanaciones de gran poder y control.

Ellos habían estado moviéndose por más de una hora, por una red de pasillos y salas abovedadas, que hablaban suavemente de la amenaza distante. Ellos habían tenido que ocultarse un rato atrás, cuando un grupo de cinco soldados blindados había pasado corriendo deprisa y salido por una puerta osmótica. Pero de otra manera su reconocimiento había estado tranquilo y sin novedad.

Las guerreras Praxianas estaban al frente; Bela, moviéndose cautelosamente, tenía la posición de líder, su arma semejante a una lanza en la mano. Lerna venía detrás, unida a Kami en maneras que representaban las redes de comunicación de los Sentinels primitivas por comparación. Él giró y le transmitió a ella, complacido al ver sólo colores afortunados en el aura en forma de huevo que abarcaba el propio hin de ella. Pero con los ojos de nuevo hacia delante él se detuvo de sopetón por lo que vio en el aura de Arla-Non: había una negrura incipiente allí, una línea de tinta desenrollándose desde el ombligo de la Praxiana. Kami se apresuró para sobrepasarla, Lerna corriendo pesadamente detrás de él.

“Alto,” él dijo a las mujeres a través de su respirador, consciente de que él no podría dominar su pelaje para desmentir su preocupación. Él vio que Bela le estaba lanzando una mirada de sospecha a su repentinamente erizado pelaje.

“¿Qué te dicen tus Transmisiones, guerrero del hin?” ella demandó.

“Peligro,” Lerna dijo, respondiendo por él y señalando con un ademán hacia la entrada de una cámara más adelante.

Gnea preparó su ballesta. Echó un vistazo por el pasillo. “Podemos retroceder.”

Lerna inclinó la cabeza, luego dijo. “¡No!”

Kami oyó los cuchicheos urgentes de un aliado al mismo momento, un aleteo de alas invisibles sobre su cabeza. “Rápido,” él vociferó, partiendo hacia delante de todos. Lerna y Gnea dispusieron minas de detonación remota en las paredes del pasillo antes de unirse a los otros.

El aire de la cámara estaba lleno de advertencias, y había voces viniendo de uno de dos pasillos más pequeños que terminaban en la sala circular. Voces humanoides, Terrícolas. Y había más viniendo del pasillo detrás de ellos. Los cinco Sentinels encontraron cubierta entre un matorral de cables de alimentación de energía, tendidos desde el piso hasta el techo interior geodésico como ligamentos envainados.

Los Terrícolas, cuatro del contingente de Edwards, estaban empujándose unos a otros y riendo mientras se acercaban a la

unión. Learná voló las minas y los derribó, dejando a uno de ellos herido, gritando, asiendo el espacio donde una pierna había estado. Gnea lo despachó con una flecha bien colocada. Pero ahora las voces del segundo grupo habían cambiado de tono, y un momento más tarde disparos de Wolverine estaban haciendo erupción desde la boca del pasillo. Los Sentinels devolvieron el fuego y subieron la apuesta inicial con granadas. Kami estaba complacido de ver que las Praxianas habían sacado sus pistolas de asalto Badger.

Tres Ghost Riders, con las manos en sus bocas y los rifles llameantes, siguieron una efusión de humo desde el pasillo y tomaron posiciones detrás de un haz horizontal de cables neurales en el lado opuesto de la cámara. Bela agarró a uno de ellos al entrar, y Kami hizo caer a otro. ArlaNon correteó hacia delante para fijar al tercer terrícola en su mira.

Kami llegó demasiado tarde para detenerla, el color abrazador claro de la muerte ya bañando el aura de la Praxiana.

Bela gritó cuando su madre cayó, chamuscada en su región abdominal.

Una daga con una hoja de treinta centímetros voló de la mano de Gnea.

“Hemos estado aquí antes, se los digo,” Jack dijo, el visor del casco levantado.

Karen levantó su propio escudo. “Y yo te digo, que tú sólo crees te estuvimos aquí.”

Jack le frunció el entrecejo y giró hacia Baldan y Teal. “Qué dicen ustedes, muchachos –estamos o no estamos yendo en círculos.”

“No en círculos, seguramente,” Baldan le respondió calmadamente.

“Cuadrados, entonces. Rectángulos, polígonos, ¿cuál es la maldita diferencia? Aún terminamos precisamente donde comenzamos.”

Teal se acuclilló para tocar el suelo. “Estamos, tan cerca.”

“¿Pero cómo puede ser, Teal?” Karen gesticuló hacia las paredes del callejón sin salida al que habían ingresado –o regresado, en el caso de que alguien se molestase hacia las quejas de Jack seriamente. “Yo no veo nada que luzca como una apertura. La cámara del cerebro tiene que ser enorme, ¿no es así?”

Baldan inclinó la cabeza. “Si lo juzgamos por lo que el Invid dejó en otra parte. También siento fuertes vibraciones del Poso de Génesis similares a aquellas que mi tocayo leyó en Praxis.”

“Tu padre,” Teal lo corrigió.

“Pero fuiste tú quien me dio forma.”

“Sí, pero–”

“¿Podemos dejar todo este asunto familiar para otra ocasión?” Jack interrumpió. Él presionó sus manos contra la pared final y empujó, luego se movió unos cuantos metros a su izquierda y empujó de nuevo. “Debe existir una salida... Verifiquen las otras paredes.”

Karen mostró a los Spherisianos una sonrisa tolerante y se movió hacia una de las paredes laterales. “Será mejor complacerlo. Él puede ser imposi–”

“¡¿Qué te dije?!” Jack voceó detrás de ella.

Ella giró y encontró para su sorpresa que las palpaciones casuales de él habían abierto una entrada triangular negra como la noche en la pared final.

“Ven, todo lo que tenemos que hacer es atravesarla.”

“No sé, Jack,” Karen le dijo, esperando alentar esa tenue vacilación de ansiedad nerviosa que ella había detectado en la voz de él. “Luce terriblemente oscuro allí dentro.”

Jack enfocó una linterna rechoncha en la apertura: la negrura al otro lado parecía tragarse la luz. “Es impenetrable,” Teal comentó.

Baldan cautamente introdujo sus manos en la oscuridad, sin ningún efecto nocivo aparente. “Sí,” él dijo. “El cerebro está debajo de nosotros.”

Jack lanzó a todos una mirada perspicaz y caminó dándose aires hacia la apertura, las manos en su cintura. Volviendo su espalda a la puerta, él dijo, “Ahora todo lo que tenemos que hacer es decidir quien irá primero.”

Jack vio a los tres abrir los ojos ampliamente, y lo leyó como un

testamento a su coraje intrépido. Pero entonces él no había visto el par de manos que se estaban extendiendo para alcanzarlo. Él alcanzó a soltar una risita corta y desdeñosa antes de que sea lo que fuera que estaba vinculado a esas manos lo asió por el cuello y lo arrastró dentro del vacío.

Rick disparó a otro más al corazón y siguió corriendo. Había al menos una docena más detrás de ellos, voces zomboides pronunciando los nombres de Rick y Lisa entre rondas de disparos.

Ellos literalmente habían caminado fuera de las paredes. Rick, Lisa, Rem, y Janice habían estado en algún tipo de laboratorio en ese momento, un lugar de cubas y análogos a cintas transportadoras, carretes gigantescos de destapa cañerías y pilas de lo que podrían haber sido embudos cuellilargos. Lisa sugirió que ello podría haber sido la cocina del comedor, lo que sacó un sonido de repugnancia de Rick. Janice, imaginada en modo androide, estaba a punto de probar un poco de la materia pegajosa adherida al borde de unas de las cubas cuando los soldados aparecieron.

Literalmente caminando fuera de las paredes. Mutantes bípedos de dos metros diez de altura con armas láseres incorporadas en sus antebrazos, y dos cabezas acopladas a tallos semejantes a tentáculos que emergían de sus pechos. Creaciones de pesadilla, aún sin el horror añadido de esas cabezas que vestían el rostro de Roy Fokker.

“Rick,” uno de ellos pronunció monótonamente, “pequeño hermano.”

Lisa vomitó su desayuno, precisamente dentro de una de las cubas.

Entonces de repente las cosas estaban disparándoles. Le tomó a Rick unos buenos quince segundos lograr pasar su terror, pero una vez que se aflojó, todo lo que pudo hacer Lisa fue sacarlo a rastras. Fue nada menos que milagroso que todos ellos no hayan sido derribados por la primer descarga cerrada de los mutantes Fokker. Pero Rick estaba guardando sus gracias por más tarde, y quería ver hasta la última de las cosas atomizada –tanto como Lisa había

querido ver a aquel líder Pincer destruido.

Él tuvo, sin embargo, la serenidad para cuestionar por qué Edwards de nuevo lo estaba escogiendo a él. ¿Se remontaba ello a la rivalidad entre Roy y Edwards durante la Guerra Civil Global? ¿Había identificado Edwards de algún modo a Rick con toda esa refriega aérea no resuelta? Él recordó que Edwards había estado de acuerdo con el Consejo de Defensa de la Tierra Unida (UEDC) del Senador Russo después de la guerra, y era uno de los que estuvieron a favor de usar el Gran Cañón contra los Zentraedi. Así que tal vez había algo aquí por lo que Edwards nunca se había abierto paso –un odio hacia algo relacionado con la SDF-1. Después de todo, ¿no había dimitido él deliberadamente su comisión con la Fuerza de Defensa Robotech para aliarse con el novato Ejército de la Cruz del Sur –el Mariscal de Campo Leonard, Lazlo Zand, el Senador Moran, y esa partida de renegados?

Minmei era la otra única posibilidad Rick se dijo, mientras dejaba salir otra descarga contra los mutantes. Pero Edwards aparentemente la tenía ahora, ¿así que por qué todo esto?

Dando vuelta un recodo en el pasillo, Rick se detuvo de sopetón delante de una de las esferas de comunicación colocada sobre un pedestal. ¡Probablemente Edwards los estaba mirando en este momento!

Rick dejó caer violentamente su puño contra lo que él supuso era un tablero de control. “¡Vamos, Edwards!” él gritó a la esfera. “¡Muéstrate!” Cuando nada apareció, él golpeó a la esfera misma; estranguló el cuello del pedestal, dio un puntapié a su base bulbosa.

“¡Muéstrate!”

Rick divisó un vislumbre de la mirada angustiada de Lisa cuando ella lo pasó precipitadamente, y colocó dos descargas cortas en la cara de la esfera antes de apresurarse para alcanzarla.

Afuera, el Ark Ángel aún estaba golpeando las colmenas, los escudos barrera sobrecargados ya no estaban translúcidos sino agotados ahora y exudaban energía termal dentro del terreno

circundante. Hasta tal grado que los Karbarrianos habían vuelto en sí.

La nieve caía en enormes copos mojados, pero la propia tierra estaba tan caliente como tostada. Algunos de los Inorgánicos y Shock Troopers vestían tapetes de aguanieve en las cabezas y hombros, pero eso se daba tan pronto como la materia llegaba a la superficie de Optera repentinamente recalentada. El campo de batalla se había convertido en un sitio de misterio del yin-yang: una ventisca veraniega.

Pero la Muerte prestó poco cuidado a esto; ella continuó sus barridos a través del campo, segando de un guadañazo lo que podía de Invid y Karbarriano por igual.

Iron, Crysta, y Dardo estaban de pie nuevamente, guiando el ataque otra vez, olores de pelaje chamuscado y carne cauterizada suspendidos en el aire vernal. Tal vez no menos de cien de su contingente había sido matado con tres veces ese número de heridos, pero los Karbarrianos como especie tenían un modo instintivo con tales cosas –un modo de encontrarse con la muerte cabeza en alto y desautorizándola. Así que, resignados a sus pérdidas y renovados por un deshielo tan artificial como la helada que lo precedió, ellos atacaron. Y esta vez tenían a los escuadrones Veritech del Ark Ángel para respaldarlos.

La mayoría de los Alphas se había reconfigurado a modo Battloid. Acechaban a los Inorgánicos al igual que cazadores osados, rifles/cañones buscando grupos merodeadores de Helcats que habían rebanado su camino a través de las filas Karbarrianas, sangre ursina reluciendo de los filos como navajas de sus cuernos de hombros. En otra parte, entre nieve remolineante vuelta verde con nutriente derramado y transportado por el aire, mecha Humano e Invid luchaban cuerpo a cuerpo por el control del cielo.

Compañías de confundidos Scrim, Crann, Odeon, y soldados de infantería blindados habían retrocedido para defender los lugares vulnerables en las colmenas y los domos esclavos; pero a los Karbarrianos no se les iba a negar su día de venganza. El escudo barrera caería y la Colmena Hogar sería suya. Los Invid serían contenidos finalmente y regresados a los Posos que les habían dado vida.

La bola de fuego emergió de una esfera de calor blanco en silencio; se expandió, ondulándose e irritándose como una nube atroz, el momento final del Tokugawa.

Jean Grant desvió sus ojos de la aspereza de la luz, de la aspereza de ese momento. Los demás en el balcón Microniano del puente del Valivarre hicieron lo mismo, excepto por la comandante Zentraedi, quien parecía encontrar cierta fascinación allí. Ella había sido la mujer de Breetai, esta Kazianna Hesh, Jean entendía; ¿pero quién podía decir lo que la hembra goliath estaba leyendo en esas llamas de breve vida? Los fuegos semejantes que habían reclamado el alma de su guerrero tal vez; la muerte ardiente que algún día los reclamaría a todos.

Vince estaba detrás de ella, sombrío, encerrado en sí mismo. Una implosión, un silencio que Jean sabía que podía hacer más daño que bien. Ella no lo había visto así desde el fallecimiento ardiente de la GMU. Déjalo ir, ella quiso decirle. Él había querido que la propuesta de paz fuese abrazada; para ver un fin a esta locura continua. La mano del diablo, él le había dicho a ella. A ambos lados de él estaban Veidt y Cabell, a ninguno de ellos ella podía leer.

El Valivarre había venido a su rescate, había recogido los transbordadores y cápsulas de escape juntos dentro de su enorme barriga, y los había llevado a todos ellos presurosamente a una distancia segura, la SDF-7 de Edwards y el Tokugawa ya eran un recuerdo. Una nave transporte Invid restante estaba allí afuera en alguna parte –¿esa partícula centelleante en la sombra de Optera?– pero ella había sido incapacitada, según se informa, por un grupo de asalto combinado de Battlepods y Veritechs del Escuadrón Skull.

Para cuando Jean retornó sus ojos a la pantalla principal, la bola de fuego del Tokugawa se había consumido; pero el espacio local estaba tan ardiente con piezas incandescentes de escombros, fulgurando mientras ella observaba. La cáscara de una nave Invid flotó a la deriva en la vista, girando perezosamente hacia la proa del Valivarre, y Jean vio el rostro de Claudia Grant.

Ella oyó el resuello de Vince.

La Nave Pincer transformada pronto estuvo cayendo hacia el lado oscuro, pero su breve paso había desprendido una visión en la mente de Jean –un vislumbre de los horrores aún por venir, no importaba el resultado de hoy. Era la Tierra, no Optera, la que ella parecía estar mirando ahora, y el Invid estaba allí. Alojados en un complejo colmena muy parecido al de abajo, una flota de naves de guerra se precipitaba contra ella. Pero desde la superficie de la Tierra una torre de fuego radiante se levantaría –una saeta de sustancia mental y quintaesencia alquímica que se reconfiguraría al elevarse. Y ello tomaría la forma de un ave fénix celestial en vuelo, enorme y brillante para contemplar.

Y ella vio que era la paz que ellos buscaban. Una paz más allá del entendimiento; una co-fusión de cosas que ella no podía identificar, salvo dos cuyos nombres eran vida y muerte.

“Usted dijo que quería dos sujetos humanos para el Poso, General,” el Ghost Rider dijo a la imagen distorsionada de Edwards en el centro de la esfera instrumental. “Los tenemos justo aquí.”

“Muéstramelos,” Jack oyó a Edwards ordenar al soldado. Entonces alguien los empujó a él y a Karen hacia delante hacia los captores de imagen invisibles del dispositivo.

“Vaya,” Edwards dijo, sonriendo falsamente. Él se inclinó hacia delante, el rostro y las facciones de 180 grados. “Alférez... Baker, ¿no es así? Y el tizón de Harry Penn. Karen, si recuerdo correctamente.” Edwards rió. “Qué gracioso, ustedes dos terminando aquí.”

“Nosotros podríamos decir lo mismo, Edwards,” Jack le dijo, consiguiendo que le coloquen el cañón de un Wolverine en las costillas por su tono. Edwards dijo a su secuaz que retroceda.

“No queremos dañar la mercancía, Sargento.” Jack maldijo en voz baja.

Karen lo había seguido dentro de aquel triángulo negro que sus manos desafortunadamente habían abierto en la pared final del callejón sin salida. Un científico Invid había arrastrado a Jack

dentro –abajo, en realidad, hacia algún nivel subterráneo de la colmena. Cinco de los Ghost Riders de Edwards habían apuntado armas hacia él. Y lo siguiente que Jack supo, fue que Karen estaba junto a él, tratando de repeler a los dos soldados que la tenían agarrada, cuchillo de supervivencia en una mano, Badger en la otra.

“¿Cuándo voy a aprender?” ella le había dicho a él.

Sí, bueno ¿quién te invitó?... Es lo que él debía haber dicho. En lugar de disculparse.

Afortunadamente, Baldan y Teal habían sido lo suficientemente cuerdos para no seguirla.

“Llévenlos al Poso,” Edwards estaba diciendo desde la esfera. “Los encontraré allí.”

Edwards giró alejándose del videocaptor para echar un vistazo detrás de él, y Jack le dio un buen vistazo a la habitación misma – un tipo de interior clásico, como las habitaciones grecorrománicas en Tiresia. El ayudante de Edwards, Benson, estaba sentado en una silla de tamaño descomunal, fastidiando a un Hellcat con un trozo de cuerda dúctil. Pero fue la cama extrañamente contorneado la que llamó la atención de Jack. Esposada a lo que Jack supuso podría ser una cabecera estaba Minmei. Un mal momento para Minmei pensándolo bien.

Karen susurró, “Sin duda no parece que ella esté disfrutando la luna de miel, ¿no es así?”

Jack arriesgó una mirada por sobre su hombro. “Tú sabes cuán inexpertas pueden ser las novias,” él comenzó a decir, pero Karen lo hizo callar.

“Tengo que ocuparme de unas cuantas cosas primero,” Edwards dijo a su teniente. “Pero estén alertas. Aparentemente ellos no son los únicos que han ingresado a la colmena. Estoy enviando unos refuerzos para que se reúnan con ustedes.”

El Ghost Rider saludó. “¿Alguna idea de en qué los va a convertir, señor?”

Edwards asumió una mirada contemplativa. “Bueno, no estoy seguro aún, Sargento. Estaba pensando en centauros. Pero quizá sólo trataré de lograr una bestia con dos traseros.”

Kami hizo señas a Lerna y Gnea adelantado en un pasillo más brillante que el resto, uno principal de algún tipo, él supuso. Había docenas de esferas de comunicaciones aquí, uniones de instrumental cada pocos metros. Transmisiones de un aliado adelante en la cámara central de la colmena lo alertó del peligro. Sus ojos apartados avistaron rayos de luz verde vertical, la radiación de Tzuptum capturada por paneles prismáticos en el techo de la colmena, atraídos hacia abajo dentro de la cámara para un propósito que él no pudo desentrañar.

Bela había permanecido atrás para vigilar sobre el cuerpo de su madre. Arla-Non estaba más allá del auxilio para cuando los Sentinels la habían alcanzado –los soldados de Edwards estaban muertos– pero Bela había insistido en permanecer con ella, cierto ritual secreto de la Hermandad restaba por realizar. Kami y Lerna pudieron ver el cambio en el cuerpo etéreo de Gnea también: remolinos violetas alrededor de su corazón, una lluvia de formas cristalinas sin lustre a lo largo de toda el aura.

Los tres pronto estaban introduciéndose paulatinamente en la cámara central; Lerna fue la primera en divisar a los Ghosts de Edwards. Había cinco de ellos, moviéndose a paso ligero por una habitación que podría haber sido la cámara de un corazón de primate. Jack y Karen estaban apremiados entre ellos.

Sin advertencia, Gnea bajó al Ghost líder; y antes de que alguno de los Garudianos tuviese tiempo de reaccionar, ella había colocado una flecha en el muslo de la pierna de un segundo Ghost. El resto del grupo giró y abrió fuego. Kami y Lerna se zambulleron para cubrirse, Badgers levantadas pero contenidas por miedo de darle a Jack y a Karen en el fuego cruzado. Gnea, sin embargo, parecía no tener tales preocupaciones; ella ni siquiera se había molestado en ocultarse, y aún estaba afrontando con decisión desde la boca del pasillo, lanzando flechas y maldiciones Praxianas dentro de la habitación.

Jack y Karen, entretanto, se habían tirado al suelo. Uno de los hombres de Edwards estaba a punto de apuntar su Wolverine sobre ellos, pero Jack se las arregló para rodar y golpear las piernas del

soldado tirándolo y forcejeó para quitarle el arma. Karen en breve tuvo a otro de ellos en un asimiento sofocante.

Kami vio a Gnea caer –herida por el único soldado todavía en pie. Lerna estaba saltando hacia el humano ahora, y los aliados habían comenzado a lamentarse. Kami giró a tiempo para ver a media docena de soldados Invid irrumpir en la cámara, los cañones de sus antebrazos cebados para abrir fuego. Él envió una advertencia a Lerna y se lanzó adelante, cargas de energía chamuscando en las paredes detrás de él. Ambos, Baker y Penn, tenían Wolverines ahora, y su fuego unificado cortó a uno de los Invid por la mitad, un tiro descarriado del cañón del soldado explotando en el medio del enemigo. En el medio de todo ello, Lerna y el humano estaban luchando mano a mano. Kami afirmó su asimiento en su cuchillo y se lanzó. Al mismo tiempo, él oyó a la voz de Rick Hunter encontrarlo a través de la habitación.

Ellos hicieron un rápido conteo de cuerpos cuando el humo se disipó. Los siete Invid estaban muertos, tres de ellos literalmente volados en pedazos. Dos de la escuadra de Edwards habían sido muertos; dos más estaban seriamente heridos. Gnea estaba viva, gracias al relleno de su armadura, pero iba a necesitar atención urgente. Kami se ofreció voluntariamente para volver por Bela y encargarse de que Arla-Non y Gnea fueran extraídas. Jack y Karen actualizaron a Rick sobre su captura y la breve charla con Edwards. “¿Ustedes están seguros de que era Minmei?” Rick preguntó cuando ellos habían terminado.

Baker asintió con la cabeza. “Y ella no parecía muy emocionada de estar allí, tampoco. Edwards la tiene prisionera.”

“¡Lo sabía!” Rick dijo. “Todos la han estado mal interpretando desde el principio. Ella nunca se habría juntado con alguien como Edwards.” Él vio que Lisa lo estaba mirando. “¿Qué hay sobre Baldan y Teal?”

Karen se refirió a eso. “Hasta donde sabemos, ellos aún se dirigen hacia el cerebro.”

Rick lanzó una mirada a todos. “Muy bien, escuchen. Lisa y yo continuaremos con Learn. Quizá nosotros podamos adelantarnos a Edwards al Poso de Génesis y sorprenderlo allí. Janice y Rem pueden ir tras Minmei.” Él lanzó a Lisa una rápida mirada lateralmente, luego giró hacia Jack y Karen. “Asumiremos que los Spherisianos aún están en camino. Ustedes dos vean si pueden alcanzarlos.”

Jack estuvo a punto de preguntar precisamente cómo se suponía que ellos iban a llevar a cabo eso –ya que Baldan y Teal habían sido los ojos y oídos el equipo– cuando Rem se quitó el buscador de dirección mochila y se lo entregó a él.

“¿Pero cómo encontrarás a Minmei?” Jack preguntó.

El Tiresiano le mostró una mirada arrogante. “Estoy comenzando a hacerme diestro con mi alrededor,” Rem dijo, los ojos en Janice ahora. “Incluso podría decirse que he estado aquí antes.”

Capítulo 12

En cierto sentido, las colmenas, las computadoras vivientes, los Invid mismos estaban todo hechos de la misma materia –incluso hasta cierto punto la armadura quitinosa de los Shock Troopers, las Naves Pincer, y el resto. Se podría decir (y de hecho se hace) que el Invid era en verdad la forma más perfecta de la Flor de la Vida. A las Flores se les había negado el derecho a procrear, y debido a esto el Invid debió convertirse en sus agentes de punición.

Dr. Emil Lang, El Nuevo Testamento

“Él está muerto,” Teal dijo, poniéndose de pie.

Baldan miró con fijeza al humano. La sangre, la carne cauterizada, y el olor horrible transmitieron una oleada poderosa de remordimiento por él. Fuere Ghost Rider o no, el ser aún era uno de los propios hermanos planetarios de Hunter. Primero los Invid y ahora esto, él pensó. ¿Qué había en la composición de los humanos que hacía tan fácil para ellos matarse unos a otros? Mejore aún, ¿qué faltaba en su evolución como especie que les permitía matarse unos a otros? Él usó las memorias de su tocayo para recordar un tiempo cuando su propia forma de vida había enfrentado el reto y conquistado sus lujurias primitivas. Aún cuando los Maestros llegaron, el conocimiento planetario no tendría en cuenta la guerra o la rebelión. Y lo mismo con el Invid. Pero cuán correcto parecía ahora acompañar la campaña de los humanos; qué cosa simple y directa se había convertido el cometer asesinato en el nombre de la liberación.

“¿Baldan?” Teal dijo, una nota de preocupación en su voz.

Él se sacudió de la vista y la miró de un modo incierto. ¿Por qué esto lo había puesto a pensar? él se preguntó. Un largo rastro de muerte se extendía a medio camino a través del Cuadrante ahora.

Cuatro humanos y dos veces ese número de soldados Invid habían caído ante las armas de los Spherisianos desde el callejón sin salida. Ellos habían buscado a Jack y a Karen, pero decidieron finalmente continuar con la misión. Para Baldan, quien sentía un amor hacia Karen que él nunca sería capaz de expresar, menos aún asir, la decisión había demostrado cuán semejante a un guerrero él se había vuelto –este razonamiento táctico: el peso de dos vidas perdidas contra las muchas que el éxito de su misión salvaría. ¡Que esto debería haber sido el mundo que él mostró a Karen en la ventanilla!

Su progenitor, Baldan I, había sido atrapado en la guerra; pero en un sentido muy real Baldan II había nacido en la guerra. Nacido y formado por ella, un Spherisiano diferente del resto, salvador o loco.

“Vamos,” Teal le ordenó. “Llegamos.”

Él asintió con la cabeza y la siguió, encomendándose a los instintos de ella, pero igualmente seguro de las vibraciones que los suyos leen en el piso trepidante de la colmena. El cerebro estaba cerca, tan cerca como la habitación delante de ellos...

Pero ninguno de ellos estaba preparado para lo que enfrentaron un momento más tarde.

Los dos no eran inexpertos en estas computadoras vivientes, y al igual que los otros Sentinels ellos habían tenido tratos directos con las cosas en media docena de mundos. Aquellas, sin embargo, habían sido meras secciones de ésta –titánica e inspiradora de temor reverente en su cámara-burbuja de varios pisos de altura. Ésta era la que comandaba a todas las otras, la que daba forma a la red Invid entera; y Baldan y Teal rápidamente se dieron cuenta que Edwards y su ejército serían impotentes sin ella.

La propia habitación era apenas suficientemente grande para contener al cerebro, y la mayor parte de ella –paredes, piso y techo aparentemente orgánicos– recientemente se había llegado a incorporar en la estructura física del cerebro. En la muerte del Regente, Baldan conjeturó.

Haces tentaculares de fibras nerviosas habían brotado del órgano mismo, y estos descolgaban hasta el suelo como vides y enredaderas de un bosque tropical, transformando cada lugar que ellos tocaban en racimos amorfos de tejido animado. La habitación pulsaba con un tipo de energía cerebral auto generada que danzaba a través de la superficie convoluta del cerebro como el fuego de San Elmo y brotaba de la boca de la cámara-burbuja para lavar las paredes con luz febril. Los sonidos suspendidos como neblina en el espeso y eléctrico aire, vibrando en frecuencias audibles mientras los Spherisianos ingresaban a la habitación.

El cerebro parecía consciente de su presencia, pero de algún modo despreocupado. Era como si los ataques coordinados de los Sentinels contra la colmena hubiesen sobrecargado sus efusiones que apenas podía alojar alguna nueva y aún más inmediata intrusión.

Que es precisamente la manera en que Baldan y Teal lo preferían. Ellos tenían sus armas levantadas, apuntando a la cámara-burbuja ahora.

“El lado de abajo,” Teal sugirió, señalando con un ademán a una proyección bulbosa y semejante a la pituitaria adherida a la superficie ventral del cerebro.

Baldan aumentó la intensidad de la descarga de su rifle hasta el máximo. “A mi cuenta,” él le dijo a ella.

Y a la cuenta de tres ellos dispararon –o trataron de hacerlo, en todo caso.

Ellos hicieron un segundo intento, pero de nuevo las armas fallaron. Y antes que pudieran comenzar a descifrarlo, dos zarcillos ondulados de furia eléctrica habían sido lanzados desde la cámara-burbuja para absorberlos. Las defensas del cerebro los golpearon, sacando violentamente los rifles de su agarre y lanzando súbitamente a Teal a través de la habitación con la fuerza de su carga.

Rick pensó que era el lugar más horrible al que la guerra los había

llevado. Un columbario, o un criadero de algún tipo, oscuro y oliendo a podredumbre, putrefacción y gangrena –un centro de nacimiento para monstruos. Hacia donde mirasen, restos de sacoshuevos fibrosos y placentas gelatinosas; trozos de materia orgánica que no habían logrado tomar forma –una pila de basura de partes Invid, de manos y hocicos y ojos ofidios. Y también había mecha: fila sobre fila de Shock Troopers y Naves Pincer, cabinas esperando ser llenadas con fluido nutriente y atiborradas de pilotos; cañones y lanzadores de discos de aniquilación listos para la infusión de Protocultura que los traería a la maligna vida.

Learna tenía la punta, una aliada Garudiana dirigiendo sus pasos hacia la ubicación del Poso. Hacia Edwards, Rick se dijo, deseoso por la confrontación. Lisa estaba unos cuantos pasos detrás, y él abrió la red para cuchichearle.

“Esto es casi lo peor, del modo en que lo considero.”

“No lo peor, Rick,” ella dijo con un suspiro dolorido. “Lo más triste.”

“No te entiendo.”

Ella dejó de caminar cuando él giró para mirarla de frente. “¿No puedes sentirlo? Esto es donde ella debe haber tratado de hacer nacer su ejército –el que el Regente demandó de ella.” “Te refieres a la Regis.”

Él la vio inclinar la cabeza, y comenzó a mirar a su alrededor, más incómodo ahora que antes. Lo más triste. La intuición de una mujer. ¿Era así, entonces, como luciría una guardería para la Reina-Madre Invid? Él se preguntó.

Un súbito destello detrás de él borró el pensamiento, una explosión consecutiva aplastándolo contra el piso. Él vio las piernas de Lisa cuando abrió sus ojos; ella estaba vigilándolo, el Wolverine tosiendo disparos hacia algo fuera de la vista. Él intentó gatear, pero ella cayó sobre él, inmovilizándolo. Simultáneamente llegó una segunda descarga, y un rápido aluvión de calor.

Entonces de repente Lisa se levantó y corrió. Rick pudo ver la nave Invid mutilada, un Shock Trooper desplomado hacia delante sobre sus brazos pinza, nutriente brotando como savia verde de su sensor agujereado.

Learna había sido golpeada antes de que el tiro de Lisa hubiese

aniquilado a la cosa.

“¿Cuán mal está?” Rick preguntó, acercándose a las dos, el visor del casco levantado. Lisa había abierto la camisa de Lerna, colocando violentamente una venda de presión en su barriga sin pelaje.

“Ella vivirá.”

La respiración de Lerna era trabajosa debajo de la máscara de respiración. “¿Puedes bajarla?” él le preguntó.

Ella le dijo que podía hacerlo. “Pero no pueden continuar sin mí.”

Rick le mostró una sonrisa forzada. “El Poso no puede estar mucho más lejos. Lo encontraremos. Lo importante es llevarte de regreso—”

“No es eso,” ella lo interrumpió. “Es Edwards.”

Lisa colocó su mano detrás del cuello de Lerna y la ayudó a enderezarse. “¿Qué hay sobre Edwards, Lerna?”

“Su poder... el cerebro Invid le ha dado poder. Él lo usará para confundir sus pensamientos.”

Rick y Lisa intercambiaron miradas. “Tendremos que tomar ese riesgo.”

“¡No!” Lerna dijo, asiendo la pechera de la camisa de él. “Me necesitan con ustedes. El hin nos protegerá.”

“Tú no estás en condición—” Lisa comenzó a decir. “¡Me necesitan con ustedes!”

Rick sostuvo la mirada de Lerna por un momento largo, esos ojos de zorro sobre el borde de la máscara de respiración. “Ella tiene razón, Lisa. Nuestras armas no son dignas rivales para él ahora.”

“Pero Rick, no podemos—”

“No lo vamos a hacer,” él dijo, sacudiendo su cabeza. “Pero quizá podamos llevar el hin con nosotros.”

Los ojos de Lisa se abrieron de par en par con miedo.

Él colocó una mano en el hombro de ella. “Ambos vamos a dar unas cuantas aspiraciones de la atmósfera Garudiana.”

Minmei pudo sentir que las drogas estaban comenzando a disiparse. Y con eso vino la reaparición lenta y constante del dolor. Su cuerpo estaba arañado y magullado –las muñecas escoriadas por las esposas, la garganta desesperadamente adolorida por la batalla que sus cuerdas vocales habían librado con los apuntes telepáticos de Edwards. Cada uno de sus articulaciones dolidas; su ojo izquierdo estaba hinchado y cerrado, dos dientes superiores sueltos de un golpe. Sin embargo, el dolor era mejor que los efectos soporíferos de las drogas; el dolor era real y se podía tratar. Era apenas un tiempo de sueño o sueños.

Ella estaba en las ex habitaciones privadas del Regente, ella sabía eso –un complejo de habitaciones singularmente diseñadas con mobiliario de tamaño exagerado de un diseño antiguo. La propia cama era del tamaño de un camión de remolque de plataforma; la cabecera a la que ella estaba esposada era una obra de calado moldeada en una aleación no identificable. Su posición supina en la cama le hacía difícil observar mucho más que eso.

Ella podía ver, sin embargo, que no estaba sola. Al otro lado de la habitación el ayudante de Edwards estaba haraganeando en un tipo de trono. Perdido en la cosa masiva, se parecía a un niño pequeño en el uniforme de un soldado disfrutando un momento en el sillón de su papito. Minmei no pudo suprimir la pequeña risa que se abrió camino, y Benson la oyó. “Vaya, nuestra pequeña ave cantora está despierta.”

¡Ave cantora! Minmei pensó, recordando el día que Khyron la había capturado. Y a Kyle... querido Kyle. “No use esa palabra conmigo,” ella le ladró.

“¿Oh?” él dijo, levantándose y caminando hacia la cama. “¿Lynn-Minmei está dando órdenes de repente?”

El borde de la cama llegaba hasta el pecho de Benson, y él era una vista bastante ridícula parado allí observándola; pero a Minmei no le gustó la mirada que vio en sus ojos. “¿Dónde está T.R.?” ella preguntó, estirándose para mirar alrededor de la habitación.

Benson cruzó sus brazos, reflexionando algo. “Él está abajo en el Poso, dulzura –calculando hacer monos de algunos de los Sentinels.”

“¡Los Sentinels! ¿Están aquí?”

“Tranquila,” él dijo, poniendo sus manos en sus hombros para sujetarla.

Ella cometió la equivocación de mostrarle desprecio. “Quíteme sus manos de encima.”

Los ojos de Benson se entrecerraron y sus manos comenzaron a moverse hacia abajo del cuerpo de ella. “¿Quién lo va a saber, Minmei? Echa una mirada alrededor de ti: puedes gritar a gusto.” Él se inclinó para hocerle su cuello.

“¡Edwards lo matará!” ella gritó. “¡Aléjese de mí!”

Él rió y subió a la cama, los ojos imaginando las cosas que le iba a hacer a ella. “Por favor,” ella le pidió. “No haga esto.”

Él comenzó a besarla. Minmei mordió los labios de él, y dejó salir un pequeño grito cuando él la golpeó. Él la agarró y ella se retorció zafándose de él. Él la golpeó de nuevo y ella lo pateó –un golpe rápido que hizo sangrar su nariz. Y repentinamente él ya no la estaba mirando con deseo; había muerte en sus ojos.

“Muy bien,” ella dijo, dejando insinuarse terror en su voz. “haré lo que desee. Sólo sáqueme estas esposas. Por favor.”

La sospecha emergió en la superficie de su cara, pero Minmei casi se deshizo de ella con una apelación más gutural.

Benson le quitó las esposas.

Ella estaba lista para él ahora. Él vino hacia ella a gatas, una sonrisa traviesa en su cara, y ella transformó su voz hacia él –una nota que brotó de algún lugar tan profundo dentro de ella que no tenía nombre. Benson aulló en respuesta, las manos en sus oídos y el rostro torcido en gesto de dolor. Ella sabía que lo había ensordecido, pero envió otra nota en dirección a él para asegurarse.

El sonido lo golpeó con fuerza, lo arrojó fuera de la cama. Minmei lo siguió, sosteniendo esa nota, atormentándolo con vibrato y modulaciones. La mano de él fue hacia su pistola láser enfundada, y ella lo dejó oírlo de nuevo. Benson cayó sobre sus rodillas, gimiendo su parte de la letanía.

Ellos estaban de pie en el umbral del baño del Regente cuando él finalmente reunió fuerza de voluntad para atacarla. Él atacó mientras ella estaba recuperando el aliento y la golpeó con estrépito contra la entrada. Minmei administró un débil arpegio, pero no fue suficiente para detenerlo. Él le dio una palmada en la cara y la

envió resbalándose a través del piso embaldosado sobre su panza. Ella sintió el peso de él caerle encima y chilló con todas sus fuerzas. Pero Benson estaba demasiado loco para ser disuadido; él la estaba manoseando y golpeando con el puño, preparándose para violar o asesinar o ambos.

Minmei colocó sus manos debajo de sí y empujó tan duro como pudo. Los dos rodaron juntos y cayeron de cara en el estanque de nutriente del Regente. Minmei emergió, jadeando y dando pisadas, Benson nadando hacia ella, de mirada furiosa y hambriento. Ella engulló y encontró su voz, bramó y lo hizo retroceder. Benson asió su cabeza y se sumergió. Ella contuvo su aliento y bajó para encontrarlo, los pies encima de los hombros de él una vez que ella lo hizo, reteniéndolo abajo mientras las burbujas de sus gritos fluían hacia arriba. Benson estaba frenético debajo de ella, arañando los pies y piernas de ella, pero atrapado por el peso de ella.

Minmei cantó un aria hacia la habitación, su voz haciendo eco desde las paredes mientras una ola verde salpicaba desde el estanque y se extendía a través del piso del baño y del dormitorio. Y finalmente el forcejeo se calmó. Ella pasó la mano por el espeso fluido y se levantó sobre las baldosas, jadeando. La habitación estaba calmada, el estanque acomodándose otra vez.

Lloriqueando, ella se arrastró lejos, la mayor parte de la ropa desgarrado de su cuerpo, sus piernas cortadas y surcadas por las uñas de Benson.

Ella estaba casi en el umbral cuando él brotó del estanque como un misil de submarino lanzado.

Minmei se recostó contra la pared, miedo y fascinación alojándose en su garganta: Benson ya no era humano. El nutriente, la voz de Minmei –una combinación de los dos y la muerte misma lo habían transformado en una cosa a la que la evolución no habría querido respaldar. Allí había tentáculos y antenas, extremidades y apéndices, órganos y orificios, pero nada que ella pudiera reunir en un todo, nada que su mente le permitiría ver.

Y entonces, tan repentinamente como había aparecido desapareció –aniquilado por un rayo de energía de luz cegadora que surcó la habitación desde algún lugar en el dormitorio. Minmei sintió crispase mientras sangre coagulada llovía alrededor de ella.

Janice Em ingresó en la habitación, enfundando su pistola láser. Ella observó a Minmei y sonrió. “Qué equipo,” ella dijo.

Rem entró también tras ella y fue al lado de Minmei, arrodillándose para envolver un vestido alrededor de sus hombros temblorosos. “Yo –yo te recuerdo,” Minmei dijo.

“En Tiresia,” él le dijo. “Años atrás.”

“¿Dónde está Edwards?” Janice preguntó.

Minmei miró a su socio vuelto guerrero. “E-él fue a algún l-lugar llamado el P-poso.”

“Entonces Rick se topará con él,” Rem dijo. Minmei lo asió. “¡Por favor! ¡Tenemos que salvar a Rick! ¡Hay tanto que tengo que explicar!”

Rem la hizo callar, confortándola con sus manos. “Pero, Rick–”

“Puede haber tiempo aún,” Janice anunció. Ella miró a Minmei con una mirada fresca y empezó a revelar su cara androide.

La misma atmósfera que mantenía a Kami y a Lerna en contacto con las dimensiones psíquicas del hin casi había matado a Rick y a Lisa en Garuda. Pero eso fue después de cinco minutos de exposición forzada a la atmósfera del planeta. Esta vez era diferente: un minuto para cada uno de inhalaciones controladas del tanque de gas de Lerna. La decisión de Rick se basaba en algo que Cabell le había dicho a él en Haydon IV poco después de que los dispositivos allí habían reanimado a todos. Cinco minutos casi habían resultado una dosis letal; pero un minuto permitiría a la mayor parte de los tipos humanoides una excursión efímera por el hin sin efectos secundarios permanentes. Ellos estuvieron absortos en el hin por un largo rato, un mundo de colores cambiantes y formas geométricas turbulentas para sus ojos pineales despiertos, un mundo de paisajes interiores donde la magia y el poder definían el horizonte. En cierto nivel bio-psíquico existía la conciencia de que ellos aún estaban dentro de la Colmena Hogar; pero otra parte de ellos viajó fuera de los confines de la gravitación. Ellos navegaron y planearon de un lugar de poder al próximo, vigilantes y serenos,

familiarizados con no sólo las canciones del viento del hin sino con las voces de los aliados. Los guías y guardianes de esa realidad separada tomaron formas múltiples, algunas veces unas aladas y otras no, pero cada uno se hizo cargo de conducirlos más y más cerca del Poso y a aquella mancha negra al filo del mundo que era Edwards mismo.

Y él trató de confundirlos: con la esperanza de guiarlos por caminos que conducían a ninguna parte sino abajo; dentro de posos que se zambullían directamente al corazón ardiente de Optera. Pero los aliados estaban a la mano para auxiliarlos, y las batallas peleadas no eran de rifle y cañón sino de visión y voluntad.

Fue todo cuesta abajo desde la cámara de nacimiento: una serie de descensos cautos a través de esos posos de transporte sin ascensor, que eran algo así como un aspecto central en todas las colmenas Invid; luego un pasaje claustrofóbico a través un tipo de área de cuarteles atestada de partes principales vasculares, baños de nutriente comunales, y cuartos de almacenamiento.

Finalmente, sin embargo, Edwards los reconoció y les invitó a entrar a su dominio –un regreso al mundo de carne y fuego que sus secuaces gobernaban.

Rick y Lisa estaban entrando y saliendo de fase con el hin ahora, conocedores de las advertencias de los aliados pero forzados a tratar con las amenazas en un plano principalmente físico. Ellos estaban en una arena subterránea inmensa que había sido labrada de la roca sólida, transformada en un arreglo de telaraña de celdas de colmena. Y frente a ellos estaba el cráter artificial que había realizado estos cambios –un ombligo de neblina refulgente primitiva, una entrada a los misterios de Optera.

Edwards estaba de pie en el borde opuesto del cráter mientras ellos se acercaban –una distancia de no más de dieciocho metros. Él lucía tanto como si estuviese en la pantalla del puente del Ark Ángel, excepto por la vincha tachonada, que él llevaba a través de la superficie pulida de su placa craneal.

“Terminó,” Rick dijo, sus palabras regresadas por las paredes de la caverna. Él tenía la culata del Wolverine calzada en su sobaco derecho; Lisa sostenía su propia arma en posición terciada. “Delo por terminado y saldrá caminando de aquí vivo.”

La voz de Rick era confiada, animada por los aliados que aún estaban revoloteando sobre sus cabezas; pero Edwards sólo rió. “Quiero felicitarlos por llegar hasta aquí, Sr. y Sra. Hunter.” El maníaco anfitrión del show-juego aquí, con una reverencia teatral para una audiencia invisible. “Pero aunque ellos digan regresa a casa, ‘la dama gorda aún tiene que cantar.’ –Veamos cuánto les gusta.”

Algo emergió del Poso antes de que Rick o Lisa pudieran dejar salir un disparo. Ellos retrocedieron cuando la cosa comenzó a colocarse entre ellos y Edwards. Era un Invid –o lo había sido, Rick decidió– ahora moldeado de nuevo para parecerse a algo salido de Wagner a manera de los Looney Tunes. Una prima donna de cuatro metros y medio que tenía un parecido tímido a Minmei bajo su casco cornudo y piel de reptil. Rick y Lisa empezaron a dispararle cuando comenzó a cantar.

Con los brazos en jarra, Edwards frunció el entrecejo. “¿No les gusta esa, huh? Entonces prueben esta.”

El Poso de Génesis dio a luz otro Niño Especial reconcebido –un querubín Invid extra grande con un arco de energía. Éste disparó mientras Rick y Lisa estaban boqueando, un rayo de calor blanco clavándose en el suelo entre ellos y arrojándolos hacia los costados. Rick se puso de pie disparando, agujereando las alas de la criatura, haciéndola caer dentro del Poso. Pero al mismo tiempo un pequeño ejército de bestias más pequeñas desatadas por las fantasías de Edwards estaban tambaleándose sobre la orilla y dirigiéndose directamente hacia él. Peces cuadrúpedos y pájaros insectiles; zoófitos estrafalarios y monstruosidades mamíferas; maniqués Invid e Indios de tiendas de cigarro; imitaciones viles de los Muppets y Seuss; un conjunto de animales reconfigurados, de bestias y de seres de películas clase B en desfile...

Rick y Lisa vertieron todo lo que tenían contra las cosas. Ellos estaban tan dedicados a destruir estas manifestaciones de la enfermedad de él, que durante un tiempo se olvidaron del mismísimo Edwards. El Poso estaba haciendo espuma, como un huracán, determinado a ir al paso de sus comandos telepáticos.

Sus armas pronto se vaciaron, entonces atacaron denodadamente el desfile con cuchillos y culatas de rifles, Lisa

aplicando todo su entrenamiento Praxiano contra las criaturas. Las cosas aullaban y chillaban al ser pisoteadas, aplastadas, pateadas al aire, lanceadas, apuñaladas, y destrozadas contra las paredes de la caverna.

Rick comenzó a preguntarse si en realidad estaba combatiendo a algo, o si este era el modo de Edwards de pervertir el estado alterado del hin. ¿Estaban ellos combatiendo cosas de su propia imaginación antes que de la de él? él se preguntó mientras se metía más y más dentro de su medio. Él se empeñó en alcanzar a los aliados, sólo para encontrar que lo habían abandonado ¿y quién podía culparlos, realmente?

Pero en su lugar había una docena de Ghost Riders. Dos de ellos ya tenían los brazos de Lisa sujetados detrás de ella; y tres más se precipitaron para levantar a Rick del suelo mientras Edwards se les acercaba, caminando por el borde con sus brazos extendidos como un acróbata aéreo. Las criaturas se habían desvanecido en el aire.

“Ahora,” él empezó, contemplando a Rick y a Lisa y al Poso de Génesis mismo. “¿Qué cosa voy a hacer de ustedes?”

Baldan estaba ayudando a Teal hacia un lado de la cámara del cerebro cuando Karen y Jack entraron. Ellos se quedaron mirando fijamente al órgano latiente por un momento, luego Jack divisó a los dos Spherisianos y corrió hacia ellos. Karen pudo ver la preocupación en la cara de Baldan; era aparente que Teal estaba mal herida.

“Las armas son inútiles,” Baldan les previno antes de que ellos pudieran soltar un disparo hacia la cámara-burbuja.

Jack se quitó rápidamente el localizador de su espalda y se agachó al lado de la Spherisiana herida con una mirada de impotencia en su cara. Detrás de él, el cerebro estaba en un estado de agitación, corrientes de burbujas hirviendo hacia la superficie del tanque semejante a un frasco.

“Edwards está demandando demasiado de él,” Teal dijo débilmente. Ella miró en los ojos de su hijo, este ser que ella había

dado forma con sus propias manos. “Podemos hacer algo al respecto ahora,” ella le dijo. Ella pudo ver perplejidad en todas sus caras. Baldan le dijo que ahorre sus fuerzas, pero ella continuó. “El cerebro envía su poder a través de la estructura de la colmena misma, principalmente a través del piso de la cámara. Podemos combinarnos con la roca e intentar cortar el flujo.”

“Tendremos que fusionarnos con la piedra,” Baldan dijo apresuradamente. “Nunca tendrás bastante fuerza para liberarte.”

Ella le mostró una tenue sonrisa. “Lo sé. Fue lo mismo con tu padre en Praxis. Pero él me mostró un camino a una mayor lealtad... que ahora lo entiendo.”

“Entonces date a luz a ti misma, Teal,” Baldan abogó. “¡Daré forma a tu descendencia como tú me diste forma!”

Pero Teal sólo pudo sacudir su cabeza. “No soy poseedora de la suficiente fortaleza para hacer ambos, Baldan. Debemos actuar rápidamente.”

Baldan trató de resistir, pero Karen sacudió su cabeza. “Tienes que intentarlo. Todas nuestras vidas están en juego.”

Baldan se puso de pie y caminó hasta cierto punto alrededor de la base de la cámara-burbuja. Con una inclinación de cabeza de Teal él comenzó a escabullirse en el suelo rocoso. Teal hizo lo mismo, Jack y Karen admirándose de su absorción en la superficie planetaria. Los rasgos de ella fueron visibles por un momento, un bajorrelieve en el piso, luego ella se fusionó totalmente con la roca y desapareció.

Sobre ellos, entretanto, el cerebro continuaba pulsando y latiendo, transmitiendo su energía para alimentar la voluntad de Edwards.

“El Tracialle comunica que los Karbarrianos han penetrado la colmena,” una técnico humana en el puente del Valivarre dijo a los Grant, a Cabell, y a Veidt.

Un aplauso se levantó de la tripulación mixta del personal de la REF, Zentraedi, y Sentinels.

“Los escudos barrera han caído y los Invid están en plena retirada,” la mujer continuó. “Suenan como un caos allí abajo. Los Inorgánicos están disparando a todo lo que esté en sus miras –lo que por casualidad son principalmente soldados de infantería Invid ahora que los Karbarrianos han cambiado la suerte.”

Vince apretó la mano de su esposa y permitió que emergiera una breve sonrisa. “¿Alguna noticia del Ark Ángel?”

El técnico retransmitió la pregunta y estuvo atento por un momento. “El Tracialle comunica que la nave ha sufrido daños serios a causa de las armas de la colmena y de las naves de escaramuza; pero continúa funcional.”

“¿Y los equipo comando?” Jean dijo.

Las Praxianas y los Garudianos han sido exfiltrados. Learn y Gnea fueron heridas en acción. Arla-Non está muerta.”

Cabell y Jean resollaron. Veidt quedó en silencio.

“Los demás,” Vince dijo suavemente. “Rick, Lisa, Karen...”

La técnico sacudió su cabeza. “Ninguna noticia, señor.”

Jack y Karen vieron al cerebro convulsionarse y casi se arrojó él mismo desde la parte superior abierta de la cámara-burbuja. Una red de vasos pulsantes que corrían a través del hemisferio derecho del órgano se rompieron, sangrando un tinte coloreado enfermizo en el tanque. Las vides nerviosas sobre él se movían de un lado a otro como árboles agitados en una tormenta, desgarrándose de su apoyo en las paredes de la colmena y cayendo al suelo con una cascada de energía evanescente.

Jack tomó la mano de Karen y se dirigieron hacia la entrada cuando un atado estrecho de cables fibrosos colapsó a su alrededor.

El piso estaba vibrando, rompiéndose en lugares, la cámara-burbuja inclinándose como la Torre Inclinada.

“¡Funciona!” Jack gritó sobre el ruido. “¡La monstruosidad tendrá un ataque!”

“Algo anda mal,” Edwards dijo, las puntas de los dedos en la vincha. “¿Qué está sucediendo?”

“Los escudos han fallado,” uno de sus Ghost Rider reportó desde una esfera de comunicaciones.

Rick pudo ver que la imagen de la esfera estaba vacilando, desvaneciéndose.

“Parece que tenemos un puñado de malditos osos grises en la colmena, General.”

“Karbarrianos,” Edwards murmuró. “Comuníquenme con Benson.” El hombre se inclinó a su misión y dijo, “No puedo hallarlo, señor.”

Edwards maldijo y lanzó a Rick y a Lisa una mirada odiosa. “Teniente,” él dijo sin desviar la vista, “sería mejor si usted y sus hombres preparasen nuestro transbordador para partir.”

“¿Qué hay de estos dos?”

Edwards sonrió y jaló su sofisticado obús. “Nos iremos célebremente. Usted sólo encárguese de asegurarnos el modo de salir de acá.”

“¿Ellos vendrán con nosotros, señor?”

Edwards echó un vistazo al Poso “No, no lo creo.” Rick y Lisa esperaron hasta que el último de los Ghost salió antes de hacer su jugada.

Edwards pareció distraerse por algo que la vincha le estaba transmitiendo; pero apenas los dos Sentinels se lanzaron a la acción él giró rápidamente hacia ellos, deseoso y mortal. El pie de Lisa pateó la Badger a un lado, pero Rick recibió la patada de revés de Edwards con toda la fuerza en el pecho y cayó sofocado, agarrando el tejido y hueso roto. Lisa bajó con las manos la trompada de Edwards y logró administrar una serie de golpes relámpago al lado desprotegido de su cara, pero Edwards permaneció de pie y arrojó un codo violentamente a su sien, un puntapié de frente letal a su barbilla.

Rick oyó al cuello de Lisa chasquear hacia atrás al caer al suelo con los brazos y piernas extendidos. Él hizo girar su cuerpo y atrapó las piernas de Edwards, pero Edwards revirtió el barrido y lo

alcanzó en la barriga e ingle con las puntas de sus botas. Rick se lamentó y se enrolló, arrastrándose tras él mientras éste se acercaba a Lisa.

Ella vio a Edwards a tiempo y lanzó sus piernas hacia arriba en una llave de tijeras alrededor del cuello de él. Rick lo golpeó por detrás al mismo tiempo, golpeando con estrépito los riñones y las costillas. Edwards cayó hacia delante, separando por palanca las piernas de Lisa al caer, luego diestramente se salió de debajo de la lluvia de golpes de Rick. Lisa lo arañó, yendo tras su ojo bueno. Pero Edwards se paró en un destello, un puñado del cabello de ella en su mano derecha. Ella gritaba mientras él la sacaba de un tirón hacia atrás, las manos golpeando a su agarre, los tacos de las botas golpeando contra el suelo.

Rick se detuvo de sopetón cuando vio el dolor en los ojos de ella. “Muy bien,” él dijo a Edwards, jadeante, casi doblándose a la mitad. “Esperaba que viniera tras mí,” Edwards dijo, respirando enérgicamente, su mejilla rasguñada por las uñas de Lisa. “Muy bien, así que consiguió su deseo. Ahora déjela ir.” Edwards aumentó su asimiento en cambio. “Fácilmente podría romperle el cuello, Hunter. El cerebro me ha dado mucho más de lo que usted comprende.”

Rick contuvo un impulso para abalanzarse de nuevo y terminar de una vez. Pero para entonces Edwards había arrastrado a Lisa hacia donde la Badger había caído y tenía el arma en su mano. Tiraba a Lisa ásperamente aparte.

“No sabe cuánto tiempo he esperado esto,” él pronunció con voz áspera.

Rick fue al lado de Lisa y la ayudó a levantarse. “¿Por qué, Edwards? ¿De qué se ha tratado todo esto? ¿Es por Fokker? Me refiero a que Roy me dijo que usted era un fascista desde hace tiempo –todo su trabajo de mercenario para los Neasian. Usted quería un ejército de autómatas, ¿no es así? Y vio su oportunidad con el Invid. ¿Así que por qué escogernos a nosotros?”

Edwards reajustó la vincha. Una mirada de temor atravesó su cara, pero una sonrisa estaba próxima. “Fue Fokker al comienzo, Hunter. Le otorgaré eso. Fokker y todos ustedes los héroes de la SDF-1. Ustedes y sus amigos los Zentraedi casi terminan las cosas

para todos nosotros.”

“Vamos, Edwards,” Rick dijo despectivamente. “Fue el UEDC, usted sabe eso. Russo y...”

Edwards rió. “Adelante, dígalos: ¿Russo y quién?” Rick miró a Lisa. “Lo siento.”

“Russo y Hayes,” Edwards completó. “No olvidemos al padre de su esposa, Hunter. Fue su idea tanto como la de cualquier otro usar el cañón.”

“¿Entonces por qué nos culpa? Gloval estuvo contra ello –todos lo estuvimos.”

Edwards cejó y colocó una mano en la vincha. Detrás de él el Poso de Génesis desprendió un destello de energía desenfajada.

Se está partiendo, Rick pensó. Baldan y Teal deben haberlo logrado con el cerebro.

Edwards lo miró con ira y rasgando su placa de recubrimiento, revelando un ojo muerto en el vértice de dos cicatrices diagonales horribles. “¡Esto es el por qué!” Él gritó, haciendo un ademán hacia su cara. “Por esto es que los odio a los dos.”

Rick y Lisa intercambiaron miradas desconcertadas.

“No, por supuesto que no comprenden,” Edwards continuó. “Pero quizá si les digo cómo sucedió esto ustedes comenzarán a comprender el cuadro. Verán, yo estuve allí ese día, Hunter. Yo estuve en la Base Alaska.”

Lisa inhaló pronunciadamente. “Pero... pero eso es imposible.”

Otro destello de energía escapó del Poso, pero Edwards lo ignoró. “Oh, no,” él le aseguró. “No imposible. ¿Usted recuerda dónde estaba?”

Lisa lo hizo. A ella se le había ordenado atender un mal funcionamiento en una subestación de relevo de comunicaciones blindada. Había vistas y olores que ella no quería recordar... la luz amarillenta... apenas suficiente potencia de reserva para mantener su consola funcionando. Entonces su pantalla había cobrado vida momentáneamente: líneas multicolores de estática y una imagen de la cara de su padre, rota por la interferencia. Y ella pudo ver que él aún estaba en el centro de comando, unas cuantas figuras moviéndose detrás de él en la penumbra, alumbradas por destellos ocasionales de estática y corto circuitos

“Yo estaba allí,” Edwards estaba diciendo. “Yo estaba allí cuando tú y tu padre se dijeron sus últimos adioses.”

Lisa lucía aterrorizada por la revelación. “Pero yo pensé... yo vi la pantalla oscurecerse. Yo estaba segura—”

“¡Pero nunca se molestó en chequear!” Edwards bulló. “¡Tampoco usted!”

Rick, también, estaba recordando aquel día. Él recordó maniobrar su Veritech Skull a través de un espacio restringido de conductos de poder que explotaban y conductos principales de energía rotos; usando los láseres en fase del Guardián para cortar una escotilla circular a través de una puerta blindada impenetrable; Lisa corriendo a sus brazos desde el extremo de un pasadizo de interconexión corto.

“Edwards,” Rick dijo calmadamente. “Yo—”

“¿Usted qué, Hunter? Yo vi a ambos partir... Ella estaba en su regazo, ¿no es así? Qué pareja tan linda. Destinados uno al otro.” La cara de Edwards se torció cuando la vincha condujo algo invisible dentro de su mente. Él calzó sus dedos debajo de ella, como para evitar que apretase su cuero cabelludo. El Poso vomitó un torrente enloquecido de llamas. “¡Edwards!”

“Lo llamé a gritos, Hunter... Me arrastré a través de ese terreno de cristal fundido sobre mi barriga rogando que usted me oyera.” Edwards desgarró la banda sensor de su cabeza y cayó sobre sus rodillas de dolor. Él giró para mirar al Poso y se dirigió hacia él con la Badger. “Ustedes me dejaron en el infierno allí, y yo voy a hacer lo mismo por ustedes. Ahora muévanse, ambos.”

“No haga esto, Edwards,” Rick dijo. “Yo soy el único que lo dejó atrás. Deje ir a Lisa.”

Edwards rió a pesar del dolor que estaba radiando por él. “El héroe hasta el fin, ¿huh? Bueno, guárdese. La única cosa que me mantuvo vivo fue pensar cómo le iba a pagar la deuda. No hay nada que pueda decir ahora que cambie eso.”

Rick estuvo a punto de hacer otra jugada cuando una voz detrás de él dijo: “Quizá aya algo que yo pueda decir, T.R.” Él y Lisa giraron para encontrar a Minmei parada allí. Ella estaba magullada y golpeada, más desnuda que vestida.

“Déjalos ir, T.R.,” ella dijo, caminando hacia el borde del Poso.

“Has perdido todo por lo que trabajaste. Pero aún puedes tenerme si los dejas vivir. Haré cualquier cosa que me pidas.”

“¡Minmei, no!” Lisa gritó.

Edwards rió estrepitosamente. “¡Oh, qué día para el heroísmo! ¡Y qué dulce es la venganza!” Él le extendió su brazo derecho a ella. “Ven a mí, mi mascota.”

Minmei se acurrucó en sus brazos abiertos y enrollado sus propios brazos alrededor de su cintura. “¿Los dejarás ir, entonces?” Edwards bajó la vista y la miró y sonrió. “Lo siento, amor, pero tú sabes cómo es esto: tengo que hacer lo que tengo que hacer.” Minmei le devolvió una sonrisa y dijo, “Y yo también, T.R.” Edwards palideció y trató de apartarse de ella, avistando algo en los ojos de ella más maligno que en sus propios ojos. Entonces él dejó salir un gemido largo y atormentado de dolor y terror cuando Minmei aumentó su asimiento en él.

Rick y Lisa estaban demasiado aturcidos para pronunciar un sonido.

Era Janice a quien ellos veían ahora, Janice en apariencia de androide, alzando a Edwards lejos del suelo y llevándolo hacia el cráter. Él estaba gritando en voz bastante alta para ser oído sobre la bienvenida ardiente del Poso, las cuerdas de su cuello estiradas como cables, su cara tan roja como el mundo que lo aguardaba.

Los pasos de Janice fueron medidos y precisos a lo largo del moderado declive. En la cima ella se volvió para mirar a Rick y a Lisa, y reajustó su cargamento de modo que Edwards se sentó en sus brazos como una novia a punto de ser cargada por el umbral. Luego ella comenzó su caminata dentro del fuego, los gritos de Edwards acompañándolos en el descenso.

Lisa tenía su rostro oculto en sus manos.

Rick observó a las llamas lamer el cabello rubio de Edwards y la carne artificial de Janice. Pronto el fuego y el humo los sumió y el Poso dejó salir un sonido mortal de lamento propio. La colmena pareció morir alrededor de ellos, como si Optera misma hubiese muerto, cegada por la luz y estaqueada en su mismísimo corazón.

Capítulo 13

La operación de limpieza de tropas restantes en Optera fue llevada a cabo de un modo ordenado; pero aún así requirió más de la mitad de dos Meses Estándares para completarse. Las áreas distantes de la Colmena Hogar Invid habían sido destruidas por el asalto Karbarriano, y los domos interiores que comprendían el complejo central habían sufrido daños severos a causa de las incursiones del Ark Ángel. La así llamada computadora viviente, que había hecho la coreografía de las concepciones locas del Regente, luego las del General Edwards, finalmente se había rendido a la acción bloqueante de los Spherisianos y estaba en la ruina completa cuando yo lo vi. Jack y Karen habían halado a Baldan hacia la seguridad antes de la explosión, pero Teal había muerto allí. El Poso de Génesis, también, había sucumbido, y era poco más que un estanque adormecido de desecho genético cuando el Ark Ángel abandonó el espacio de Optera. De hecho, se me ocurrió en ese momento que nuestras acciones hasta cierto punto habían catapultado al planeta entero a un estado de muerte aparente; pero llegué a ver esto como un tipo de retirada curativa, un absceso que tendría en cuenta un saludable volver a despertar. Nosotros haríamos lo mismo, ambos, individualmente y colectivamente, aunque la ironía de eso se me escapó.

No había verdadero botín que reclamar después de nuestra campaña de años de duración; no es que la guerra alguna vez hubiese sido emprendida con tales finales en mente. Optera estaba estéril, desprovista de las mismísimas Flores que había dado a luz. Nos quedaba a nosotros la tarea de dismantelar los dispositivos que los Invid habían ideado para buscar y rescatar su Grial robado. Los Inorgánicos –los Hellicats, Odeon, Scrim, y Crann– destruidos; los Shock Troopers y Pincers y Enforcers desangrados de nutriente y escorificados por el propio calor de Tzuptum. En cuanto a los sobrevivientes Invid mismos, los científicos y soldados

restantes –un grupo lastimero y aparentemente estúpido– eran mantenidos bajo lo que venía a ser arresto domiciliario por una guarnición que los Karbarrianos habían dejado atrás. Cuanto más aprendía del triste relato de Optera, más compasivo me ponía. Pero mi dolor apenas se restringía a Optera y a los Invid; se extendía claramente a través del Cuadrante hasta la Tierra y al sinnúmero de injusticias que todos habíamos sufrido directa o indirectamente a mano de los Maestros.

El Tracialle finalmente retornaría a Karbarra, intercalando en Spheris, Garuda, y Haydon IV a lo largo del camino. Baldan me confesó que él habría preferido acompañarnos a Tirol; pero al mismo tiempo él sentía nostalgia por Beroth, una ciudad que él recordaba como uno lo haría con un sueño. Y, con Teal perdida para él, sentía nostalgia por Tiffa –la madre, o abuela, o media madre que él apenas conoció en modo alguno. La muerte de Teal pesaba fuertemente en él, como lo hacía sobre todos nosotros.

Era lo mismo para Kami y Lerna y los otros Garudianos: Tirol era una tentación, pero una fácil de resistir cuando el hin hacía señas.

Decir adiós a Gnea y a Bela fue la cosa más difícil que tuve que hacer. Tengo todo lo que podría desear en Rick y Roy ahora; pero había vínculos de afinidad formados entre las Praxianas y yo que no conocerán iguales en mi vida. Si yo exactamente no llegué a la mayoría de edad al costado de ellas, ciertamente llegué a la condición de mujer. El Tracialle las regresaría a Haydon IV, junto con Veidt, donde Bela asumiría el liderazgo de la Hermandad.

El Ark Ángel y el Valivarre cojearían de regreso a Tirol. Los propulsores superluminales de ambas naves habían sido dañados en la batalla y era casi un año antes de que entrásemos al sistema Valivarre. El propio viaje fue sin novedad, excepto por el nacimiento del hijo de Kazianna, el que todos consideramos una señal maravillosa y esperanzada. Jean, especialmente –la partera más diminuta del Cuadrante. Se sobreentiende que los Zentraedi rebosaban de alegría, y alguien a bordo del Ark Ángel señaló que estábamos testificando el renacimiento de una raza, el

Valivarre un arca de la suya propia repentinamente. Hubo tres embarazos más entre ellos antes de que aterrizáramos en el planeta.

El oír noticias de esta vuelta a despertar, y el ver al joven Drannin por primera vez –un bebé de cuatro kilos y medio– fue, creo yo, al menos en parte responsable de la decisión de Rick y mía. Por no decir nada de Aurora y del hecho de que casi todos a bordo del Ark Ángel parecían estar casando a Karen y a Jack, a Rem y a Minmei, y a tantos otros. Pero también estoy convencida de que mi prolongada sensación de confusión sobre la guerra, mi pesar sobre las muertes de Teal y Arla-Non, Sarna y Janice, representó un papel importante. Además, me recuerdo decidiéndome que un niño sería un presente de cumpleaños para mí misma en mi cuadragésimo cumpleaños. (Es peculiar recordar que embarazos primerizos tan “tarde” en la vida eran hace no mucho tiempo considerados como peligrosos para la madre y el niño.) Rick resultó ser más que sólo sustentador sino positivamente entusiasta. Estoy segura de que él fue guiado por pensamientos y sentimientos similares a los míos, aunque él nunca me comentó esto.

Recuerdo mi primera vista fugaz de la SDF-3 al entrar al espacio de Fantoma, la fortaleza entre una sarta de lunas nacaradas, dibujada la silueta contra la cara inconstante de ese gigante anillado. Por un momento se sintió como si el tiempo no hubiese pasado, pero prueba tangible de esos años intermedios pronto se presentaron a nosotros del modo más desconcertante: en la forma de una flota de naves de guerra parcialmente listas atrapada en la cala de Tirol como un cardumen de peces mortíferos. Supongo que nuestra perplejidad tenía algo que ver con el largo viaje a casa y la naturaleza de los pensamientos pacíficos que habían comenzado a alcanzarnos. Tal vez fuimos unos tontos al estar tan esperanzados; tontos después de todo por lo que habíamos pasado en ese cuarto de siglo al creer que las guerras eran algo que podía ser enterrado.

También nos conmocionó el ver los cambios y transformaciones que habían tenido lugar en Tirol en nuestra ausencia que para algunos de nosotros había significado casi cinco años estándar terrestres. Tiresia no

solo había sido reconstruida sino expandida; hasta tal grado que sus secciones industriales ahora abarcaban las mismísimas colinas al pie de las montañas que habían atestiguado nuestra primera confrontación terrestre con el Invid. Causó emoción contemplar la ciudad, con su mezcla fantasmagórica de arquitectura grecorromana y ultratecnológica. La Robotecnología había obrado los mismos milagros en Tirol que nosotros habíamos dado por sentado en Macross y Monumento; y la REF se encargó de que fuésemos desfilados por el paisaje urbano reconfigurado de Tiresia –Sentinels, Zentraedi, y los escuadrones del Tokugawa por igual– y de que recibamos la bienvenida de un héroe.

Luego, después de una semana más o menos de reuniones y festividades, el Consejo Plenipotenciario nos trató severamente. El consejo se había reunido en sesión especial a bordo de la SDF-3 para las revelaciones, mientras que en Tiresia al mismo tiempo los miembros sobrevivientes de los Ghost Riders de Edwards estaban siendo procesados en consejo de guerra. A veces me pregunto a quién pensaban el Profesor Lang y los otros que estaban protegiendo reteniendo los resultados de sus hallazgos por más de un año. Y a menudo me he preguntado cómo mis propias elecciones podrían haber afectado lo que yo había conocido en el Ark Ángel que el consejo pronto haría público.

Que no se tenía noticias ni de Carpenter ni de Wolff. Que “el año” no era 2025 sino 2030.

Que la Invid Regis había tomado conocimiento de la Tierra.

Que de repente todos éramos cinco años más viejos, y más melancólicos de lo contrario más sabios.

Los equipos de Lang aún tenían que perfeccionar los propulsores Reflex que nos posibilitaría transposicionarnos instantáneamente al espacio Terrestre. Carpenter y Wolff estaban en algún lugar a mitad de sus “viajes de cinco años”; y aún si la SDF-3 pudiera haberse transposicionado en esa mismísima tarde, nuestra llegada se daría unos cuatro años después de la de los Maestros. Era increíble: la idea de que tendríamos que desandar nuestras huellas a través del Cuadrante para librar la misma campaña concluida de nuevo los Maestros, los Invid, y la Protocultura. ¡En efecto, la REF y los Maestros simplemente habían trocado mundos!

En realidad la REF tenía poca elección no más que recordar su parte concluida de ello, de todas maneras. Durante seis años habíamos tratado de armar una misión de paz; ahora teníamos que delinear una misión de guerra; completar la armada que T. R. Edwards había comenzado, y lanzarla a través de la galaxia contra la mismísima Tierra. Excepto que necesitábamos un dispositivo de viaje en el tiempo – algo para alentarnos a la Tierra delante de los Tiresianos.

También podríamos haber rezado por intervención divina. Pero podíamos hacerle frente, nuestros destinos moldeados de nuevo tan a menudo que aún estas últimas realidades no resultaron un shock permanente. ¿Insensibles, estoicos, resignados, ciegamente fieles debajo de todo nuestro ateísmo? Apenas sabía cómo caracterizarnos ya. ¿La Tierra que dejamos atrás nos reconocería aún como sus propios hijos?

El trabajo comenzó en serio; pero nosotros aún carecíamos de las cantidades suficientes de la única mercancía que podía garantizar la victoria –la Protocultura. Había suficiente para equipar tal vez una docena de naves, varios cientos de Veritechs; pero Reinhardt y Forsythe y el resto del estado mayor estaban hablando de cientos de naves de guerra, miles de Veritechs. Suficientes para derrotar las fortalezas de los Maestros, con suficiente en la reserva para prometer a la Invid Regis una derrota costosa. En busca de una nueva matriz, Lang y Cabell se entregaron por completo a la tarea de replicar los experimentos originales de Zor con las Flores de la Vida. Lang, especialmente, había estado contando con la cooperación de Rem; pero Rem tomó un camino inesperado. Los eventos de los pasados cuatro años habían en efecto puesto el genio de Zor en primer plano, pero Rem sólo estaba interesado en completar lo que su donador genético había comenzado. Así que mientras los Robotécnicos de Lang se sentaban rascándose sus cabezas, Rem regresaba a Optera para supervisar su replantado.

Los eventos de esos años de postguerra en Tiresia están bien documentados, y no es mi objetivo aquí recontar lo que ya ha sido asentado por manos más dotadas que las mías. Roy es mi recuerdo y alegría permanente desde entonces. Él nació a la altura de aquella frenética oleada Robotech barría sobre Tirol, pero me había prometido mantenerlo aislado de ello mientras pudiera, y de una manera general

fui exitosa. Rick y yo hicimos una elección consciente de retirarnos durante un tiempo; y creo que el consejo estuvo secretamente complacido por esta ocurrencia. Héroe para algunos, éramos al mismo tiempo símbolos del cisma, las heridas que aún no habían curado.

Así que fuimos de luna de miel, y recordamos cómo era vivir sin armas. Rick había convencido a alguien del R&D para que nos construyan un facsímil de un Fokker E-3 Eindecker –el avión que su padre había volado en el circo– y Rick llevó a un paseo por el aire a Roy antes de su primer cumpleaños.

Vimos mucho de Vince y Jean entonces, y Karen y Jack –quienes siempre estaban al filo de comprometerse. Minmei parecía la más cambiada entre nosotros. Ella estuvo hospitalizada durante gran parte de ese primer año, y estuvo callada y reclusa cuando salió. Ella acostumbraba hablar de Lynn-Kyle como si lo hubiera visto sólo ayer; si no hubiese sido por Rem, me estremezco al pensar lo que habría sido de ella. Oíamos de Max y Miriya periódicamente; pero pasarían años antes de que nos viésemos de nuevo.

Fue un tiempo feliz, a pesar de todo –de dónde estábamos, y de lo que estábamos armando sobre los cielos pálidos de Tirol.

Entonces los eventos comenzaron un desliz sutil...

Rem regresó de replantar Optera y suministró a Lang los datos que sus equipos necesitaban para completar la matriz. Y repentinamente la REF tenía Protocultura y la máquina de guerra estaba en movimiento otra vez. Para el final de ese mismo año, Lang había encontrado la manera de reducir el tiempo requerido por la transposición espacial al espacio terrestre a dos años, y ya la primera ala de ataque, el así llamado Grupo Marte, estaba lista para el lanzamiento. (Fue idea del Consejo Plenipotenciario subdividir a la REF en grupos cuyos homónimos fueran los mismísimos hijos del Sol. Esto, para instilar a una nueva generación de guerreros con una lealtad al mundo que ellos habían dejado atrás y por el que tal vez iban a morir. El propio ahijado y otrora asistente de Lang, Scott Bernard, y su novia, Marlene Rush, se nominaron para el grupo. El Grupo Júpiter se lanzaría algunos meses

más tarde. El propio grupo de Lang, los equipos R&D y tales –conocidos colectivamente como el Grupo Saturno– iban a ser incluidos en la oleada final, junto con la SDF-3 misma)

Al mismo tiempo el Consejo del Grupo Local –constituido por representantes de Haydon IV, Tirol, Karbarra, Garuda, Spheris, y Peryton– había ofrecido Optera a la Hermandad Praxiana sin hogar, y Bela había aceptado. Rick y yo tuvimos sentimientos conflictivos sobre esto debido a la continua presencia Invid en el planeta; pero pocos compartieron nuestras preocupaciones. Ahora la REF no sólo tenía una matriz para proclamar suya, sino un planeta aliado lleno de Flores para cosechar para sus propósitos.

Optera fue nombrada de nuevo “Nueva Praxis.”

Todas estas cosas estaban comenzando a amenazar y a erosionar el falso mundo que Rick y yo habíamos estado creando. Pero el hecho de que nosotros voluntariamente nos desarraigamos de Tiresia para reasumir nuestros comandos a bordo del Ark Ángel es tal vez una indicación de que sentíamos lo que nos esperaba. De hecho, estábamos juntos en el puente de la nave cuando el destino conspiró para llevar aquel tranquilo vacío a un fin irrevocable. Reportes alcanzaron el espacio de Fantoma desde todas partes del grupo local que los Invid restantes en esos mundos habían, en un parpadeo, desaparecido. De Haydon IV, donde algunos de los niños de la Regis habían permanecido en residencia; de Spheris, donde otros habían sido encarcelados; de Nueva Praxis misma, donde las tropas derrotadas del Regente habían sido forzadas a una sociedad incómoda con sus carceleros Karbarrianos y sus propietarias Praxianas. Científicos, soldados, cerebros adormecidos.

¡Desaparecidos!

Era la creencia de Lang que la Reina-Madre Invid, la Regis, había encontrado la Tierra; y se había, de un algún modo insondable, extendido de regreso a través de la galaxia para reclamar los niños que ella y su difunto esposo habían abandonado. Exedore (quien aún estaba en Haydon IV en ese momento) sostenía que algo catastrófico había ocurrido en la Tierra para llamarla allí –algo que tenía que ver con un brote sin precedentes de las Flores de la Vida. Más tarde, cuando Max y Miriya y Aurora arribaron desde Haydon IV, llegaríamos a entender un poco más de esto.

Entretanto, sin embargo, los mundos que los Sentinels habían ayudado a liberar querían nada más que unirse a la causa de la REF – para ayudar a liberar nuestro mundo hogar de ese azote que había tenido a sus propios mundos en su maligno poder. Nadie sabía cuánto tiempo le tomaría a la Regis lanzar su invasión contra la Tierra, o incluso si esa batalla sería luchada contra Terrícolas o sus Maestros Robotech; pero el momento había llegado para un impulso extremo para completar y armar la primera ola de asalto y enviarla en camino.

Las naves de los Grupos Júpiter y Marte eran navíos de aspecto delicado que me hacían pensar en cisnes en vuelo, con largos cuellos ahusados y alas en flecha. Pero las fábricas Karbarrianas pronto estuvieron produciendo una nueva clase de acorazado para lo que algún día constituiría la mayor parte de la armada principal –cruceros de batalla de barriga color carmesí moldeados como garrotes de guerra de la era de piedra; provistos de propulsores triples dorsales; y transportes de Alpha Veritech que se asemejaban a calderas anticuadas. Garuda y Spheris y hasta Peryton todos estaban enviando trabajadores para reforzar las fábricas de los Karbarrianos y minar la turba que se estaba usando para el combustible Sekiton de las naves.

El Ark Ángel había partido de Haydon IV poco antes del nacimiento de la segunda hija de Max y Miriya, Aurora. Ella tenía cuatro años cuando Rick y yo la vimos por primera vez, y aunque habíamos visto los transvídeos y oído todos los reportes sobre su rápido desarrollo y sus talentos extraordinarios, la experiencia nos dejó enmudecidos. ¡Sólo dos años mayor que nuestro Roy, y ella lucía, hablaba, y se comportaba como una niña de diez años! Ella era una niña de cabello negro y brillante y de apariencia de hada, con enormes ojos negros, vistiendo una prenda Haydonita suelta y corta de color blanco y oro el día que ella descendió del transbordador. Su pequeña cintura estaba circundada por un ancho cinto y sus muñecas y garganta decoradas por la misma piel de color castaño rojo. Miriya había fabricado una guirnalda para su cabello con Flores de la Vida de los huertos de Nueva Praxis. Ella parecía una visión de paz esa mañana Tiresiana... Y sin embargo fue

difícil para mi no considerar a esas Flores sino bélicas en aspecto y diseño, proveyendo de combustible como lo estaban haciendo a nuestra flota de naves de guerra, a nuestro arsenal de mechas –Veritechs, Cyclones reconfigurables, Hovertanks, y cosas por el estilo.

Pero tal vez yo estaba confundiendo a las Flores con la Protocultura. El mal innato no existe en esta estrecha dimensión que nosotros llamamos nuestro mundo; sólo potencial imparcial propenso a propósito maligno.

Max y Miriya habían cambiado dramáticamente. Rick me confió que él estaba tan desconcertado que apenas pudo ver a Max como el mismo as que otrora había llevado al Skull a la gloria, el que se había distinguido tanto en las Tierras del Sur, cuyas maniobras de mechamorfosis se habían convertido en materia de texto y leyenda. A diferencia del resto de nosotros, ellos habían encontrado un camino libre hacia la paz –a través de Aurora, imagino. Se me ocurrió, sin embargo, que la REF tenía este mismo camino abierto a ella aún en esta fase tardía: teníamos a Tirol, nuevas vidas bajo una nueva estrella, un grupo local de amigos y aliados, un rincón del Cuadrante que podríamos ayudar a mantener y sostener, conducirlo por cualquiera de miles de cursos diferentes... Pero me di cuenta al mismo tiempo que nunca podríamos descansar tranquilos con tal elección. No hasta que la Tierra fuese liberada, su devastado espíritu vuelto a ella, sus pueblos libres para tomar esa misma decisión.

Recuerdo la angustia que vi en los ojos de Jean y de Vince cuando observaban a los Sterling con Aurora. Yo tenía a Roy para apretar contra mi pecho. ¿Pero dónde, yo casi podía oír a Jean preguntándose, estaba su hijo?

Si hubiésemos sabido entonces precisamente lo que había traído a Max y a Miriya a Tirol, la pregunta no hubiese sido necesaria hacerla.

Rick y yo completamos nuestra transferencia desde el Ark Ángel a la SDF-3 después de que el Grupo Marte se lanzó y se transposicionó. Las cosas estuvieron turbulentas pero estables la mayor parte de aquel año (2034). Nuestra única dificultad fue una personal, implicando a una joven fotoperiodista que se había enamorado de Rick. Yo sospecho que el amor obsesivo de la mujer con él se remontaba bien atrás al comienzo de la campaña de los Sentinels; el problema era que ella no era una adolescente soñadora con una pasión loca ahora, sino una amenaza

atractiva, capaz, y agresiva. Como yo lo veía. Y sin excusas. Yo tenía que preocuparme de Roy, mis deberes a bordo de la SDF-3, y ciertamente no iba a agregar a Rick a mi lista de preocupaciones. Así que me encargué de que Max y Vince transfirieran a la mujer al grupo de ataque Júpiter.

Ello pareció importante en ese momento, pero insignificante un mes más tarde cuando la nave de Jonathan Wolff apareció de la nada, en lo profundo de los límites exteriores helados del sistema Valivarre. Estábamos fuera de sí con excitación y esperanza, seguros que Wolff estaba en curso de regreso de la Tierra –no, como algunos decían, en la terminación de un círculo de espaciotiempo que había fallado desde el comienzo en entregarlo aquí. Repentinamente nos encontramos a punto de tener todas nuestras preguntas respondidas sobre la Tierra y los Maestros Robotech, la Tierra y la Invid Regis...

Aún puedo representarnos reunidos alrededor de los monitores en el Centro de Información Táctico; inmóviles al lado de altavoces en los pasillos, bahías, bodegas, y camarotes a bordo de la fortaleza; detenidos allí mismo en Tiresia... La REF entera aguardando oír alguna palabra de la única tripulación que había estado allí y vuelto.

La primera transmisión de aquella nave es infame ahora; tanto fue dicho en tan pocas palabras, nos dejó sin habla. “Esta es Dana Sterling,” la voz empezó, “ex teniente con el Decimoquinto Cuerpo Táctico Blindado Alpha del Ejército de la Cruz del Sur.”

¡Dana Sterling!

¡El Ejército de la Cruz del Sur!

No desde el arribo del Ark Ángel al espacio de Tirol y las subsecuentes revelaciones del Profesor Lang al consejo la REF había experimentado tal suma de emociones. La nave de Wolff efectivamente había llevado acabo su regreso a la Tierra. Y el Ejército de la Cruz del Sur había prevalecido. ¿O lo habían hecho ellos?

La Base Tirol asistió en masa al aterrizaje planetario de la nave. Sólo Max y Miriya parecían no perturbados por el evento; y yo recuerdo haber pensado que ellos habían de algún modo esperado esto desde el principio. Más tarde, me enteraría del enlace telepático que Aurora y el instrumental enigmático de Haydon IV les habían ayudado a establecer con Dana.

Yo la reconocí inmediatamente, ese cuerpo flexible, esa sonrisa

traviesa, esa esfera remolineante de cabello rubio. Y al lado de ella, crecido hasta la hombría, Bowie Grant. Mi corazón estaba tan lleno de alegría que apenas presté atención a los otros miembros de la tripulación mínima del crucero –Angelo Dante, Sean Phillips, y Marie Crystal entre ellos– pero sí noté algo en todos sus ojos que reforzó mis pensamientos sobre cuán astillados nos habíamos vuelto como raza planetaria. Mientras la REF se había desarrollado indisputablemente guerrera, también habíamos permanecido confiados y serenos. Pero estos jóvenes eran cautelosos y nihilistas; era como si ellos hubiesen viajado no desde la Tierra del siglo veinte, sino desde el mundo de la Edad Media de la Tierra.

Apenas tuve tiempo para registrar estos pensamientos cuando los clones comenzaron a aparecer –la tribu perdida, y ahora sin los Maestros, de Tirol, conducidos a casa por las Damas gemelas del Arpa cósmica, Musica y Allegra.

Durante el curso de los siguientes días Dana y su 15to nos dieron la información necesaria sobre trece años de la historia de la Tierra. Nos enteramos de cómo el Ejército de la Cruz del Sur había llegado al poder; de la subida y caída de Wyatt Moran y Anatole Leonard. Escuchamos relatos de que la Tierra se había zambullido en el feudalismo y la guerra declarada; de la llegada de los Maestros Robotech, y de lo que había sido llamado la Segunda Guerra Robotech.

Unos cuantos de nosotros fuimos informados en forma particular de los bizarros eventos que se habían desplegado alrededor de Dana y el Dr. Lazlo Zand, y un segundo clon de Zor que los Maestros habían llamado Zor Prime. Y finalmente comprendimos a lo que la bebé Aurora se refirió cuando ella había advertido a su hermana sobre las esporas.

Pero si algunas de nuestras preguntas no habían sido respondidas, había otras tantas que permanecieron no resueltas. No había habido ninguna señal de la Invid Regis o de sus niños, pero las Flores de la Vida estaban allí en abundancia. Las propias visiones de Dana le habían avisado que advirtiese a los líderes de la Tierra de la amenaza inminente, pero el planeta no estaba en condición para defenderse por sí mismo. Wolff estaba de vuelta, pero al oír a Dana decirlo, él no era el comandante capaz que una vez conocimos. El satélite fábrica también había regresado al espacio de la Tierra, pero era inservible y podía hacer poco más que despachar una pretensión de capacidades defensivas –

apenas suficiente para engañar a la Reina-Madre Invid por un rato.

Milagrosamente, sin embargo, la nave de Dana cargaba más que refugiados. Gracias al trabajo de un joven científico brillante llamado Louie Nichols, las computadoras principales de la nave contenían los datos que Lang necesitaba para perfeccionar los generadores de transposición espacial. Y en seis meses los impulsores de las naves de la flota principal estuvieron totalmente remendados.

A los talones de esto llegó el desarrollo de los Guerreros Sombra (Shadow Fighters) y de los misiles neutrón “S”, con intención de ser las armas de último recurso de la REF: bombas de radiación que volverían a la Tierra tan estéril y sin vida como los rayos de muerte de los Zentraedi habían dejado a Optera generaciones antes.

Hubo una tarde en Tiresia que nos encontró a todos juntos –Vince, Jean, y Bowie; Max, Miriya, Aurora, y Dana; Rem y Minmei; Karen y Jack. Max estaba diciendo algo sobre Haydon IV, y Roy estaba jugando a los pies de Rick con Polly, el Pollinator que Dana había traído con ella desde la Tierra. Había llegado la noticia de la aplastante derrota del Grupo Marte, pero el Grupo Júpiter había sido lanzado y nuestra propia ventana se acercaba rápidamente. Recuerdo haberme preguntado si esta misión traería un final a nuestra búsqueda de paz durante décadas. Yo estaba sentada allí extrañamente distanciada de mi familia y amigos, tratando de imaginar la invasión que habíamos planeado –nuestra aparición en el espacio terrestre y nuestros ataques coordinados contra el Punto Reflex, como el complejo colmena de la Regis había sido llamado. Y en verdad no pude imaginarla. Tuve una sensación incommovible de que la invasión ya había ocurrido y que de algún modo habíamos sido dejados fuera de ella.

Fue un conocimiento de ensueño; una sensación de que estábamos a punto de embarcarnos en una misión que ninguno de nosotros había antevisto.

De Recuerdos: Los Años en Tirol, por Lisa Hayes-Hunter

Capítulo 14

Sigue siendo un misterio cómo la Regis fue capaz de reunir y transportar los remanentes dispersados de su raza a través del Cuadrante, pero ahora podemos manifestar con cierta certeza que sabemos dónde ensambló –o, por decirlo así, reensambló– su ejército y fabricó las naves de guerra y terror weapons que emplearía en su conquista de la Tierra. Los descubrimientos recientes en Beta Centaurus VI han revelado la existencia de anomalías semejantes a cráteres que se creen son Posos de Génesis extintos. (Véase Arqueología Extraterrestre, Disco 712, Volumen XXXII, “Interpretación de los Hallazgos de Caldera de la Misión Prometeo en Beta Centaurus VI,” por el Dr. Brian Fox.) Es interesante especular si la Regis, en una forma u otra, volvió a estudiar a la Tierra antes de crear los Posos; o si ya estaba en su conocimiento en ese entonces duplicar la máquina de guerra que su esposo ya había aplicado contra la humanidad al otro lado de la galaxia.

Gitta Hopkins, La Abeja Reina: Una Biografía de la Regis Invid

“¡Almirante en el puente!” Un joven oficial anunció cuando Lisa entró por la escotilla.

Ella le calculó veintidós años; doce cuando dejaron la Tierra, la mitad de la edad de ella ahora. Afortunadamente, él era el miembro más joven del personal del puente. Los demás eran veteranos como ella misma Williamson, Hakawa, Price, y demás. Y si ella necesitase mirar a alguien más viejo, siempre estaba Forsythe. Él había estado

haciendo de almirante durante el tiempo que ella estuvo con los Sentinels, pero sólo recientemente había presentado una reducción voluntaria al rango de capitán, lo que le permitía funcionar como co-comandante de Lisa. Él le estaba mostrando a ella una sonrisa perspicaz en ese momento, tal vez discerniendo algunos de sus preocupantes pensamientos.

Lisa tosió y aclaró su garganta, regresando el saludo del teniente, luego extendiendo su mano. “Señor...”

“Toler, señora,” él dijo brillantemente, estrechando su mano. “Er, señor, quiero decir.”

“Tranquilo, Teniente,” ella le dijo, sonriendo. “Podemos ser un poco más casuales aquí que en el resto de la nave.”

“Sí, señor. Gracias, señor.”

“Sólo esté atento y nos llevaremos bien.”

“Lo estaré, señor.”

Forsythe estaba al lado de ella cuando ella giró para dirigirse hacia la silla de comando, la mano derecha en la visera de su gorra. “Bienvenida a bordo, Almirante,” él sonrió falsamente.

Lisa le dio un abrazo rápido y se sentó en la silla.

Todo estaba volviendo a ella como sabía que sucedería, inundando sus pensamientos con recuerdos del salto extemporáneo que los había traído aquí, Minmei y Janice en la nave EVA que habían pirateado del satélite fábrica, naves Invid al filo de la envoltante de Tirol. El gran cambio entonces había sido simplemente el hecho que ella estaba al mando. Ahora el mando resultaba de segunda naturaleza, y la noticia era que ella tenía un niño esperando en la guardería.

Ella permitió a estos pensamientos una breve marcha, luego volvió su atención a las tareas inmediatas. Ella estudió presentaciones en pantallas y periféricos sobre sus cabezas y escuchó las actualizaciones de los equipos sobre el estado de los sistemas. Al final de un largo túnel yacía la Tierra; pero ella aún no podía fijar esa imagen en la mente. Tirol, Fantoma, y Valivarre estaban conspirando en el puerto de observación delantero para mantenerla anclada aquí, estas estrellas y constelaciones reconfigurables que habían girado sobre su mundo por casi diez años.

“Mensaje de la Base Tirol, señor,” Toler dijo.

“Adelante, Sr. Toler,” Lisa le dijo.

“Es de Cabell, Almirante,” él agregó después de un momento. “Él le desea a usted un regreso veloz y seguro, y espera con interés ser el primero en darle la bienvenida de regreso a Tiresia.”

Lisa sonrió, conteniendo una oleada de nostalgia y más. “Dígale que lo espero con ansias, Sr. Toler. Y que Tirol siempre perdurará brillante en mis pensamientos, no importa cuan oscura la noche o sombrío el día.”

En el Centro de Información Táctico de la SDF-3, Rick tomó un momento para absorber la escena que la pantalla principal ponía para la sala. Era una vista externa hacia delante de la proa de la fortaleza, las naves del Grupo Saturno reunidas para el salto. Neptuno ya estaba en camino, los Guerreros Sombra y los Veritechs Alpha listos para ser lanzados tan pronto como la flota se manifestase en el espacio terrestre. Rick giró para estudiar la reacción en pantalla de Vince Grant, luego la de Reinhardt; el primero en el puente del Ark Ángel, el segundo en una de las naves construidas por los Karbarrianos en forma de caldera. La mayoría de los miembros del Consejo Plenipotenciario y los equipos médicos de Jean Grant estaban a bordo del Ark Ángel también. La SDF-3 había sido designada la nave insignia para el asalto.

Rick pudo decir por la mirada en Vince y las caras de Reinhardt que ellos, también, estaban conmovidos por la escena que se desplegaba en el espacio local.

“¿Alguna pregunta, caballeros?” él preguntó, rompiendo el hechizo.

“Sobre los equipos Cyclone,” Reinhardt empezó. “Aún parece haber cierta interrogante sobre su uso para encabezar nuestra fuerza de despliegue rápido. Las evaluaciones de reconocimiento del Grupo Júpiter muestran una fuerte concentración de naves Pincer y Enforcer en el área que rodea al Punto Reflex.”

Rick sacudió su cabeza impacientemente. “Diga a...¿cuál es su

nombre –aquel comandante del Cyclone?”

“Harrington,” Vince suministró, “Capitán Harrington.”

“Correcto,” Rick dijo. “Diga a Harrington que sus equipos tendrán todo el apoyo VT que necesitarán. Lo importante es mover esas unidades terrestres tan cerca como sea posible de la colmena central. Quiero que esos Guerreros Sombra sean mantenidos en el espacio hasta el último momento posible.”

Nadie podía predecir si la Regis actuaría como su contraparte lo había hecho en Optera; pero Rick estaba contando con el hecho que las defensas de la colmena se comportarían del mismo modo. Se esperaba que los Cycloneros llevasen a cabo lo que los soldados de infantería Karbarrianos habían logrado –y que gateasen a través de las paredes de la colmena una vez que los escudos barrera hubiesen sido ablandados con torpedos de antimateria y cañoneo desestabilizante. Las fuerzas de la Tierra estarían mucho más pesadamente armadas que como los Karbarrianos lo habían estado, y ellos no tendrían un ejército Inorgánicos parado entre ellos y la colmena. Por otra parte, aún debía determinarse si T.R. Edwards había sido un enemigo más peligroso que lo que la Regis Invid resultaría ser.

“Conforme al perfil, la colmena lanzará la mayoría de sus transportes de tropas y Naves Pincer directamente hacia la flota,” Rick continuó. Los Guerrero Sombra los masticarían, luego lanzarían su apoyo a las unidades con base en tierra.

Reinhardt estaba asintiendo con la cabeza. “El Grupo Saturno esperará su orden, Almirante.”

Rick oyó algo erróneo –no en las palabras que Reinhardt había usado, ni en el modo en que él las dijo, sino en cierto nivel indefinido del significado. Él contempló esto por un momento, tratando pero no logrando aislar su incomodidad. “Si algo sale torcido...” él empezó a decir. “¿Señor?” Reinhardt preguntó interesado.

Rick notó que Vince había adoptado la misma mirada inquisitiva. “Éstas son eventualidades, caballeros, nada más que eso. Pero quiero que estemos claros en algo: en el caso que no podamos penetrar ese escudo, los misiles neutrón ‘S’ deberán ser usados para saturar el área.”

Vince y Reinhardt lucían sombríos ahora, y Rick apenas podía culparlos por ello. Las explosiones resultantes irradiarían el hemisferio norte por un siglo completo más.

“La alternativa es ceder nuestro mundo,” Rick pensó agregar. La opción había sido a menudo planteada y discutida estos pasados meses, pero ambos, el consejo y la REF, la habían rechazado finalmente.

“Quizá ella decidirá irse,” Vince dijo. “Empacar sus Niños y volar lejos, regresarnos el planeta.”

Rick bufó. “Estás hablando de milagros, Vince. Y nosotros no hemos visto uno de esos por aquí en mucho tiempo.”

Es como los viejos tiempos, Jack Baker se estaba diciendo en otra parte en la fortaleza.

Karen se había alejado del brazo de Baldan, dejándolo sólo por primera vez en toda la tarde, y Gnea repentinamente le estaba guiñando el ojo desde el otro lado de la bodega. Él aún no podía creer que ella estuviese aquí –no podía creer que algunos de ellos quisieran un lugar en esta misión– pero aquí estaban: Gnea y unas cuantas guerreras de su Hermandad, Baldan, Lron y Crysta, incluso Kami y Learn. Los dos Garudianos, resultó, habían estado siendo sometidos a tratamientos especiales durante los pasados dos años que les permitía funcionar fuera de su atmósfera por períodos extensos sin el uso de transpiradores, pero ellos los estaban usando en este momento, luciendo exactamente como lo habían hecho cuando Jack los había visto por primera vez.

El construir naves, el cosechar y transportar las Flores, el preparar esa Protocultura, y el ensamblar los sistemas de armas sólo no había sido suficiente para ellos. No cuando se divulgó la noticia de que el mundo hogar de los terrícolas había caído en manos del Invid. A Jack le gustaba ello –la lealtad y solidaridad de equipo, el modo de los Sentinels de devolver el favor.

Él le estaba mostrando a Gnea una amplia sonrisa cuando se dio cuenta que Karen había girado para mirarlo. Él se sobresaltó y

desvió la mirada de ella; los viejos tiempos, en efecto.

Del compartimento adyacente en esta porción retroajustada de la fortaleza llegó el sonido de una risa retumbante –un trueno vocal Zentraedi que provenía de Kazianna y el resto. Probablemente ese Drannin realizando atrevidamente algún malabarismo de nuevo, Jack decidió. Nada más lindo que un niño de tamaño gigantesco de cinco años de edad cuando se trataba de travesuras. Y los padres acostumbraban pensar que ellos tenían problemas con los terribles dos. Los Zentraedi eran como una tribu perdida que la REF había adoptado; rescatados del borde de la extinción.

Los únicos Sentinels que faltaban eran Bela, cuyos deberes de rango la mantuvieron en Nueva Praxis; Cabell, quien iba a rezagarse en la Base Tirol con los clones de Tiresia y los pobladores de la REF; Veidt, que se había convertido en algo así como el compañero de equipo de Exedore en Haydon IV; y Max y Miriya, quienes habían llevado a su familia de regreso allí también.

Pero Rem estaba a bordo –era más probable encontrarlo en compañía de Lynn-Minmei que del profesor Lang– y Vince y Jean Grant estaban aquí en espíritu.

De igual manera, en cuanto a eso, estaban los compañeros de Dana Sterling del 15to –aunque Jack aún tenía que decidirse sobre ese grupo. Sean y Marie estaban bien, y Dante era el ejército regular; pero Bowie y esas dos gemelas Tiresianas, Musica y Allegra, eran otra cosa. Se decía que Dana en realidad se había salido a causa de Rem –algo sobre él había producido un número extraño en ella– ¿pero quién podía decirlo? A Dante aparentemente no le gustaba mucho él tampoco.

Jack giró por un momento para observar a Karen con Baldan. Triángulos de nuevo, él pensó. Yo y Karen y Baldan ¡o quizá Gnea! Dante, Dana, y Rem... Quizá Minmei podría unirse a esas dos hermanas Tiresianas...

Él dejó salir un suspiro exasperado; no había tiempo ahora para este tipo de extrañeza en su vida.

Y cuando a Sus Estaciones sonó un minuto más tarde él estuvo gozoso de oírlo. La Tierra era la siguiente parada, y todo esto pronto quedaría atrás de ellos.

Un instante las naves que comprendían el Grupo Saturno estaban allí y al siguiente ya se habían ido, ningún rastro de su paso excepto por las fluctuaciones de breve vida en el continuo, contraflujos medibles solamente por el instrumental sofisticado de la SDF-3, o por inteligencias más allá del alcance de la comprensión del personal XT y Humano de la fortaleza.

“Saturno está en marcha,” Forsythe dijo desde uno de los puestos de servicio frontales en el puente.

Lisa giró su silla hacia la de Rick.

“No dejes que te inquiete,” él dijo antes que ella pudiese hablar. “Los alcanzaremos.”

Él había dejado el CIT sólo momentos antes para unírsele a ella en el lanzamiento y la transposición espacial. Él estaba consciente de que una parte de él estaba preocupado por Roy, y en esto él y Lisa estaban unidos. Ella extendió su mano para tocar el hombro de él.

“El Dr. Lang en pantalla,” Toler anunció desde detrás de ellos.

“Lisa, Rick,” Lang dijo, “estamos listos para pretransposicionar.”

Mientras Lisa repasaba una letanía de comandos con su tripulación, Rick pudo sentir una vibración de bajo nivel extenderse hacia fuera desde las entrañas de la nave. La fortaleza ya estaba navegando, pasando más allá de la luna más íntima de Fantoma y bordeando el mismísimo filo del plano anillado del gigante.

“Comiencen transposición,” él oyó a Lisa ordenar al final del conteo regresivo.

La fortaleza tembló en la escala de Richter; las estrellas se volvieron líneas alargadas de luz...

“¡Almirante!” alguien voceó, una voz aterrada desde el borde de ninguna parte. “¡Los motores –no están respondiendo!” Los ojos de Rick encontraron los de Lisa a través de un espacio sin horizonte. Ellos se extendieron a través de la infinidad para tocarse mutuamente...

En una sala de datos espaciosa en Haydon IV, Exedore y Veidt estaban inclinados sobre un tablero monitor intentando descifrar un pasaje complejo de texto histórico. Era de menor importancia en el esquema de las cosas, pero el Zentraedi y el Haydonita estaban tan atentos a ello como lo hubiesen estado hacia algún asunto de grande y apremiante interés.

Detrás de ellos estaba una verdadera pared de computadoras principales y redes neurales que se extendían por kilómetros en ambas direcciones, la interfaz material con la Conciencia planetaria de Haydon IV.

Ambos, Exedore y Veidt, estaban vagamente puestos a tono con el hecho que a años luz de distancia en el espacio de Fantoma la flota de la REF se estaba alistando para la partida. Pero perdidos en los embrollos del código glífico del texto antiguo ahora, ellos casi habían olvidado la importancia del momento.

Hasta que ocurrió algo que literalmente los sacudió de su trance compartido. Sin un aviso, el sistema de circuitos de la Conciencia había cobrado vida.

Los dos seres giraron para observar los displays destellantes de la pared, su paroxismo casi violento mientras el poder oleaba de relevo en relevo.

¡Haydon! Veidt transmitió a Exedore con urgencia telepática. ¡Él ha regresado a nuestro mundo!